



# LA GRECIA CLÁSICA

## Y EL CRISTIANISMO



Así se titulaba una conferencia que di el 11 de febrero del corriente año en Palma de Mallorca, y que hoy hago imprimir sin la menor alteración ni en la forma ni en el fondo, aprovechando de la preciosa hospitalidad que me brindan estas páginas. No sin fruición hago notar el origen de este trabajo, añadiendo con tal motivo que Palma es una de las provincias de España en que más se ha desarrollado la moda de las conferencias y lecturas públicas. Grata sorpresa me causó esto, cuando hace algunos meses, al cabo de dilatada ausencia, vine desde Berlín á la capital mallorquina. Desfiriendo á la invitación de la «Escuela Mercantil de Mallorca,» establecimiento montado sobre el mismo plan que la «Institución libre de Enseñanza» de Madrid, inauguré este año su curso de conferencias con una cuyo tema era *Goethe y Schiller*; á la cual siguió, quince días después, la que á continuación inserto. En la propia noche en que la di, y por más señas que era domingo, había en otros centros de instrucción palmesanos cuatro conferencias más, en un teatro función dramática y en un casino concierto vocal é instrumental. Opino que todo ello arguye bastante cultura, mucho más tratándose de una capital de las clasificadas como de tercer orden. Las sesiones públicas

que celebra la Escuela Mercantil suelen estar muy concurridas, no siendo el bello sexo el que asiste á ellas con menos afición. Prescindiendo del escaso mérito de mi trabajo, la simple enunciación de su tema bastó para atraer un público numeroso. Ciudades hay que se precian de muy cultas y que acaso no ven en Palma sino un país de pescadores, en que difícil sería obtener aquel resultado, y mucho menos con la cooperación espontánea del elemento femenino. La que se dé por acusada, que recoja la alusión.

Señoras y Señores: Voy hablaros de Grecia, de ese país en que la historia de la humanidad cifra sus mejores recuerdos y en que la cultura del espíritu humano tiene sus más hondas raíces. Voy hablaros de nuestra madre Grecia, á la que como hombres debemos la conciencia de nuestro sér, como ciudadanos la noción de nuestros deberes y de nuestros derechos, como cristianos la consagración primitiva de nuestras creencias. Yo amo á la Grecia: la amo porque siento que su espíritu reside en mí, y porque á ella debo cuanto soy, cuanto sé y cuanto aprender pueda. Europeo del siglo XIX, abjuraría de la civilización en que vivo si no tributase ferviente culto á esa otra civilización de que soy heredero, y que cada día me complazco en admirar más, pues cada día voy conociéndola mejor. El descubrimiento de la antigüedad es toda una ciencia que de lleno corresponde á nuestros días. Los predecesores de los helenos nos son ya mucho más familiares que lo eran á los helenos mismos. Sabemos hasta que punto heredaron éstos á su vez la ciencia y el arte, y también sabemos de quién y en qué forma recibieron el legado. La lingüística y la filología han tomado un vuelo tan prodigioso en estos últimos tiempos, que si los gramáticos y filólogos del tiempo de Solón ó de Pisístrates reaparecieran, podrían venir á recibir lecciones de nosotros en muchos puntos transcendentales por ellos completamente ignorados. Y sin embargo, á nadie se le ocurrirá el afirmar que nuestra civilización procede en línea recta de la Assyria y del Egipto, y que la Grecia no fué sino un eslabón de la cadena,

como lo fueron los etruscos, los romanos, los godos: cuanto más adelantan las ciencias de investigación retrospectiva, tanto más reconocemos la única, la primordial, la genuina maternidad helénica; que el pueblo griego, con ese pasmoso don de asimilación en que ningun otro le ha aventajado todavía, cuidábase menos de inquirir y ensalzar la procedencia de sus adquisiciones, que en fundirlas todas en el crisol de su genio, ostentándolas luego purificadas y con un sello de característica y profunda originalidad.

En numerosas cuestiones, nosotros los españoles, andamos á la zaga de los demás pueblos europeos; pero acaso en ninguna nos hallamos tan atrasados como en el conocimiento práctico de las cosas helénicas. El estudio de la antigüedad clásica, al que en todas las escuelas de Europa concédese preferente importancia, ocupa entre nosotros lugar tan secundario, que casi podría calificarse de nulo. Permanecemos ajenos á ese movimiento entusiasta que se nota en todas las Universidades del orbe civilizado, desde Atenas hasta Upsala, desde Moscou hasta Filadelfia. No nos ocupamos de exploraciones, ni de disquisiciones filológicas, ni de enriquecer nuestros museos, ni de estimular los viajes científicos. Hemos suprimido el griego en los Institutos de segunda enseñanza, mientras en otros países se hace del griego el más indispensable de los estudios. Á fuerza de descuidar los de esta especie, hemos llegado á pensar que se trata de materias áridas, complicadísimas, capaces de arredrar los caracteres más osados y confundir las inteligencias más serenas. De cuando en cuando aparece la traducción de algún libro clásico, las más de las veces hecho en vista de traducciones francesas. Pero poquísimos son los que se dedican á estudiar á fondo y por procedimientos directos, los autores griegos; de tal suerte, que para nuestra juventud universitaria la interpretación concienzuda de un verso de Aristófanes ó de un período de Isócrates, presenta tantos escollos como el desciframiento de una inscripción cuneiforme ó de un jeroglífico egipcio. Y cuenta que si ha existido ó existe una civilización denominada española, imposible será que la estudiemos ó la apreciemos sin hacernos cargo de la influencia

que en ella ha dejado sentir el helenismo, porque ó nada hemos sido en la historia y nada somos al presente, si no concedemos que algo debe haber en nuestra filosofía, en nuestra literatura, en el genio de nuestro idioma, reminiscencia de las importaciones hechas en nuestro suelo y en nuestro espíritu por las antiguas colonias griegas que bordaban nuestras costas mediterráneas, por el aristotelismo de la escuela cordobesa ó por los emigrados bizantinos que vinieron á buscar refugio en la Gran Grecia, cuando los reyes de Aragón dominaban en Nápoles y en Sicilia, y cuando se paseaban por la península itálica las victoriosas huestes castellanas.

Yo he recorrido la Grecia toda, palmo á palmo; yo he aprendido el griego teniendo por maestros á los hijos de Grecia; yo he aprendido la topografía del país, sin más guía que el país mismo. Yo he seguido los más célebres itinerarios, ora los marcados por las emigraciones de los pueblos, ora los inmortalizados por famosas marchas militares, ateniéndome pura y simplemente al texto de historiadores y geógrafos antiguos; yo he visitado la Troada con la *Iliada* debajo el brazo; el Peloponeso, el Atico, la Beocia, con el libro de Pausanias por indicador; las costas del Asia Menor y las islas del Archipiélago, con los derroteros de Skymno de Chío y Skilax Cariandeo. Peregrino ó aventurero, como queráis llamarme, yo he medido con mis piés toda esa tierra sagrada, en que los recuerdos bullen en montón por el suelo y se entrelazan en el espacio, á la manera de la impenetrable frondosidad de los bosques vírgenes; yo he vadeado todos esos ríos, que se deslizan entre el laurel y la adelfa, y cuyo murmurio parece referirnos sus poéticas leyendas; yo he penetrado en el fondo de todas esas cavernas en donde la sorda repetición del eco imita la voz de los antiguos oráculos; yo he escalado esas cumbres mitológicas, abandonadas residencias de los dioses, coronadas un día por colosales estatuas, y me he sentado sobre esos promontorios de armónico perfil y sonoro nombre, contemplando el azul Egeo, á través de los intercolumnios de algún templo en ruinas; yo he cruzado esos pintorescos valles cada uno de los cuales era un reino ó una democracia, y esas sombrías gargantas, morada de los

gnomos y de los monstruos inventados por la superstición antigua; yo he visto los parajes en donde los dioses lucharon con los titanes y también he visto aquellos en que los griegos lucharon contra los persas; yo he reposado sobre las gradas de esos teatros, en cuyos ámbitos resonaron los primeros acentos de la tragedia, y he pisado las arenas de esos estadios é hipódromos, arenas tantas veces humedecidas por el sudor de los atletas ú holladas bajo las anchas ruedas de los carros; yo he descendido á las entrañas de esos túmulos, en donde confundido con la húmeda tierra yace el polvo de generaciones de monarcas, y he descubierto, entre viles matorrales, las inscripciones de los antiguos necrotafios, y he visto descomponerse en mis manos los esqueletos de antecesores nuestros de há tres mil años; yo he hallado en los senos de las galerías mineras la ergástula del ilota, y entre los escombros de la palestra la lanza del combatiente, y sobre los duros peñascos las huellas de los vehículos, y en la superficie de los tersos mármoles el roce persistente de las edades. Yo he declamado las rhapsodias de Homero en los floridos campos de la Jonia, y evocado la memoria de Páris en las soledades del monte Ida, y pensado, á los bordes del Eurotas, en la sabiduría de Lycurgo y en el heroísmo de Esparta, y envidiado á Demósthene, desde lo alto del Pnyx, y creído, al pie de la misteriosa cascada Styga ó á la márgen del Acherón, en el infierno de los paganos, y meditado sobre la filosofía de Platón en la cátedra del cabo Súnion; yo me he transformado, en fin, en contemporáneo de Pericles, bajo la corteza de un hombre moderno, al ir á escrutar los misterios de los santuarios clásicos, al ir en busca de las divinidades del mundo helénico, á Dodona, á Delphos, á Olympia, ó á respirar en las cúspides del Parnaso y del Helicón, del Pindo y del Olympos de la Bithynia, el aire puro que vitalizaba la inspiración de los poetas y avivaba el brillo de la majestad en la frente de los dioses.

En mis incursiones por el interior de Grecia no he hallado rastro de viajero español alguno, hecho que debo consignar por lo que contribuye á darnos una idea poco favorable de nuestra cultura. Este hecho lo afirmo con pleno conocimien-

to de causa y sin temor á ser desmentido por nadie; mas si alguien lograra en esta ocasión probarme lo contrario, holgaríame mucho con ello. Fuera de España se nos considera como en último término, en el coro de las naciones civilizadas. ¿Qué hacemos para salir de ese estado, si es cierto, ó para librarnos de semejante reputación, si á tal se limita? Nada, absolutamente nada. Creemos de buena fe que todo el mundo nos juzga con el mismo criterio optimista con que nos juzgamos nosotros. Y si en las cuestiones políticas europeas poco ponemos de nuestra parte para no quedar relegados á un papel accesorio, cuando no ridículo, en el movimiento científico es mayor aún nuestra incuria, porque no solamente no estudiamos por cuenta propia, sino que nos complacemos en desconocer los trabajos de los demás.

Y dejo esta cuestión para coyuntura más propicia. Hoy me he propuesto hablaros de Grecia, y no animándome el deseo de relataros mis impresiones de viaje, tema que no conceptúo muy de este lugar, he adoptado uno que me parece de interés general para todos los que me escuchan; es á saber: las relaciones de la civilización cristiana con la civilización helénica. Lo trataré, no tanto en vista de textos ajenos, cuanto en virtud de mis observaciones personales, en un país que guarda bien patentes aún las cicatrices de la gran lucha entre el paganismo y el cristianismo, lucha que no hizo sino recalcar más en la fisonomía de las nuevas ideas los rasgos de la filiación clásica.

La religión cristiana es un compuesto de mosaísmo y paganismo: de uno y otro asimilose lo mejor, es decir, la esencia, y de uno y otro se apropió también no pocas debilidades. La religión cristiana oriental titulada ortodoxa, y que lo es en realidad según el sentido que allí se atribuye á la ortodoxia, conserva dichas afinidades en mayor grado ó con mayor claridad que la religión occidental. Reminiscencia pagana es la ilación de muchos santos del almanaque con los elementos de la naturaleza. Reminiscencia mosaica son el propio rito oriental, la disposición interior de los templos, las costumbres sacerdotales. La veneración de San Elías en la cima de los montes y de ciertas imágenes en el fondo de

las grutas, recuerdan el culto del Sol, el Apolo de los dorios, y el culto de Diana. El Parthenon, templo de Minerva, viene á significar casa de la *parthena*, de la Vírgen. Hoy en que el Parthenon pagano no es sino una curiosidad arqueológica, ¿qué inconveniente habría en llamar Parthenon cristiano á la Catedral de Atenas, en que es adorada la Vírgen de Nazaret, bajo el dictado de *Evangelistria*, que evoca uno de los más poéticos misterios, el de la Anunciación? Las religiones se resienten ante todo de la atmósfera en que subsisten, y claro está, pues, que el cristianismo debe tener cierto sabor pagano en aquellos países en que el paganismo no ha podido aún desarraigarse de las costumbres. Yo os podría citar, para demostraros lo indestructible de ciertos hábitos populares, que en Rumanía existen comarcas para las cuales no ha trascurrido el tiempo desde la época de Trajano; en términos que sus moradores, á pesar de ser fervientes cristianos, consagran vagamente el martes al dios Marte y el viernes á la diosa Vénus; practican, no muy adulterada, la fiesta del robo de las sabinas, con que los romanos solían conmemorar la fundación de su ciudad, y tienen á los gansos por animales sagrados, preocupación que no fundan en nada, sin duda por ignorar que los gansos dieron el grito de alerta desde el Capitolio. En Grecia, con haber ocurrido tantas vicisitudes y tantas variaciones en el espacio de veinte siglos, no me ha costado gran trabajo el encontrar hoy día confirmación práctica é indudable á ciertas observaciones etnográficas de Strabon, á ciertas costumbres criticadas por Luciano y á no pocos de los caracteres por Theopastro descritos.

Afortunadamente, los progresos de las ciencias históricas, extirpando inveteradas preocupaciones, están en vías de corregir por completo la viciosa opinión que acerca de algunas edades reinaba. Es un contrasentido, es una injusticia el maldecir de la antigüedad pagana, cuyos principios, cuyas ideas fundamentales, cuya poesía y cuyo arte constituyen el fondo de la moderna enseñanza y sirven para fijar las leyes del buen gusto, como para imprimir el sello á la condición contemporánea. Nada tan vulgar como el ponderamiento del vicio y de la corrupción de antaño, cual si entre nosotros no

cundieran corrupción y vicio, y hablar de fábulas abominables, de mitología ridícula, convirtiendo esos abusos fraseológicos en espantajo como para ahuyentar unos tiempos que, después de todo, no hay temor de que vuelvan. Algo debe existir digno de consideración en un sistema que rigió durante quince siglos, y á la sombra del cual floreció la más brillante de las sociedades humanas. Mejor que la injuria es el criterio; mejor que la anatema es el análisis. El título de cristiano no exime de la calidad de justo, antes bien la supone. Sirve al cristianismo con eficacia quien lo conoce, y no lo conoce á fondo quien no lo estudia en sus causas primeras y en sus orígenes. Las ideas no varían nunca, porque hay ideas, por decir así, originarias, de donde se ramifican las otras, ideas raíces, inherentes á la propia naturaleza humana, y á que ésta no puede sustraerse desde el momento en que ha llegado al punto de sazón moral indispensable para recibirlas. Lo que varía son los principios, los sistemas, y en la sucesión de éstos acaece lo que en el fenómeno de la generación, cuando los seres posteriores complementan los anteriores, ó lo que en el fenómeno de la reproducción vegetal, cuando el árbol ingerto produce mejores frutos que el árbol de donde se ingertó. Los filósofos y moralistas griegos admiraríanse de su propia obra si viesen el estado actual de la filosofía, y como los peripatéticos volvieran á la margen del Ilisso, no desdeñarían, para profundizar mejor su doctrina, las dilatadas especulaciones de la filosofía cristiana. Tal sucede hoy, por ejemplo, que siendo el latín hijuela del griego, los griegos modernos, para penetrar mejor el genio de su paternal idioma, comienzan por estudiar profundamente el latín, al revés de nosotros, que siendo latinos, no obtendríamos un conocimiento perfecto del latín, sin estudiar antes el griego.—No nos arredran las comparaciones; no reneguemos de nuestro origen. Acordémonos de que San Basilio el Grande, que alcanzó una época en que la despreocupación hubiera sido un crimen, no vaciló con todo en escribir aquella famosa plática á los jóvenes, en que sentaba los ejemplos de las grandes virtudes helénicas como auxiliares poderosos de la pedagogía cristiana.

Por más apego que tengais á las ideas de progreso, venid conmigo en que ciertas artes humanas ganarían mucho con retroceder al ser y estado en que se hallaban hace dos mil años; y en tal concepto, preveo que la historia, para regenerarse, que harto lo necesita, tendrá que ápelar á ese recurso supremo. Y apelará; que ley del mundo es la acción y la reacción: la exuberancia de la primera atrae el retroceso, el cual á su vez provoca una nueva acción. Las cosas nacen, se desarrollan, se corrompen, y luego vuelven á purificarse á sus primitivas fuentes. Es un vaivén irresistible, un transvasamiento continuo, una oscilación perpetua. El cristalino chorro de agua que brota del manantial es el que rompe los diques de los torrentes é inunda nuestras ciudades; pero las tierras se secarán de nuevo, los torrentes volverán á entrar en su cauce y el chorro seguirá manando cristalino como antes. Lo que en los tiempos presentes se llama historia es una mixtificación de la historia. El historiador moderno desconoce su misión altísima: es juez, acusador, abogado, patrono de los hechos ó personajes; es todo, menos historiador. Urde la trama de los acontecimientos á su manera, para falsearlos á su antojo; las simpatías y las antipatías personales juegan un esencial papel en la norma de su criterio; explota en favor de sus teorías privadas los odios de política, de raza, de religión; hace de la historia el instrumento de sus pasiones; á la narración severa, enérgica, simple, sustituye la énfasis ampulosa, envuelta en un tejido de lugares comunes. Huyeron ya los tiempos en que Herodoto describía la jornada de Marathón, con un párrafo de breves renglones, de corte majestuoso y expresivo como una estrofa homérica; estamos en la época de los pomposos diti-rambos; nuestros historiadores semejan notablemente á los rétores de la decadencia griega. Ó se deprime hasta la aberración, ó se encomia hasta lo infinito. La grandeza de un ciudadano, el heroísmo de un caudillo, la ciencia de un docto, dependen de los buenos ó mejores oficios del apologista. La epigrafía moderna acusa bien el giro de los procedimientos históricos. No bastaría hoy una simple inscripción de media docena de palabras para anunciar á Esparta que Leo-

nidas ha cumplido con su deber; ¿cómo había de bastar, si no bastan hoy las mayores placas de mármol para contener la hoja de servicios de la primera medianía que vuelve, con usurpada reputación, al seno de la oscuridad de donde no debió salir nunca? Y si algún historiador hay que no se deje arrastrar por ese rebajamiento de caracteres, ¡saludémosle como gloriosa excepción, digna de que sus obras se transmitan á la posteridad, circundadas de la aureola de luz con que han llegado hasta nosotros las páginas de Thucídides y de Tácito!

Yo creo que, á través de la confusión reinante, corremos á la purificación de la historia por medio de una ciencia, enteramente moderna, bien que no ha salido aún de ese período embrionario: aludo á la filosofía de la historia. Esta es la que ejercitará á los historiadores en el arte de la abstracción, tan decaído actualmente. Pero aún queda terreno por andar, antes de llegar al resultado apetecido, porque la filosofía de la historia, al igual que todas las ciencias y artes de hoy día, carece aún de fórmula definitiva. Tal vez es una opinión particular, tal vez soy víctima de alucinamiento; mas debo confesar que la filosofía de la historia, tal como yo la concibo, es á todas horas, y por hombres muy insignes, lamentablemente confundida con lo que podríamos llamar la crítica de la historia. Yo no proclamo filosofía á la que confunde las leyes generales de los hechos con las leyes particulares de los casos; á la que involucra el principio eterno con el incidente fortuito; á la que eleva la apreciación personal al rango de sistema. La crítica histórica tiende á la inducción, en la cual el crítico parece combinar las cosas á medida de sus instintos; la filosofía de la historia exige un método soberanamente deductivo, no propiedad ó invención del que escribe, sino puesto tácitamente al alcance de quien discurra con lógica y piense con raciocinio.

Podrán cambiar los hombres y los tiempos, las circunstancias y las eventualidades; pero la historia es una, como una es la filosofía; por más que cambien los principios y los procedimientos. El historiador debe inspirarse en la simplicidad primitiva; el filósofo, mal que pese á su afán de originalidad, tiene que remontarse de nuevo á los orígenes de la filosofía.

Lo que produjo en los tiempos antiguos el gran movimiento de las ideas y también el gran malestar de los ánimos fué la pugna de la filosofía con la religión; lo que ocasiona en los tiempos actuales análogos efectos es la pugna entre la religión y la filosofía. Y las causas promovedoras de tales luchas son las mismas; el carácter que revisten no ha variado tampoco; y los frutos de la contienda serán eternamente los mismos frutos. Esto acrece tanto más la importancia de los estudios clásicos, que sin ellos mal podremos juzgar de nuestra situación actual, mal podremos mostrarnos previsores para el porvenir. La raza helénica vino al mundo, llevando por divisa el grito de Prometheo. «¡Los dioses morirán!» Y murieron, en efecto, los dioses. Extirpáronse las castas sacerdotales; y los pueblos del Oriente, sumidos en el dédalo de vastas y misteriosas theogonías, renacieron á los esplendores de la libertad moral. Murieron aquellos dioses; murieron también los dioses que les sustituyeron; mas aquel grito resuena aún en nuestros oídos. Todas las religiones aparecen con fines de emancipación; todas nos conducen á la tierra prometida; todas responden á la eterna aspiración del hombre por libertar su alma del suplicio de la duda; que la leyenda de Prometheo, mil veces se ha dicho, es la leyenda de la humanidad. La religión griega planteó desde su principio, con más osadía que ninguna religión primitiva y con más claridad acaso que la misma religión judaica, los problemas relacionados con el destino del hombre en la tierra y con la probabilidad de una vida futura. La escuela de Orfeo, que representa la edad infantil de la poesía helénica, no rehuye aquellas pavorosas cuestiones, antes bien, únelas á la consoladora intuición del monoteísmo. En el propio orden de ideas atorméntase la imaginación de los antiguos con la conmovedora leyenda de Baco, en cuya intención se celebraban las más transcendentales fiestas del paganismo, que parecen alimentar ó cobijar con el calor de su fuego sacro el triple germen de la religión, de la filosofía y de la literatura helénicas. No veáis en el Baco de la leyenda á ese que de ordinario conocéis, el Dios de la orgía y de la crápula, con la frente coronada de pámpanos, por trono un tonel y por corte los

sensuales sátiros y las desnudas bacantes: el héroe de las inmortales fiestas dionysiacas es el Baco que los helenos designan con el nombre de Zagreos, el cazador de almas, y cuya historia es la historia de las pruebas y de los infortunios humanos. Nace Baco con el estigma de la fatalidad sobre su frente, y lucha desde que nace; sufre persecuciones y asechanzas; cae y levántase; cede y resiste; vence y es vencido; ve la realidad en el espejismo y descubre el espejismo en la realidad; enferma y sana; muere y resucita. Porque el hombre no se extingue como no se extingue la naturaleza; ella y él experimentan alternativas; ella y él parecen sucumbir, y sin embargo, sobreviven á lo que creen la muerte. El orfismo ve en la leyenda de Baco el emblema del vivir eterno, de la existencia misteriosa é irresistible, secreto del cosmos; ella simboliza el ciclo periódico é invariable de las estaciones; que la vida es como las plantas, las cuales permanecen secas y mustias y como muertas en el invierno, para reaparecer con más vigor en la primavera. Hay que ver en el culto de Baco, como en el profundo sentido de los misterios de Eleusis, el espíritu helénico asediado por las inquietudes de la otra vida y por el ardiente deseo de resolver los problemas del destino. La escuela órfica, admitiendo toscamente la persistencia de la vida, esbozó la teoría de la inmortalidad del alma. En buen hora que esas creencias vinieran engalanadas con los pérfidos primores del antropomorfismo: este es un defecto común á todas las religiones que empiezan y más particularmente á las religiones primitivas, fuera de que la perfección del antropomorfismo, esa forma panteística de la personificación de las divinidades, trajo al mundo las ideas de orden, de proporción y de armonía. Siguiendo el desarrollo de la escuela órfica, asistiríamos á la incubación y al nacimiento del monoteísmo, ley que caracteriza las creencias de todos los pueblos civilizados. Voy á leeros una muestra de los poemas órficos, fragmento que si, á juzgar por la forma, data de una época un tanto posterior al-exclusivo imperio del orfismo, no por eso deja de retratar mejor las teorías de esta escuela: «Yo diré cómo se estableció el orden. Cerrad las puertas á todo profano; pero tú, hijo de la musa,

hijo de la luna que difunde la luz, escucha, que yo te diré la verdad, sin que los pensamientos que agiten tu alma te priven de la vida animada. Permanece en la contemplación de la divina inteligencia, y aplicando toda la fuerza de tu espíritu, marcha recto por el camino de la vida; contempla al único rey del mundo. Hay uno, procreado por sí propio, y de este uno todas las cosas emanaron; él está en ellas y él las envuelve; ninguno de los mortales le ha visto; mas él los ve ciertamente á todos. Él es quien envía á los mortales, después de la felicidad, el daño, la guerra terrible y los dolores que arrancan lágrimas. Nadie está por encima de este gran rey. A él, yo no le veo, pues una nube se interpone entre él y yo. Todos los mortales tienen en los ojos pupilas mortales, inhábiles para ver á Zeus, el dominador de todas las cosas. Mas él brilla en el cielo, sentado sobre aurífero trono; sus pies se apoyan en la tierra, su diestra se mueve en todos sentidos y abísmase también en los senos ignotos del Océano. En torno suyo tiemblan los altísimos montes, los caudalosos ríos y las profundidades del mar azul.» Esto, por lo que á Dios se refiere. Pero ¿y el hombre? ¡Ah! ¡Pobre humanidad! ¡siempre la misma inquietud, siempre las mismas dudas! Píndaro exclamaba: «Seres efímeros, ¿qué somos? ¿Qué no somos? El sueño de una sombra; hé ahí el hombre.»

Esas desesperadas emociones, ese desaliento moral hallaron su más íntima expresión en la tragedia griega, la cual, como es sabido, procede en línea recta de los dithyrambos de las fiestas báquicas. Los griegos eran consumados maestros en el arte de interpretar los deleites y las miserias del hombre, como nos lo evidencia el antiguo drama ateniense. Razón tienen los que ven en la trilogía *Orestia*, de Eschylo, la más grande obra poética de la antigüedad, después de la *Iliada* y de la *Odyssea*. En ella se agitan las cuestiones más espinosas. Son motores ó más bien protagonistas de la acción toda, las Furias (*Erinnyas*), divinidades encargadas de velar por la vida humana y mantener el orden en el universo. Ellas corrigen los engaños, vengan las ofensas, castigan los crímenes y restablecen, por medio de la sangre, el orden violado y el equilibrio roto. ¿No es ésta una primitiva forma

de la Providencia? «Quien mate, pagará con la suya la sangre vertida. Mientras Júpiter permanezca en el trono, subsistirá el principio de que el agresor debe ser herido á su vez; tal es la ley.» ¿No equivale esto al «ojo por ojo, diente por diente,» y al «quien á hierro mate, á hierro morirá» del Evangelio? La *Orestia* de Eschylo es un tejido de horrores. Agamemnón cae víctima de las maldiciones de Thieste y de la muerte de su hija Iphigenia. Clytemnestra expía con la muerte el asesinato de Agamemnón. Oreste paga con su vida la muerte de su madre: tal es la ley: «ojo por ojo, diente por diente.» Pero semejante solución no satisface al poeta. En la última parte de la trilogia, la Furias aparecen en escena y son vencidas por Apolo, con lo cual quedan obligadas á libertar á Oreste, quien por medio de la purificación (contri-ción, diríamos ahora) borrará la mancha de su crimen. «Ya las Furias dejarán respirar al mundo, que sin cesar recorrían en desenfrenado galope, dice el sabio francés, Mr. Girard; ya no perseguirán indefiniblemente, de generación en generación, á la familia maldita, porque la herencia de la expiación por el crimen ha dejado de ser una ley absoluta. Esta funesta perpetuidad puede atajarse con el arrepentimiento: la mancha original puede borrarse mediante la purificación, la justicia no es ya inexorable, la vuelta al bien es ya posible, porque el camino no se encuentra para ello irrevocablemente cerrado.» En esta solución nada hay que no parezca profundamente cristiano.

No obstante, por más relación que tales teorías guardasen con la doctrina órfica, en la cual después de todo se inspiraban, tenían más de filosóficas que de religiosas. En general, la filosofía no es refractaria á la religión, es simplemente heterodoxa. ¡Y cuántas veces se da el caso de que los ortodoxos, para salvar su teología, persiguen á los pensadores, mientras que en definitiva son éstos quienes salvan aquélla, como sucedió en Grecia! ¿Qué hay de censurable, qué hay de perturbador en Pitágoras? ¿Qué intentaba sino sacar á la mitología del rebajamiento en que se hallaba? La doctrina pitagórica dictó los preceptos de la armonía, que era como una emanación del genio de la religión griega.

Ved luego á Xenóphano, situándose en un término medio entre el teísmo y el panteísmo, y reconociendo la unidad y la eternidad de un Dios superior á los dioses y á los hombres, y el cual no se parece á los mortales ni por la figura ni por el espíritu. Esto, en plena filosofía pagana, fué una elocuente protesta contra el antropomorfismo. Habla Xenóphano: «Diríase que los hombres han producido á los dioses y que les han prestado sus sentimientos, su voz, su aspecto... Si los bueyes y los leones tuviesen manos para ejecutar obras como los hombres, los leones serviríanse de leones y los bueyes de bueyes para representar las ideas de sus dioses, y daríanles una forma corporal análoga á la que ellos tienen.» Según el padre de la Iglesia San Clemente de Alejandría, Xenóphano comprendió perfectamente la unidad y la espiritualidad de Dios. Sócrates, el fundador del método de la filosofía, indicó el conocimiento del mundo por medio de la conciencia de nosotros mismos; abarcó todo el pensamiento griego; sentó las bases del cristianismo y de la filosofía moderna. Sócrates no asestaba sus tiros contra la religión, sino en lo tocante á supersticiones, de las que fué acérrimo adversario; de ahí que la reacción sobrevenida después, ocasionara su desgracia. Débese además á Platón, que equivale á la expresión suprema del génio helénico, débese á Platón, como todos sabéis, la primera demostración científica de la inmortalidad del alma. Platón es el gran apóstol del idealismo; profesa la intuición de la verdad pura. El verdadero sér, según él, no es el individuo efímero; mas el sér que no varía, el sér inmutable, el tipo supremo, la idea ó el ideal de que todos los individuos son débil trasunto; todas las ideas se concretan á una sola, la del bien; es decir, Dios mismo.

Tres escuelas fueron el sostén de la energía moral de la sociedad helénica: el pitagorismo, el platonismo y el estoicismo. Ellas retardaron el derrumbamiento del helenismo, ellas hicieron vigorosa su decrepitud, ellas elevaron las creencias antiguas al más alto grado á que podían llegar; ellas, en fin, allanaron el terreno á la gran reforma cristiana. Diferenciase Platón de Aristóteles en que éste aplicó á sus siste-

mas el razonamiento deductivo, tomando por punto de partida lo real, lo particular, lo sensible; y así, mientras Platón proclamaba la idea, esto es, la filosofía especulativa, Aristóteles proclamaba la ciencia, esto es, la filosofía práctica. Y notad bien un hecho que todo el mundo debiera tener muy presente. El desdén hacia los sanos principios propagados por aquellos grandes filósofos coincidió con la decadencia del pueblo griego, y aquella civilización, fundada en los más hermosos ideales, hubo de espirar cuando se le inculcó el virus del escepticismo. La corrupción de la filosofía atrajo la corrupción general en la religión, en las costumbres, en las letras, en el sentimiento patriótico. El pyrronismo todo lo prostituyó con su maléfico contacto. Ya no cantaron los poetas las hazañas de los héroes, ni el poder de los dioses, ni los amorosos deliquios, ni los encantos de la naturaleza: la sonora metrificació griega plegose á las extravagancias ingeniosas del acróstico y del pentacróstico; con la combinación de versos cortos y largos, imitábase la forma de determinados objetos; Nestor de Laranda y Tryphidoro torturaron el lenguaje escribiendo composiciones con la supresión de alguna vocal; Apollodoro de Atenas y Oppiano, ignorando á qué temas mejores acudir, pusieron en verso, el uno la Historia natural, el otro las reglas para la caza y para la pesca; y entre tanto el escepticismo, representado por los cínicos, por los epicúreos y por los estoicos, repartíase los despojos de aquella sociedad espirante.

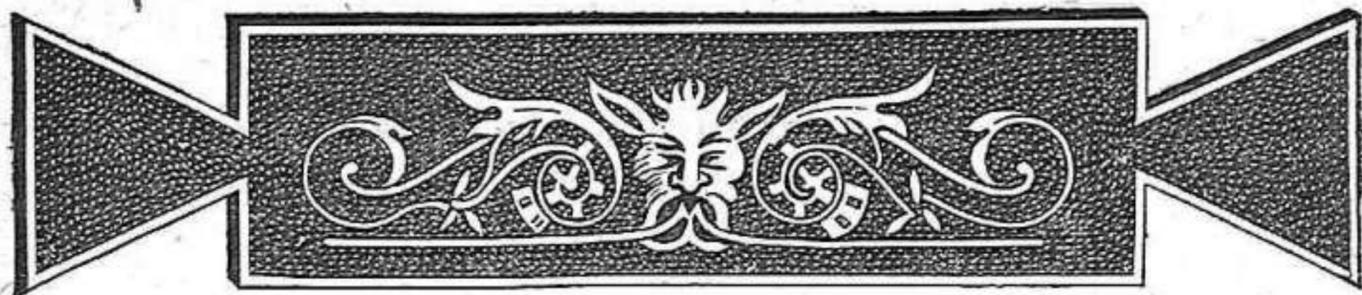
Líbreme Dios de vituperar esas ideas que califico de escépticas, y á las que con justicia debe achacarse una parte de responsabilidad en la ruina del helenismo. Tales ideas eran producto de una de las evoluciones de la filosofía; marcaba en ésta más bien un síntoma de progreso que una pendiente de decadencia. Pero la religión, por su misma índole, no podía progresar al par de la filosofía, y permaneció estacionaria, dejándose arrollar por la corriente del filosofismo. Cuando se considera la importancia que revestía en aquellos tiempos el concepto religioso, compréndese que la caída de la religión fuese la caída de la sociedad entera. El paganismo griego reposaba en la divinización de las potencias de la naturaleza

y de los atributos morales del hombre. Todas las virtudes, todos los deberes, todos los sentimientos, todas las ideas de patria, de familia, de honor, de unidad nacional, subsistían ligadas á la idea religiosa. Destruir la religión era destruir cuanto en la sociedad había de estable, cuanto en la personalidad humana movíase por sentimientos nobles. Mas las ideas mejores no pueden permanecer estacionarias. Y al cabo, la religión griega pereció sólo en su parte deleznable y frágil; que si algo fermentaba en ella de imperecedero y sagrado, esto salvóse merced á la filosofía, en alas de la cual se elevó con esplendidez á los espacios inmortales.

Que los postreros suspiros de la filosofía griega no significaban una enfermedad, sino antes bien una renovación del pensamiento, pruébese con un detalle elocuentísimo para nosotros, cristianos; es á saber: que las doctrinas secundarias de la agonía del helenismo sirvieron de cimiento para la consolidación de la idea cristiana. El menosprecio de la carne, la abdicación de la vida material, el amor á la soledad y al sacrificio que practicaban los cirenaicos y los discípulos del Cynosargo, ¿no se practicaron también por parte de los primeros sectarios del cristianismo? En los anacoretas de la Thebaida, que se aislan de las cosas del mundo y viven condenados á un suicidio lento, veo yo una mezcla de cinismo y de estoicismo. Diógenes, alojado en un tonel, corre parejas con San Simeón el Stilita, aquel que vivió durante treinta años sobre el capitel de una columna, en Antioquía. La santificación de la castidad es una idea filosófica de los últimos tiempos helénicos, lo cual no impide que en ella se asienten en parte las teorías de nuestra moral y que en ella esté la clave de todos nuestros dogmas. Los filósofos griegos habíannos ya mostrado cómo puede sufrirse el martirio por una idea; que el martirio, la tortura, la abnegación entraban en sus principios, y cuatro siglos después del advenimiento de Jesús, los paganos de la escuela de Alejandría consagraron su gloria en los fastos de la humanidad, sucumbiendo, serenas sus frentes y tranquilos sus corazones, á las desdichas del más tremendo martirologio.

*(Se concluirá.)*

SATURNINO JIMÉNEZ.



## LA PINTURA Y LA ESCULTURA

EN LOS ESTADOS UNIDOS (I).



Es muy común el creer, aun entre las personas de probada ilustración, que la pintura entre los norteamericanos ha tomado de las escuelas de Europa el estilo y los procedimientos técnicos, á la vez que la inspiración. Necesario es poseer, sin embargo, un íntimo conocimiento de los caracteres reales que aquel arte reviste, para discernir lo que haya de cierto en esta interesante cuestión.

Dentro de la variedad del carácter artístico americano, no es difícil distinguir el que posee condiciones propias y espontáneas marcadas con un sello de verdadera originalidad del que determinan las obras de artistas extranjeros residentes en los Estados Unidos ó las de norteamericanos que residen en Europa, sujetas todas al molde de las escuelas del continente antiguo. Todas estas diferencias se hacen más

---

(1) El presente artículo, escrito en 1877, después de estudiada la sección de Bellas Artes de la Exposición internacional de Filadelfia de 1876, debía formar parte de un libro que preparaba el autor acerca de la República norteamericana y que no pudo terminar por causas independientes de su voluntad.

sensibles cuando se estudian los diversos géneros de pintura cultivados por los artistas. Así, por ejemplo, en los cuadros de paisaje se observa desde luego, y esto puede decirse sin temor de exageración, un carácter de originalidad tan evidente como grande es el mérito de las obras de este género, superior indudablemente á las de cualquier otro país. Iguales condiciones, aun cuando no tan marcadas, se echan de ver en la pintura de género, inspirada en el carácter y costumbres más sobresalientes del pueblo norteamericano. Estos progresos no deben causar, por otro lado, gran admiración, si se tiene en cuenta que la civilización actual de los Estados Unidos no es el resultado gradual y lento de una transformación cuyos orígenes se encuentren en las edades bárbaras, sino que procede de pueblos muy avanzados en cultura y no menos adelantados en todas las manifestaciones del arte. Esta influencia, como es natural, se dejó sentir con gran fuerza en los orígenes del pueblo norteamericano, y más tarde, consumada ya su independencia, se mantuvo é infiltró en el espíritu del país, con el concurso de los centros de instrucción, de los hombres de letras y de los sabios que figuran en primer término en la escala del progreso intelectual, logrado por los Estados Unidos en el último siglo.

No puede negarse que á pesar de las desventajas con que los artistas lucharon en los primeros tiempos de la constitución del país, poco favorables por cierto al conocimiento y desarrollo del arte, las obras que ejecutaron son de evidente é indisputable mérito. Allston, Copley, West, Stuard, Trumbull y Newton, fueron tan conocidos y estimados en el extranjero como en su patria, pudiéndose asegurar que en su tiempo, esto es, á principios del siglo actual, había pocos artistas de mayor mérito en parte alguna, ni obras que, como las suyas, acusasen el extraordinario desarrollo que el arte ha adquirido en tan poco tiempo en los Estados Unidos. Y no se diga que este desarrollo es simplemente una forma del progreso general realizado por el país en aquel período, porque á pesar de haberse aumentado y perfeccionado los medios técnicos, á pesar de la mayor destreza, método y orden adquiridos y á pesar de la mayor y más sólida instrucción de

hoy, sería, á la verdad, muy difícil encontrar en los retratos hechos por los artistas nacionales y extranjeros de la época presente, mejor estilo y cualidades que en los de Copley y Stuard, que corresponden á la época antigua. El progreso no envuelve ni determina la genuina aspiración ó ideal que da valor al arte, sino que es simplemente un carácter externo técnico que no afecta á la esencia de la creación.

En la pintura de historia West, Allston, Trumbull R. W. Weir y Leutze han creado obras dignas del mayor respeto. En la de género las hay, asimismo, notables por la espontánea expresión con que está representado el carácter peculiar de la vida norteamericana. Mount y Edmonds son los que han aclimatado en los Estados Unidos esta clase de pintura, que han hecho llegar á una altura notable. Pero donde el desarrollo del arte ha llegado al mayor grado de perfección y originalidad es en el paisaje. La marcada predilección por esta clase de pintura puede explicarse tal vez por la circunstancia de que hasta hace poco los medios de instrucción han sido escasos, y por lo tanto el estudio de figura ó de las formas humanas ha sido pospuesto á la influencia ejercida sobre la fantasía por la belleza del campo, de un atractivo inexplicable en aquel país, cuando, como acontece en primavera, se muestra con todos los encantos de su silvestre hermosura. Esta predilección aparece como llenando el vacío producido por la falta de influencias artísticas é históricas, y como ideal, en cierto modo supletorio, del cual se han obtenido excelentes frutos. Hace algunos años que con motivo de los paisajes norteamericanos, pocos en número, que figuraron en las Exposiciones de Amberes y Bélgica, un distinguido artista de esta última Nación decía: «que eran éstos los más característicos en su género, de cuantos habían salido de los Estados Unidos.» En este ramo del arte pictórico pueden los norteamericanos sufrir muy bien la comparación con las mejores obras de igual clase de las escuelas europeas. En la pintura de género, sin embargo, la comparación es evidentemente desfavorable para los norteamericanos que distan mucho de haber llegado á adquirir la destreza técnica y la perfección que tanto distingue á las escuelas

española y francesa. Esto no obstante, en esta clase de pintura se encuentra bastante originalidad, como puede observarse en las obras de La Farge, Hunt, Vedder, Benson, E. Johnson, Homer, Perry y otros, cuyos asuntos, tomados algunos de ellos de la vida americana, están tratados con franqueza y naturalidad.

A los nombres de Gilbert Stuard, Copley, Allston, Morse, Newton, Trumbull, Jarvis, Inman, Sully y otros, como pintores de retratos de la época antigua, hay que agregar en la moderna ó actual los no menos dignos de loa, de Elliot, Furness, Stone, Hutington, Baker, Gray, Healy, Hunt, Page, Hicks, Staigg, Le Clear, Porter y Miss A. M. Lea. El estilo de Hutington es agradable; de dibujo correcto, y á veces de una extremada sensibilidad. Baker se distingue por la belleza de las cabezas de mujer. El estilo de Hicks es vigoroso. Page busca las más sutiles modulaciones de la forma, y sus retratos, si bien revelan inspiración, y están ejecutados con la mayor destreza, se singularizan, sin embargo, por el estilo peculiar del autor, que no es del todo agradable. La firmeza y la belleza del colorido son los caracteres que hacen sobresalir á las obras de Porter y de Miss Lea.

Entre los pintores de género se distingue Johnson, cuyos cuadros *The Old Kentucky Home*, *Sunday Morning* y *The Old Stage-Coach*, han adquirido mucha nombradía, resaltando en ellos la excelencia del estilo de dicho artista. Los asuntos de sus cuadros están tomados de la vida real y costumbres de la sociedad americana. Distínguense por el estudio de los detalles y por su expresión y delicadeza. Verdad es que adolecen del defecto de la vaguedad en la forma y monotonía del tono; pero así y todo son, de entre todos los de su clase, los que más franqueza y facilidad de ejecución revelan, distinguiéndose al primer golpe de vista por un inexplicable sello de originalidad, que fija la atención del observador menos impresionable, por cuanto no recuerda ninguno de los métodos de las escuelas europeas. El lienzo *The Old Kentucky Home* es el que dió á conocer primero el mérito de este artista, que ha venido demostrándose más

y más en sus sucesivos cuadros. La impresión que producen sus obras es grande, y á ello ha llegado el artista tal vez por cierta fuerza de intuición difícil de definir. En esto está el interés y atractivo de sus producciones, circunstancias en que la crítica se fija desde luego, más bien que en el mérito de los elementos pictóricos, como sucede cuando se analizan las obras de artistas de menos valer. Ocupa también un brillante lugar entre los pintores de género, Homer, cuya originalidad ha puesto de manifiesto en alto grado su lienzo *Prisoniers from the Front*, episodio de la guerra civil última, la mejor de sus obras, aun cuando en todas ellas se evidencia el mérito de la sencillez y alcance de la composición. Las figuras de su cuadro *The American Type* tienen mucha expresión y marcan con gran fuerza los accidentes más característicos de los hechos que intentan retratar. La crítica encuentra, sin embargo, en las obras de Homer cierta dureza y desaliño técnico que raya en libertad, lograda á veces á costa de la exactitud de los detalles, que no deberían ser sacrificados tan extremadamente como lo son en la mayoría de los casos. Homer posee, en resumen, el sentimiento del conjunto, y una gran sencillez de expresión unida á una originalidad tan especial que sus obras se reconocen desde luego, llamando poderosamente la atención.

Si no tan original, tal vez sea más concienzudo Perry, que ha hecho muchos progresos en poco tiempo, y que se apasiona de los asuntos que trata, escogiéndolos entre los que están más al alcance de sus fuerzas y le inspiran más simpatías. Por este procedimiento ha llegado á adquirir gran fama. Sus lienzos son instructivos y agradables, presentando todos los indicios de un estudio concienzudo. Así lo revelan sus cuadros. *The Weaver, Kept In* y *Young Franklin*. Perry no ha llegado todavía á dominar las figuras, ni á perder cierto amaneramiento y desaliño en el método que en él se descubre; pero así y todo posee relevantes cualidades que lo hacen muy digno de aprecio.

Por la finura y riqueza de color descuella La Farge, cuyos cuadros de flores cautivan por la agrupación, armonía y encanto de que los reviste su diestro pincel. Instruído hasta

el extremo, y delicado en la ejecución, ninguno como él posee la sensibilidad del misterioso tono y colorido con que embellece sus obras. Su cuadro *St. Paul at Athenes* está ejecutado con gran pureza y energía de composición. Esta obra, sin embargo, produce cierta vaga impresión de deficiencia en la forma y el dibujo, defecto que se revela más marcadamente en las manos del santo. Estos pequeños lunares están compensados á su vez por la alteza de la concepción y sus atractivos espirituales y poéticos, si así cabe expresarse. Los dos artistas que más sobresalen en los Estados Unidos por la armonía del colorido, son, sin ningún género de duda, La Farge y Gray, á pesar de ser completamente distintos en sus fines. La Farge demuestra propósitos intelectuales más profundos, mezclados de cierto orientalismo poético, mientras que Gray busca procedimientos de carácter sencillo y tonos más vigorosos que recuerdan la riqueza de sentimiento de la escuela veneciana. Desigual á veces, algunos de sus cuadros tienen mucho de la escuela que ha ejercido influencia en su estilo. Con todo, puede y debe pasar por uno de los buenos pintores de la escuela genuina americana, bastándole para ello su cuadro *Apple of Discord* que por su dibujo, pureza de tono y brillantez de las carnes, no tiene rival en el arte americano, y tal vez no ha sido sobrepujado en Europa por ninguno de los de su género en la época presente, según el sentir de un entendido crítico.

Son las obras de Irving de estilo imitativo, y en este género sólo es aventajado por algunos de los artistas más distinguidos que lo cultivan en Francia, donde tiene numerosos apasionados. Carecen, por lo tanto, los cuadros de Irving de originalidad é ingenio, pero no de mérito y de cualidades técnicas, como puede observarse en sus lienzos *The End of the Game* y *Cardinal Wolsey and his Friends*. Las figuras, semejantes á actores vestidos con toda propiedad para representar en la escena, no tienen siempre la naturalidad debida, defecto que entraña siempre el abuso de la imitación.

Son también del género realista las obras de Brow, cuyos asuntos están tomados de los incidentes domésticos más comunes. Este artista los trata con sencillez y naturalidad,

revelando un gran mérito imitativo, por más que no siempre demuestre en sus obras el mismo sentimiento y cualidades técnicas. Guy, que descuella asimismo en esta clase de pinturas, maneja el pincel con habilidad, pero las estudia demasiado, y las presenta por esta causa faltas de animación y vida. Sucede lo contrario con Henry, cuyo estilo peca de desigual y desmañado, si bien en cambio es intencionado y recuerda con acierto el sentimiento de los tiempos antiguos.

Shade, Chase y Shirlan, los tres discípulos de la Escuela de Munich, se singularizan mucho en sus obras. Demuestra el primero gran habilidad técnica, un buen método de ejecución y un colorido de agradable tono. Chase descuella por la facilidad del método y por la riqueza del colorido, y el último, autor de dos cuadros de gran perfección, *Toning of the Bell* y *Feeding the Poultry*, se hace admirar por su gran destreza en la ejecución.

Cuidadoso en el estudio, Thompson (A. W.) muestra bien claramente cierta tendencia al gusto y maneras del arte francés, de donde ha tomado los procedimientos, y algo tiene también de estas reminiscencias Bridgeman, cuyas pinturas se distinguen por la habilidad y exactitud con que están ejecutadas.

Ante las obras de los cinco artistas acabados de nombrar, lo que desde luego ocurre preguntar es si no sería mejor tomar directamente de la naturaleza el gusto ó manera que la ejecución de los asuntos exige, en vez de hacerlo con el intermedio de otros métodos que descansan en un modo distinto de ver los objetos para su expresión pictórica.

Á todos estos nombres hay que agregar, tratándose del género de pintura que aquí nos ocupa, los no menos distinguidos de Weder, diestro y estudioso como pocos; Benson, notable por la finura del colorido y por su habilidad; Rosenthal, cuyo lienzo *Young Monk*, está lleno de poesía y sentimiento y está pintado con rara destreza; Leutze, R. W. Weir, Loop, Henry, Yewell, W. H. Beard, Wood, C. C. Colman y algunos otros más que cultivan el arte con fe y perseverancia, comenzando á fijar las bases de un estilo propio que

puede con el tiempo merecer la sanción de los más exigentes en estética.

En paisaje, género donde lucen las galas de su pincel los artistas norteamericanos, hay obras de un efecto mágico. Cole y Durand pueden llamarse con toda propiedad los padres de este género de pintura. Ellos fueron los que la animaron con un sentimiento cuyo espíritu ha prevalecido á través de los tiempos. El sentido poético de Cole y el encanto que revisten sus paisajes, los más sencillos, son cualidades que el tiempo no ha podido borrar. Del mismo modo Durand, estimulado por un vigoroso sentimiento interior, trajo al paisaje un refinamiento de delicadeza de gran transcendencia para esta rama del arte. Estas direcciones dieron pronto sazonado fruto. No de otro orden de inspiración proceden el dulce encanto y la delicada gracia de las obras del difunto Keusett, donde brillan las más sutiles modulaciones del colorido y un sentimiento de apacible reposo que hace las delicias de los verdaderos amantes del arte. Véanse, en corroboración de este juicio, sus dos cuadros *Conway Valley* y *Lake George*. *Pallanza*. *Lago Maggiore*, cuadro del mismo autor, es una obra maestra, donde llama poderosamente la atención la brillantez de la luz y las delicadas modificaciones que le imprimen los diversos tonos. Este artista es notable por la variedad de sus aptitudes y la franqueza de ejecución, á la vez que por la alteza del sentimiento.

Los cuadros de Mc. Entee, especialmente *October Afternoon*, *November*, *The Woods of Ashokan*, *Frosty Morning* y *Late Autumn*, se distinguen por su verdad y expresión y subyugan al espectador, determinando cierta impresión de melancolía que en nada contradice á su belleza. El estilo de este artista es expresivo y sentido, demostrando un gran conocimiento de los ocultos resortes que hay que poner en juego para llegar á la mayor exactitud de imitativa en los detalles, cualidades en que no tiene rival dicho paisajista.

Muy conocidos y apreciados son también los cuadros de Church, sobre todo los que tienen por asunto el *Niágara* y los *Andes* (*Heart of Andes*), donde ha desplegado una rara ha-

bilidad. Church ve el paisaje con el frío examen del hombre de ciencia, á la vez que con la penetración del artista. Dando más en lo primero que en lo segundo, sin embargo, muestra una marcada tendencia á la acumulación de detalles, circunstancia que debilita el sentimiento de que se inspira al ejecutar sus obras.

El interior de los bosques, con su intrincado y pintoresco follaje y sus tenues y multiplicados rayos de luz penetrando á través de la sombra de las espesuras, tiene en Whittredge un distinguido intérprete. Sus cuadros *Twilight on the Sawangunk Mountains* y *The Old Hunting-Grounds* son dignos de su reputación. No valen menos *A Home by the Sea*, *Rocky Mountains, from the Platte River* y otros salidos de su privilegiado pincel. El estilo de este artista es muy propio de los asuntos que forman la base de su composición. Libre, vigoroso, suelto, valiente y poco detallista, reúne todas las condiciones que engendra el dominio sobre el arte, acompañándolas de una cierta intuición que le permite recoger los efectos más sutiles y sensibles que pueden descubrirse en el paisaje. Es menos afortunado en los cuadros de paisaje abierto y desnudos de masas de vegetación, que suelen resentirse de cierta dureza demasiado sensible á veces. Así y todo, despliega en ellos grandes dotes de naturalidad.

Con signos de cierta decadencia en sus obras últimas, cosa en verdad algo extraña, Bierstadt, el autor del celebrado cuadro *Rocky Mountains*, pertenece también á la clase de artistas de estilo vigoroso y de franca ejecución, que tantos encantos prestan á la pintura de paisaje.

Tiene el arte ciertos métodos ó procedimientos tan agradables como difíciles de definir, y que escapan por lo mismo á las reglas de la crítica, que impresionan mucho, sin embargo, y complacen en gran manera al observador. De esta clase es el mérito de Colman (S.), demostrado con toda evidencia en su lienzo *Merchant of Laghouats en ROUTE between Tell and the desert, Algeria*. Simpático, de buen colorido y de excelente composición, este cuadro, tal vez demasiado severo, es de una perfección artística admirable. Quizás aumentase el mérito de este artista, produciendo efectos más agra-

dables, cierta negligencia en los efectos de la composición, que estudia con demasiada minuciosidad.

Descuella Hubbard en los efectos luminosos de los celajes cerrados y en los paisajes que representan la naturaleza en las tardes de verano. Sus efectos de luz, la transparencia de la atmósfera y otros accidentes de primer orden son brillantes, atractivos y de un tono que subyuga. No es su estilo siempre igual, pero nunca carece de expresión y sentimiento artístico. Son muy bellos sus lienzos *Early Autumn*, *Coming Storm* y *Gimpse of the Adirondacks*.

Cuidadoso y concienzudo observador de la naturaleza, Richards (W. T.) ha adquirido últimamente la franqueza y el amplio golpe de vista que exige el total dominio del arte. En sus últimas obras se revelan estas cualidades en alto grado. Ninguno como él sabe representar con tanta verdad el mar y el movimiento de las olas, como ninguno aventaja á Tomás Hall en la representación tan agradable como realista de las grandes escenas de la naturaleza, mérito que ha dejado consignado en su cuadro *Yosemite Valley*, con el cual se ha conquistado uno de los mejores puestos entre los paisajistas norteamericanos. El gusto por esta clase de asuntos va haciéndose muy popular, y aun cuando esta tendencia no está muy en armonía con los fines del verdadero arte, que no admite semejante subordinación, no carece sin embargo de influencia cuando se despliega en ella la habilidad de que hace alarde Hill, que ha seguido las huellas de su esclarecido predecesor Bierstand.

Los matices, si así se puede decir, que dentro del género aquí examinado distinguen á unos artistas de otros son muchos, revelándose en todos ellos la rara aptitud de los mismos para esta clase de pintura. Así, por ejemplo, en Brístol hay que admirar la franqueza de la ejecución y las interposiciones de luz y sombra en sus paisajes de verano; en Hars, algo apegado al estilo aleman, la brillantez y vigor en los efectos; en Hetzel, lo agradable y real de la representación; en James Hart, el dominio que ejerce sobre los asuntos pastoriles; en Cropsey, la especial y característica ejecución de su alegre estilo; en Swain Gifford, el vigor y amplitud de sus

procedimientos y el acierto con que ejecuta los asuntos de países y costumbres orientales, en los que es una especialidad; en Gay, la sensibilidad y la destreza de ejecución, y en otros varios, cualidades excelentes todas, que fuera á la verdad muy difícil de expresar, porque atañen más al sentimiento que á la parte en cierto modo material del arte.

Basta con lo dicho para comprender que el arte de la pintura entre los norteamericanos tiene cierto sello especial que influye mucho en su desarrollo, señalándose más extremadamente esta tendencia peculiar y exclusiva de sus artistas en el paisaje, al cual imprimen un carácter propio que tiene mucho de ideal y no menos de realista, amalgama ó consorcio que logran realizar por lazos armónicos de sorprendente intuición estética.

Cultivan con provecho la pintura de acuarela Colman, Tiffany, Swain Gifford, Smillie, Boughton, Nicoll, Richards, Homer, Bellows, Miss Bridges y otros cuyos esfuerzos van logrando feliz éxito. La sociedad americana de acuarelistas mantiene y propaga el gusto por este género que no ha alcanzado aún el grado de perfección que distingue al de paisaje.

La escultura tiene menos y relativamente más inferiores prosélitos. Story, Rogers (Randolph), D. C. French, T. R. Gould, R. H. Park y Miss Foley son ya conocidos por la aplicación que demuestran y los esfuerzos que hacen para adquirir la habilidad de los grandes maestros. En bronce, los bustos de *C. Calvery*, especialmente de *John Brow* y los grupos de Connelly, entre los que sobresale el *Honor arresting the Triumph of Death*, son de un excelente modelado y revelan mucha inspiración. Así y todo, este arte, entendiéndose el concepto con el mayor carácter de generalidad, tiene aún mucho camino que recorrer para llegar á los límites de la perfección. Esto justifica la brevedad del juicio que aquí se emite, y al que puede desde luego darse de punto, no sin dedicar antes un recuerdo al ingenioso, diestro y popular modelador en barro John Rogers, cuyos grupos de pequeñas figuras, en representación de escenas de la guerra civil última

ó de costumbres del país, han adquirido una celebridad tan grande como merecida.

Hace alarde este artista de un ingenio agudo y de una habilidad extremada tan notables, que sus obras se distinguen al primer golpe de vista de las de la misma clase modeladas por otras manos, por expertas que sean.

John Rogers, puede esto decirse sin asomo de exageración, será siempre en los Estados Unidos el príncipe de los artistas que á este delicioso ramo de la escultura se dedican.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.





# REFORMAS AGRÍCOLAS

EN CASTILLA

MEMORIA PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE BURGOS EN 1882

SIN GANADERÍA NO HAY ESTIÉRCOL

NI PROGRESO AGRÍCOLA SIN ESTE ELEMENTO



A Excma. Diputación Provincial, que sin duda ha tenido presente el anterior axioma agrícola, propuso para un premio de los JUEGOS FLORALES del año de 1882 el siguiente tema: «Al autor de la mejor Memoria en prosa, sobre los medios más asequibles á nuestros prácticos, para extender y mejorar la riqueza pecuaria en general y la vacuna en particular, tan íntimamente enlazadas con la agricultura en la provincia.» Para su resolución, nos preguntamos, ¿es posible la industria pecuaria en la provincia de Burgos? ¿Cuáles son los medios de mejorarla, conformes con el axioma agrícola enunciado? No sólo es posible, sino que las condiciones climatológicas de la provincia, las de los terrenos formados por los *detritus* de las variadas rocas que constituyen las cordilleras que dominan sus vegas, sus ríos y multitud de arroyos á ellos afluyentes,

las prácticas de labores y variedad de semillas que se cultivan, la hacen, no sólo posible, sino necesaria para el progreso agrícola; así lo ha comprendido la Excma. Diputación al fijar el tema del cuarto premio, y aunque escasa nuestra suficiencia para darle solución completa y satisfactoria, la afición á la agricultura y el cariño al país que habitamos nos animan á poner á prueba los pocos conocimientos que de ella poseemos, por si logramos ver establecida la industria más importante de la agricultura y la que prestará crédito para obtener recursos á pequeño interés, si para su desenvolvimiento la Excma. Diputación ayuda, con los suyos y con su influencia, á vencer los obstáculos que puedan presentarse; en este caso creemos que en breve tiempo se alcanzará el establecimiento de la industria pecuaria de un modo general, lo que no se lograría por sólo la enseñanza agrícola de los Institutos, los establecimientos de las Granjas-modelos y los premios de honor.

Aun cuando para exponer detalladamente los medios de mejorar la industria pecuaria actual de la provincia sería conveniente describir el clima, condiciones de los terrenos de los diferentes valles, variedad de cultivo de semillas y alternativa de éstas y la de los ganados lanar, vacuno ó caballar que se benefician ó granjean, remitimos estas noticias á la Memoria que, impresa y con profusión, se distribuyó al mandar á la Exposición internacional de Bayona de 1864 los variados productos de esta provincia; aquella Memoria es un modelo al que podrían ajustarse cuantos exponen productos agrícolas, para darlos á conocer en sus principales condiciones, en los certámenes que con este objeto se verifican.

De la misma Memoria tomaremos algunos de los datos que presentaba, para hacer ver que en aquella época se consideraba que la agricultura de la provincia podía clasificarse, como en la transición del sistema extensivo al intensivo; por la corta superficie en que obraba cada propietario ó colono y por los recursos y fuerzas productivas de cada localidad; desgraciadamente, desde entonces, las compras de bienes de propios y de otros á exorbitantes precios, las malas

cosechas, excesivos impuestos y la falta de enseñanza teórico-práctica, puesta al alcance y acomodándola á los usos y necesidades de pequeños propietarios y colonos, no han permitido el progreso agrícola, á pesar de los desembolsos hechos por el Gobierno para formar un Museo de instrumentos agrícolas perfeccionados que, sin uso, existe arrinconado; y por la provincia que ha costado, durante muchos años, ensayos de labores y cultivos de nuevas semillas, sin resultado aparente.

Aunque ajena la enseñanza de obreros y pequeños propietarios al objeto de esta Memoria, daremos á conocer brevemente en el curso de ella lo que en nuestro concepto sería conveniente para llevarla á cabo.

De los datos oficiales insertos en la Memoria de que anteriormente hemos hecho mención, resulta que la provincia tenía en cultivo con regadío 8.198 hectáreas, y en secano 400.248, ó sea un total de 408.446; las cabezas de ganado que se mantenían con pasto tieso, pajas y graños, eran 54.566 vacuno, 11.400 caballar, 12.032 mular, 18.232 asnal, 507.069 lanar, 50.618 cabrío, 20.138 de cerda, siendo el total 674.255, equivalentes á 154.000 de ganado mayor; cada una de estas debe producir al año, convenientemente mantenida, el estiércol necesario para abonar 37,50 áreas (48,337,50 pies superficiales) de tierra, resultando para cada hectárea (128.900 pies superficiales) 24.000 kilogramos (2.086 arrobas), que es un estercolado bueno; y como con los estiércoles que produjesen las 154.000 cabezas de ganado mayor podían beneficiarse en seis años 208.223 hectáreas de tierras de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> calidad, es visto que el cultivo de la provincia se encontraba en estado de progreso, y por lo mismo se decía en la Memoria, que *generalizando los cultivos de prados artificiales, la agricultura de la provincia podría entrar en el período progresivo, aumentando con ellos la granjería de ganados.*

El cultivo de la provincia se lleva en general al quinto, cuarto y tercio de barbecho, ó descanso en las tierras de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> calidad, y al 0,50 en las de 3.<sup>a</sup>; estas diferencias proceden de la calidad de las tierras, y más principalmente de la cantidad de estiércoles de que puede disponerse.

Por cada par de bueyes, que son los que generalmente se emplean en el cultivo, se tienen en labor de 45 á 60 fanegas de tierra (1) de las tres calidades: superficie excesiva atendido el gran número de obreros auxiliares que exigen en el clima húmedo de la provincia de Burgos las labores de escaba y salla, ó sea arranque de plantas extrañas al cultivo; el coste de ellas se gradúa en 9 pesetas por fanega en las de 1.<sup>a</sup>, 11 en las de 2.<sup>a</sup> y 13 en las de 3.<sup>a</sup> calidad; estos gastos hacen que no obstante ser el producto medio del trigo 8 á 9 por 1, los beneficios de la labranza sean tan escasos, que los colonos vivan mal alimentados y con muy pocos recursos para las demás necesidades de la vida; de tal estado sólo puede sacarlos la industria pecuaria; por ella se conseguirán el aumento de producción de las tierras, los ahorros necesarios para proporcionarse instrumentos perfeccionados, y oirán con más interés los consejos que se les den sobre mejoras de cultivo; hay, sin embargo, una gran dificultad que vencer para llegar al establecimiento de industria pecuaria entre estos pequeños propietarios, que son los que llevan en labor las nueve décimas partes de las tierras, cual es la falta de capitales para adquirir la base de esta industria, el ganado. No tienen ahorros, como hemos visto, y si acuden á obtener préstamos de particulares, sólo lo consiguen mediante un interés ruinoso; si á Sociedades de crédito, las condiciones que les exigen les son difíciles de satisfacer; en tal estado, es de necesidad que la provincia auxilie este ramo importante de la agricultura, creando una «Caja de auxilios á la industria pecuaria de la provincia,» cuyas condiciones podrían ser:

1.<sup>a</sup> El fondo de la Caja se formaría por un empréstito provincial de 500.000 pesetas con 5 por 100 de interés.

2.<sup>a</sup> La Caja sería administrada y dirigida por un individuo de la Excmá. Diputación, un representante de los prestamistas nombrado por los mismos, y un oficial de la Excelentísima Diputación, como secretario.

---

(1) Como términos medios hemos tomado para la fanega de 1.<sup>a</sup> 2.900 varas superficiales, para las de 2.<sup>a</sup> 3.300, y para las de 3.<sup>a</sup> 4.000.

3.<sup>a</sup> Estaría abierta todos los viernes del año, de once de la mañana á una de la tarde, para dar los auxilios y recibir los reintegros é intereses.

4.<sup>a</sup> Los auxilios á los labradores no podrían exceder de 750 pesetas, que se entregarían á los vendedores de los ganados, á presencia del comprador y de un convecino suyo que fuese contribuyente de diez pesetas por trimestre de territorial, y sería fiador.

5.<sup>a</sup> El comprador y su fiador firmarían la obligación que se extendiese del anticipo é interés, expresando el número y clase de ganados satisfechos por su cuenta, y que responderían del reintegro de su valor en caso de venta.

6.<sup>a</sup> En el *Boletín Oficial* de la provincia se publicarían los nombres, vecindad y cantidades satisfechas por cuenta de los compradores de los ganados, con fondos de la Caja que respondían del reintegro.

7.<sup>a</sup> El 6 por 100 que se exigiera á los favorecidos se aplicaría el 5 para el empréstito y el 1 para gastos de la Caja y decapitación.

Si bien estos detalles pueden considerarse ajenos al fin de la Memoria, hemos creído que podrían facilitar la realización de las ideas que en ella consignamos, así como otras que se encuentran en su fondo.

Allanada la dificultad de allegar capitales al pequeño cultivo, lo más necesario para el fomento de la industria pecuaria es dar á conocer el modo de utilizar y mejorar los prados naturales, las pajas de cereales y leguminosas, los forrajes y el cultivo de prados artificiales, de raíces y de tubérculos, más apropiados al clima y á los medios de que disponen los labradores de la provincia, para mantener bien y con economía los ganados que destinen al trabajo y granjería. Uno de los puntos esenciales para alcanzar el buen resultado de esta última es conocer las clases, cantidad y preparación de alimentos que deben darse á los ganados, y de ello han de instruirse los que dedican sus capitales y gran parte de los productos de sus tierras á la industria pecuaria; y no pudiendo caber en los límites de una Memoria esta enseñanza, nos reducimos á indicar las semillas y plantas que, atendi-

das las prácticas del país, proporcionarían con mayor abundancia y menor coste el alimento de los ganados que puedan ser objeto de la industria á que nos referimos. El alimento natural de los ganados vacuno, lanar y caballar es el herbáceo, fresco y seco, adoptándose también como fresco para los mismos ganados las raíces y tubérculos, mezclados con pajas; los granos de cereales y leguminosas son excelentes, pero incompatibles con la economía que exige toda industria, y en particular la pecuaria, si ha de ser productiva en las condiciones generales del pequeño cultivo; así que solo debe tener lugar esta clase de alimentación, alternada con la forrajera, para animales de trabajo y los de cebo. Cuáles sean las semillas que deben adoptarse para prados duraderos, nos lo dicen los mismos campos; en ellos hallamos en los terrenos calizos de fondo la esparceta ó pipirigallo; en los silíceos cascajosos, la pimpinela; en los sustanciosos fuertes de fondo, la mielga ó alfalfa; en los suaves y frescos, el trébol; así que, como prados artificiales, pueden cultivarse estas cuatro especies para darlas en verde ó seco al ganado, aunque en verde se han de suministrar las dos últimas con las precauciones necesarias para evitar las timpanizaciones; las dos primeras resisten las más fuertes heladas, son muy nutritivas y pueden darse al ganado en cualquiera cantidad y estado sin temor de que le perjudique. Los productos de la pimpinela son poco abundantes, y solo en condiciones muy favorables se prestan á la siega; pero tiene la particularidad de vegetar rastrera con las más fuertes heladas y en los peores terrenos, lo que la hace apreciable para alimento fresco de invierno del ganado lanar. La esparceta en terreno de fondo fresco y suave da buenos productos durante doce ó diez y seis años, si se limpia de plantas extrañas y se beneficia cada tres ó cuatro años con tierras muy calizas, como las de detritus de carreteras de firme calizo, y si fuese de regadío podría dar dos cortes en fines de mayo y de septiembre; son tan considerables y tan buenos los productos de esta planta, que la corta superficie de dos fanegas de tierra puede proporcionar el alimento anual necesario para un par de bueyes; su cultivo y el de la alfalfa se introdujo en las inmediaciones

de Búrgos en 1856 (1), y hasta hace seis ú ocho años no se ha extendido el de la esparceta; el día en que se generalice, la provincia podrá entrar de lleno en la industria pecuaria, y la Excma. Diputación Provincial, para conseguir este fin, debiera establecer pequeños premios anuales de veinticinco á cuarenta pesetas, á los que, en extensión al menos de una fanega de tierra de 2.<sup>a</sup> ó 3.<sup>a</sup> calidad, probasen tener en cultivo la esparceta con corte del segundo año.

Respecto á nuevas semillas que convendría introducir para la alimentación de ganados, debe recomendarse el maíz (2) trimesino, que á la altura media de 830 metros sobre el nivel del mar, á que se encuentran los pequeños valles de la provincia, puede cultivarse con buen éxito; la planta del maíz no tiene más desperdicio que la raíz que oculta la tierra; el ganado vacuno y el lanar lo comen con avidez; además, la época de su siembra, de labores y recolección permiten la del cultivo cereal y dejar el terreno mullido y limpio para las siembras de otoño, y el producto de 20 á 30 fanegas por una de tierra; esta semilla en sus tres variedades y otras tres de remolacha con la pataca ó sopinambour, fueron introducidas al mismo tiempo que la esparceta, sin que sus cultivos hasta la fecha se hayan generalizado, y sería del mayor interés se fomentasen por el medio anteriormente indicado de los pequeños premios; las raíces y tubérculos son un excelente alimento para el ganado lanar y vacuno, mezclado con pajas de legumbres y trigo durante el invierno, época en que faltan los pastos frescos; así que deben entrar en el cultivo en buenas proporciones, aumentando el de las plantas que exigen escabas y limpias del terreno y lo dejan en buenas condiciones para siembra de cereales de otoño. A los cultivos de las anteriores semillas, raíces y tubérculos deben acompañar los de leguminosas, que en general se siembran en la provincia, como son los yeros, ricas, guisan-

---

(1) El autor de esta Memoria trajo la semilla de esparceta de París, por no encontrarla en España.

(2) El año 1856 hizo el mismo la introducción del cultivo de tres variedades que conserva.

tes y titos, que los unos como comestible para el hombre y los otros como forrajes frescos ó granos para el ganado, deben seguirse cultivando para tener abundantes y variados alimentos.

Dada esta ligera idea de las semillas y plantas que conviene introducir y seguir cultivando en la provincia para el buen establecimiento de la industria pecuaria, es de necesidad conocer la relación en que están dichas semillas y plantas, en su valor nutritivo, con una unidad de valor fijo que sirva de tipo para la determinación de cantidades que de cada una, solas ó combinadas, deben suministrarse á cada ganado de los que para labor ó granjería se mantienen. Como unidad tipo está adoptado el buen heno seco de prados naturales, y conforme con él resultan las siguientes proporciones nutritivas:

Pajas de trigo.....	0,55
Idem de cebada.....	0,45
Idem de legumbres.....	1,40
Esparceta en verde.....	0,36
Idem en seco.....	1,22
Alfalfa verde.....	0,30
Idem seca.....	1,00
Trébol verde.....	0,25
Alcacér de cebada.....	0,30
Tubérculos.. {	
Patacas.....	0,30
Patatas.....	0,90
Remolachas. {	
Raíces.....	0,52
Hojas.....	0,20
Legumbres en grano.....	3,15
Maíz ídem.....	2,20
Cebada ídem.....	1,80
Avena ídem.....	1,33

Estos datos sirven para graduar con alguna aproximación la cantidad de alimentos que pueden suministrarse á los ganados para evitar pérdidas por excesos ó faltas, cuando se conoce la cantidad relativa al peso de los que en general exigen los ganados para conservarse en buen estado de salud y

de carnes, ya estén destinados al trabajo ó á la reproducción. —Las experiencias hechas sobre este particular, han dado á conocer que cuando la alimentación de los animales con heno tipo es el 3 ó 3,25 por 100 de su peso vivo, no desmerecen por el trabajo ó la reproducción.

Conocido el valor nutritivo de las plantas y semillas alimenticias y la cantidad que debe suministrarse á cada animal, conviene también dar á conocer los cuidados que exige el pienso y las enfermedades de los mismos, y con este fin aconsejaríamos: 1.º La mayor limpieza en los comederos, cualesquiera que sean los materiales de que estén contruídos y su forma. 2.º Que la cantidad que se les suministre sea proporcionada á su desarrollo y trabajo á que estén destinados. 3.º que los alimentos sean sanos y variados, según las estaciones, y aliñados á veces en sopas que hayan experimentado un principio de fermentación. 4.º Que los forrajes secos se dieran cortados en pequeños trozos por el corta-pajas de guillotina, que es el más barato y suficiente para las pequeñas explotaciones pecuarias. 5.º Que las raíces y tubérculos se den cortados con el corta-raíces de París, y mezclados con pajas y henos. 6.º Si se suministrasen granos á los ganados de labor ó cebo, que sea en harina ó quebrantados cuando menos. 7.º Que el agua en todo tiempo sea lo más pura posible. 8.º Que la sal en grano se dé en pequeñas cantidades, y aun mejor rociando los piensos secos con agua muera. Y 9.º Que para precaver los males que ocasiona la falta de conocimiento de las enfermedades de los ganados domésticos, convendría el que en el *Boletín Oficial* se publicase el cuadro sinóptico de D. Tomás Museros.

Dadas á conocer las semillas y plantas que pueden cultivarse para alimentación sana y económica de los ganados de granjería y trabajo, su valor nutritivo, cantidades que deben suministrarse y el método más conveniente para ello, veamos en qué condiciones un propietario ó colono de un par de labor, con cincuenta fanegas de tierra (13 hectáreas próximamente), de las cuales 6 sean de 1.<sup>a</sup> calidad, 34 de 2.<sup>a</sup> y 10 de 3.<sup>a</sup>, con tres vacas reproductoras y de trabajo ó dos bueyes de trabajo, de peso vivo de 1.500 libras, 60 ovejas

de 3.600 libras, y un cerdo de peso vivo medio en diez meses de 150 libras, nos darán para el peso total de estos animales 5.250 libras, que exigirán el alimento diario en heno seco, al 3,25 por 100, 170,62 libras; si en vez de heno se diese solo paja de trigo ó remolacha, el peso de la probenda de estos ganados sería de 310 libras, y si harina de legumbres, 54; esta diferencia de valores nutritivos hace ver que no conviene ni se dan raciones diarias de una sola clase de alimentación, y que deben combinarse de modo que resulte entre todas el equivalente necesario al determinado, cuidando de que las combinaciones sean adecuadas al aprovechamiento de los productos de cada estación y á la economía, cualidad que no debe perderse de vista y que nunca recomendaremos bastante. En la pequeña propiedad que hemos puesto por modelo, la extensión que al cultivo de las diferentes semillas de prados, forrajes, granos, raíces y tubérculos pudiera darse para la alimentación de los ganados, necesaria en un año, estará determinada, no para una completa estabulación de ellas, ó sea recibiendo su probenda al pesebre, en cuyo caso el acopio debería ser equivalente á 62.276 de heno seco, pues hemos de suponer que estos ganados han de aprovechar los pastos de rastrojera, algunos comunales, retoños de prados de la propiedad y alimentos de era, que considerados equivalentes á 105 días, resultará la necesidad de acopiar para los 260 restantes á 170,62 libras por día, 44.361 libras. Lo hasta aquí establecido se limita á la granjería de ganado reproductivo en labor de 50 fanegas de tierra; mas como no en todas las localidades es posible esta granjería, por dificultades en la expendición de sus variados productos, podrá sustituirla con iguales ó mayores beneficios la de cebo de ganados, que en menos tiempo proporciona utilidades con el empleo de productos poco lucrativos en los mercados, da estiércoles más abundantes y mejores por la estabulación, cantidad y calidad de alimentos que reciben los ganados, y proporciona recursos para responder en cortos plazos de los intereses de obligaciones contraídas por empréstitos. Estos dos medios de desarrollo de la industria pecuaria exigen para obtener sus mayores beneficios el conocimiento de los ganados

por su edad, conformación, sanidad y estado de carnes en que se encuentran, y el poder disponer, como se ha dicho, de buenos alimentos, administrados convenientemente; sin estas condiciones, los resultados fallarán, y el agricultor previsor ha de procurar conocer además los buenos ganados productores y de cebo de las diferentes razas españolas en sus aptitudes lecheras, de trabajo y de cebo que han de ser objeto de su especulación, mejorándolas por una buena selección.

Consignada la cantidad de alimentos que deben acopiarse para los ganados de labor y granjería de la labranza de 50 fanegas de tierra, veamos qué cantidades de productos se obtendrían por término aproximado de los diferentes frutos cuyo valor nutritivo dejamos establecido. Este nuevo dato servirá para determinar la extensión de cultivo que conveniría darles y obtener las 44.361 libras de alimentos equivalentes á heno seco, con algún exceso para subvenir á eventualidades que pudieran ocurrir, el cual nunca sería perdido si el labrador fuese más fuerte que su labranza, pues teniendo ahorros podrá dedicarlos á adquirir ganados, que destinaría al consumo de los sobrantes y le producirían un buen interés.

Veamos, como hemos dicho, lo que producen las variadas especies de alimentos que hemos indicado como propias para el ganado de la provincia; tomemos para esta determinación la fanega de tierra de 3.100 varas, que es la media de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> calidad, y tendremos los siguientes productos medios:

Paja de trigo.....	2.000	libras.
Idem de legumbres.....	1.500	»
Esparceta verde.....	8.600	»
Idem seca.....	3.600	»
Alfalfa verde.....	14.000	»
Idem seca.....	4.200	»
Trébol verde.....	14.200	»
Alcacer de cebada.....	15.400	»
Remolachas.....	} Raíces..... 14.000	»
Patatas.....	10.200	»
Patacas.....	12.000	»

Trigo en grano.....	9 fanegas.
Legumbres en idem.....	10 »
Maíz.....	21 »
Cebada.....	12 »
Avena.....	14 »

Los productos anteriores son los medios que correspondrían al cultivo actual de la provincia de Burgos, aunque es de suponer que, con el recurso de estiércoles y otros para las labores, aumentarían, cuando menos, un 25 por 100. De las 50 fanegas de tierra que hemos señalado para labor, haríamos la siguiente distribución de cultivos:

SEMILLAS.	Superficie que ocupan en fanegas.	PRODUCTOS EN LIBRAS Y FANEGAS.	Equivalentes á heno.
Prado natural con semillas diversas de heniles.....	5	Sin productos de recolección.	»
Trigo.....	13,50	{ Paja..... 27.000 lib. Grano..... 121 fan.	13.000 lib. »
Cebada.....	6,50	{ Paja..... 13.650 lib. Grano..... 78 fan.	(1) »
Avena.....	2	{ Paja..... 2.600 lib. Grano..... 28 fan.	» »
Maíz.....	2	{ Forraje verde. 2.800 lib. Grano..... 42 fan.	700 lib. 7.200 »
Legumbres.....	4	{ Pajas..... 6.000 lib. Granos. } comestibles. 20 fan. } para el ganado 20 id.	8.400 » » 6.300 »
Remolacha.....	0,50	{ Hojas..... 2.500 lib. Raíces..... 7.000 id.	500 » 3.650 »
Patatas.....	2	Tubérculos.. 8.400 id.	»
Patacas.....	4	Idem..... 9.000 id.	3.240 »
Esparceta.....	2	Forraje verde. 17.400 id.	»
Barbecho.....	6,50	En seco..... 4.350 id.	5.307 »
		»                   »	»
TOTAL.....	50,00		48.297 »

Como se ve por estos resultados, la producción de forrajes

(1) No se pone su equivalente á heno porque se emplea en camas para el ganado, lo mismo que la paja de avena.

verdes, secos, pajas, semillas, raíces y tubérculos que se recolectarían, cubrirían con exceso la alimentación de los ganados, obteniendo además pajas para camas y granos y tubérculos para venta, cuyo valor excedería de 2.000 pesetas, con las que se cubrirían los gastos de jornales, de la familia y de auxiliares, pago de impuestos, gastos de aperos y herramientas, pérdidas en los ganados, guardería rural y otros, quedando como beneficio el líquido producto de la granjería de ganados y los estiércoles. Mas para plantear los cultivos de semillas, plantas y prados que no entran en las prácticas del país, se presentarían obstáculos, que, para vencerlos, sería precisa una guardería rural celosa y alguna disposición legislativa, porque se ha de tener presente que en la provincia está autorizado el pago roto, ó sea la libre pasturación en todas las tierras después de alzados los frutos de verano, y esto causaría grandes desperfectos en los prados artificiales, siembras de maíz, remolachas y plantas de patatas y patacas, cuya recolección se dilata hasta fines de octubre y de noviembre, y aun con buena guardería sería difícil la conservación, ínterin que los colonos y propietarios no declarasen acotadas sus tierras, que, divididas en pequeñas parcelas y diseminadas por la extensa jurisdicción de cada pueblo, harían muy costosa la guardería existiendo el pago roto; éste podría desaparecer formando los vecinos de cada pueblo un hórreo común de sus tierras, y valorados los barbechos en su producto como de pastos, se arrendasen por pagos deslindados en beneficio de los propietarios y arrendatarios de tierras con proporción á las de cada uno; por este medio, de los daños que se causasen responderían los arrendatarios de pastos, consiguiéndose el que las siembras y frutos en pie se respetasen. El obstáculo legislativo para tener prados artificiales y mejorar las tierras por enmiendas y otros medios está en que las leyes prescriben la necesidad de tomar razón en el Registro de la Propiedad de todo arriendo que exceda de seis años, y como en este caso los arriendos de pequeñas tierras, si no exceden, al menos igualan á su valor con los gastos que ocasionan, y por otra parte, los prados artificiales, sus labores y beneficios no se disfrutan en corto plazo,

el Registro hace imposible el que los arrendatarios puedan dedicar sus tierras más que al cultivo cereal y de legumbres, sin beneficios ni enmiendas de ninguna clase, esquilmándolas. La disposición del Registro de la propiedad sobre arriendos de más de seis años debiera derogarse, y al propio tiempo facilitarse las permutas, conteniendo la extremada subdivisión de la propiedad; estos y otros medios de interés para el fomento de la agricultura convendría se consignasen en un Código rural, que presentado en proyecto por un celoso diputado á las Cortes, permanece hace años en el olvido; ¿habrá algún diputado ó Ministro castellano que le saque de tal estado?

Hemos expuesto cuanto creemos conveniente para el fomento de la industria pecuaria, sin ocuparnos de las mejoras de que son susceptibles las razas de los ganados vacunos de la provincia, Asturias, León y Santander, como lecheras y de trabajo; y como se hallan tan íntimamente unidas á dicha industria, diremos nuestro parecer. Lo primero que debiera hacerse es el tratar de mejorar por sí mismas las cuatro razas, caballar, vacuna, lanar y de cerda, por la selección de reproductores, la que con pequeños premios en concursos se conseguiría en los puestos de caballos, garañones y berracos y los de libre monta de caballos, toros y moruecos en los pueblos. Celebrados estos concursos anualmente en épocas apropiadas y puntos convenientes, daría los mejores resultados, como se vió en una provincia no lejos de esta, desde 1824 á 1833, en cuya época se alcanzaron resultados admirables con insignificantes gastos. Este medio es, sin duda, mejor que el de sostener en granjas modelos diez ó doce sementales de todas clases, con mucho coste y corto alcance para beneficio general de la ganadería del país.

Como nuestro objeto al decidirnos á exponer nuestros pocos conocimientos agrícolas es más bien hacer posible la realización del fomento de la industria pecuaria que consignar principios para ella, diremos que, siendo muchos los distritos que se dedican en pequeño y sin estímulo alguno á esta industria, convendría señalar para los concursos de sementales los siguientes premios:

GANADOS.	Pesetas.
1.º Diez premios de 100 y 50 pesetas á caballos sementales de paradas en cinco puntos diferentes.....	1.500
2.º Diez de igual cantidad para garañones.	1.500
3.º Veinte para toros de parada y monta libre, de 100 pesetas cada uno.....	2.000
4.º Veinticinco premios para moruecos de rebaños que no bajen de cien cabezas, de 30 pesetas cada uno.....	750
5.º Quince á berracos de parada, de 30 pesetas.....	450
Gastos de delegados de veterinaria por sus reconocimientos de ganados.....	800
TOTAL.....	7.000

Los premios se habrían de adjudicar á sementales que hubiesen de servir en paradas de la provincia ó destinarse á la libre monta. Para esta adjudicación los delegados de veterinaria de los partidos en que se verificasen los concursos de los ganados harían su reconocimiento y reseña en día determinado, á presencia del señor diputado provincial del partido, del alcalde y un regidor del pueblo, extendiéndose acta del reconocimiento de los premiados, que sirviese de documento justificativo á los dueños de los sementales, con obligación de tenerlos expuestos al público en el edificio del servicio, sin que durante la época del año en que éste se verificase pudiesen distraerse para otro objeto, so pena de pagar una multa doble del premio que les hubiese correspondido. El servicio de sementales, organizado en buenas condiciones, daría, como hemos dicho, en breve tiempo la mejora de las razas de ganado para la reproducción, granjería, cebo y trabajo con un gasto insignificante respecto al que tienen las paradas y puestos de ganados administrados. Nada hemos dicho del ganado cabrío porque lo consideramos perjudicial

al arbolado, y debiera considerarse como animal de caza no teniendo una ligadura de una asta á la mano. Terminaríamos aquí esta Memoria, si no hubiéramos indicado la necesidad que tiene la pequeña agricultura de instrucción teórico-práctica, y de la formación de operarios dóciles y más instruídos que los actuales.

La grande agricultura ha llegado á alcanzar cuanto cabe para adquirir los más profundos conocimientos agrícolas; el Instituto de Alfonso XII, las cátedras de agricultura de los de segunda enseñanza, las Granjas modelo de Sevilla, Granada, Zaragoza y Valladolid (si llegasen á establecerse), y los premios de honor, son bastantes para que los hijos de los propietarios rurales acomodados puedan sin grandes dispendios adquirir los conocimientos necesarios para las mejoras que reclamen sus fincas y optar á los premios; mas no basta esto para las rápidas reformas que exige nuestra agricultura. El cultivo de los campos en sus nueve décimas partes, como ya lo hemos dicho, está bajo la dirección de personas en general sin recursos, sin instrucción bastante para poder leer, con resultados de aplicación, obras y periódicos agrícolas, y tiene que servirse de operarios refractarios al cambio de prácticas y de instrumentos; á estas personas se necesita dar lecciones teórico-prácticas á domicilio, ó sea por misiones, porque no pueden separarse de él el tiempo necesario ni soportar los gastos para asistir á presenciar las labores y estudiar el ensayo de instrumentos perfeccionados en las Granjas modelos. Estas dificultades las creemos fáciles de resolver, puesto que el Gobierno tiene destinados en todas las provincias, como Secretarios de las Juntas de Agricultura, Industria y Comercio, ingenieros agrónomos, cuya ocupación es instruir expedientes administrativos referentes á estos tres ramos; sin inconveniente, creemos, de que en diferentes períodos puedan dedicarse al desempeño de misiones teórico-prácticas, en las que adquirirían conocimiento exacto del estado de la agricultura del País, tomarían datos estadísticos de la misma, con ellos ilustrarían á las Juntas de sus necesidades, y estableciendo sus misiones en puntos que acordase la misma y en épocas propias de labores determi-

nadas, arreglarían conferencias con aplicaciones prácticas sobre los objetos que creyesen de más necesidad, cuidando de que por ellas no se resintiese el amor propio de nuestros susceptibles aldeanos, y obrando en todo con la mayor prudencia respecto á variaciones de prácticas seculares, que muchas tienen su razón de ser.

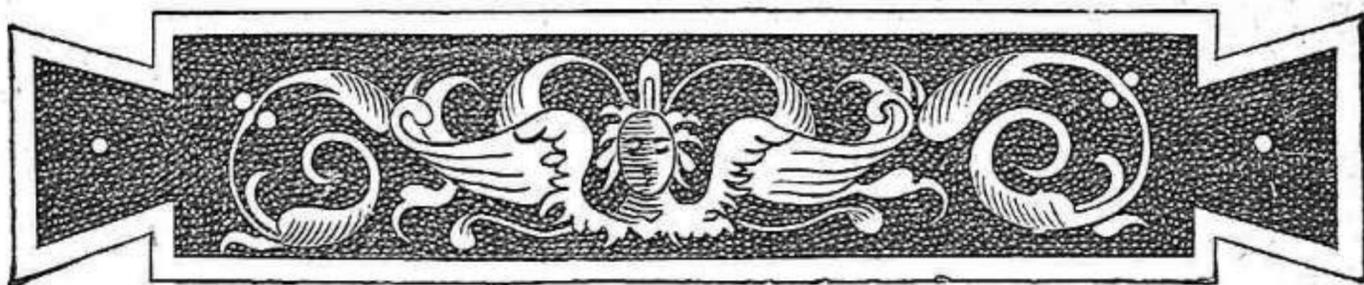
Como estas misiones ocasionarían gastos extraordinarios de viajes y acaso trasportes de instrumentos, á la Excma. Diputación provincial correspondería incluirles en sus presupuestos como una necesidad del fomento de la riqueza del País.

Los operarios, en general, no tienen interés por las mejoras de las labores que ejecutan, oyen con desdén cuanto se les aconseja con este fin, y no hay para ellos establecido un estímulo que les saque de la apatía que manifiestan en el ejercicio de sus trabajos; es de necesidad excitar su amor propio, y esto no se consigue sino poniéndoles al frente de sus iguales en toda clase de labores. Cataluña, más práctica que teórica en agricultura, tiene desde 1824 establecidos concursos de labores del campo, á los cuales convoca en diferentes puntos, en distintas estaciones y á diversas labores á los operarios, y en ellos se distribuyen premios en metálico y diplomas á los que mejor las ejecutan y dan una explicación razonada de su modo de obrar. Este sistema de concursos ha sido adoptado recientemente en Navarra y la provincia de Castellón, y sería de desear que se adoptase en la de Burgos; lo recomendamos á la Excma. Diputación provincial, así como el que hemos indicado de las misiones, cuyos gastos no excederían de 5.000 pesetas.

*Inter folia fructus.*

FRANCISCO A. DE ECHÁNOVE.

*Burgos á 10 de Junio de 1882.*



# MOALLAKAS<sup>(1)</sup>

(CONTINUACIÓN.)

VII.

## EL HIJO DE LA NEGRITA

I.

ANTARA, SUS PROGENITORES.—PERSONAJES QUE RECUERDA LA TRADICIÓN DEL MISMO NOMBRE.—COSTUMBRES Y CONSIDERACIÓN ACERCA DEL ESTADO CIVIL DE LAS PERSONAS ENTRE LOS ÁRABES.—SITUACIÓN DE ANTARA.—SU CARÁCTER.—PROFESIÓN.—SU EXPEDICIÓN CON LOS DE ABS.—CONQUISTA DE SU LIBERTAD.

*Antara*, vulgarmente *Antar*, poeta guerrero de la tribu de Abs, uno de los héroes de la guerra de Dâhis y autor de uno de los moallakas, era, según opinión general, hijo de Cheddâd, hijo de Amr, hijo de Corâd, etc: llamado Antar-el-Feldjâ, de *labio hundido*, por apodo. Era su madre esclava abysinia, nombrada Zebîbe, que de su primer marido había tenido antes de pertenecer á Cheddâd, hijos que eran negros como ella y hermanos uterinos de Antara.

---

(1) Véase la pág. 234 de este tomo.

Tres personajes célebres entre los árabes se contaron entonces de este color oscuro, designados entre los paganos con la calificación de *Ghorab*, y en plural *Aghriba*, es decir, cuervos, porque eran también hijos de negra y también negros ellos mismos. Era el primero por su rango y edad *Antara*; los otros dos *Khofaf*, hijo de *Omayr*, de la tribu de *Soulaym* y *Solayk*, hijo de *Omayr*, de la tribu de *Sad*, rama de *Temím*.

Era costumbre entre los árabes, antes del islamismo, que los hijos de un padre libre y de una madre esclava, permaneciesen también esclavos con su madre, y tampoco se libertaban por su padre si antes no se distinguían y se conquistaban cierto renombre. Esclavo, pues, en su juventud, había de reunir un carácter enérgico y una voluntad invencible á todo obstáculo: dedicado al pastoreo guardaba los camellos de su padre *Cheddâd*; no tardó en adquirir fuerzas y agilidad y tampoco le faltó ocasión bien próxima para desplegar toda su fuerza y bravura; admitido en la expedición que los *Abs* emprendieron contra otras tribus, pidió á *Cheddâd* que le obtuviese libertad y de reconocerle por su hijo; *Cheddâd* se irritó de semejante petición, rechazó duramente á *Antara* y lo envió á guardar los ganados.

Mas algún tiempo después, mientras que gran número de caballeros de *Abs* estaban en campaña, defendido su campo solamente por la familia de *Corâd* y algunos otros, fué invadido por un formidable grupo de enemigos; en el inminente peligro, *Cheddâd* obligado al recurso de su hijo, «¡á la carga, *Antara!*» le dijo; el esclavo respondió: «*Antara* no ha nacido para el combate; no es bueno más que para traer las camellas y cuidar de las crías.» ¡Á la carga, repitió *Cheddâd*: tú no eres esclavo, tú eres libre, tú eres mi hijo! No bien hubo escuchado estas palabras *Antara*, precipitóse sobre los asaltadores: hizo en la lid prodigios de valor, y por su ejemplo, animando á los otros guerreros de *Abs*, derrotaron al enemigo y le arrancaron el botín que habían robado.

Hombre libre ya, ilustróse *Antara* por su esfuerzo y su talento poético, sin poder ocultar todavía el vicio de su nacimiento, que la envidia solía reprocharle frecuentemente.

Cierto día los Abs, guiados por el Príncipe Cays, hijo de Zohayr, habiendo atacado á los Benou Temím, fueron rechazados y perseguidos por sus adversarios. Antara cubrió la retirada de sus compañeros, que sin él habrían sido hechos trizas, á cuyo arriesgo y valor exclamó Cays:—«Debemos nuestra salvación al hijo de la negrita.»—Esta expresión denigrativa llegó á Antara, y la indignación que él concibió le inspiró una cácida, en la cual, haciendo su propio elogio, lanza de una manera indirecta algunos sarcasmos contra Cays, diciendo:

«La mitad de mi persona es de la más pura sangre de la tribu de Abs; en la otra mitad tengo mi gumia para hacerla respetar.

Cuando nuestros guerreros en peligro, languidecen y se miran estupefactos, entonces sucede que yo valgo más que aquellos cuyos abuelos paternos y maternos son de noble linaje.»

## II.

ROMANCE DE ANTARA.—SU RELACIÓN CON LOS USOS, COSTUMBRES, MODOS DE SER DE LOS ÁRABES, Y CON LA HISTORIA ARÁBIGA.—SU PARTICIPACIÓN EN LAS GUERRAS.—SUS GLORIOSOS HECHOS, SUS AMORES Y VENGANZAS.—SU MUERTE Y ELOGIO QUE DE ÉL HIZO EL PROFETA.

Las aventuras de Antara han dado materia á un romance moderno muy voluminoso y muy interesante del que él, es su principal héroe, tan popular hoy en Syria y en Egipto, que se ven hombres calificados de *Antarí* (plural *Anátira*) cuya profesión es de leer ó recitar algunos de sus fragmentos en los sitios públicos. Esta obra ofrece una pintura fiel de los árabes en el desierto donde las costumbres parecen no haber recibido del lapso del tiempo ninguna alteración. Su hospitalidad, sus venganzas, sus amores, su liberalidad, su afición al pillaje, su ardor bélico, su gusto natural por la poesía, todo está descrito allí con verdad. El autor Sayyid Youcef, hijo de Ismail, ha introducido en su cuadro los principales hechos

y los personajes más notables de la historia árabe durante el siglo en que nació Mahoma: ha tomado la mayor parte de los materiales que puso en obra, de escritores versados en las tradiciones de la antigüedad, como Asmaï y Abam Obayda, y exornado el fondo con una multitud de detalles y episodios sacados de su propia imaginación, resultando de aquí una especie de romance histórico.

A falta de fuentes más auténticas y enseñanzas sobre la vida de Antara, se pueden aprender en este romance las nociones siguientes, que parecen dignas de confianza, porque están confirmadas por diversos pasajes de poesías del héroe Abs, notablemente sabidas de su Moallaka.

Joven, libre, apasionado de su prima Abla, hija de Malik, hermano de Cheddâd, por importantes servicios hechos á Malik y á su hijo Amr, había obtenido de ellos la promesa de darle en matrimonio á Abla; pero Malik y Amr detestaban á Antara; y para sustraerse á una alianza con el hijo de una esclava, que á su vez consideraban como un deshonor, impusieronle como condición para cumplir su promesa, un compromiso que puso y arrastró á Antara en una empresa peligrosa, en la cual esperaban hallaría la muerte. Antara triunfó de todos los peligros y llenó la condición que se le había impuesto. No teniendo ya Malik pretexto alguno para eludir su palabra, huyó con toda su familia y fuése á establecer lejos de la tribu de Abs: no tardó en experimentar desgracias, recibió nuevos servicios de Antara y vencido por los favores del famoso guerrero, concluyó por concederle la mano de su hija Abla.

Antara se había distinguido en la guerra de Dahis; habla en sus versos de la jornada de Dhou-l-Moray-Kib, donde mató á Dhamdham, y del combate de Jorouk; llena su vida de grandes recuerdos y de un alto rango en la *guerra de cuarenta años*, entre las tribus de Abs y de Zobiyem, murió anciano ya, probablemente muchos años después de terminada la guerra de Dahis, al nacimiento del islamismo, refiriéndose de diverso modo su muerte. La opinión más generalmente admitida es que fué asesinado por un golpe de flecha, dirigido á él, por un árabe de la tribu de Nebhân, rama de Tay, llama-

do Wizr, hijo de Djabir, como por el de El-Acad-orrahis, el león de la pata herida.

Varios escritores, y, entre otros, Ibn-el-Kelbi, Mofaddhal, Ibn-el-Arabi y algunos más, narradores de aquellas tradiciones, son de una opinión, al manifestar que yendo Antara á hacer una incursión en el territorio de los Benou Nebhân, les arrebató algunos camellos, y dióles ocasión, cazando, á su captura; Wizr, apostado por el mismo sitio que había de pasar, le arrojó una flecha, exclamando: «A ti se dirige la mano del hijo de Selma.» El arma hirió en los riñones á Antara, que, á pesar del golpe, tuvo fuerza todavía para llegar á su tribu, y, aunque herido de muerte, dirigió estos versos á los de Abs:

«El hijo de Selma, sabedlo, es á quien habéis de pedir cuenta de mi sangre. Mas, ¿cómo llegaréis al hijo de Selma? ¿Cómo podríais vengarme?

En medio de los montes de Tay, de estos montes tan elevados, que tocan á las Pléyades, está seguro contra todo ataque.»

La sangre de Antara permaneció, como dijo, sin venganza, y Wizr vivió hasta la época en la que los descendientes de Tay se hicieron musulmanes. Nombrado uno de los diputados misionario, en 629 de J. C., por los Benou Tay á Mahoma, para ofrecerle su homenaje, no guardó otro recuerdo mayor en su vida, que haber muerto traidoramente al que mereció que la posteridad le llamara Aboul Jonaris, *padre de los héroes*, á causa de sus hazañas. Se pretende que la grande fama de Antara inspiró al fundador del islamismo el sentimiento de no haberlo conocido, y se citan á este propósito las siguientes palabras de Mahoma:

«El guerrero beduino, cuya reputación hame hecho desear más que por ningún otro, concedle, es Antara.»

### III.

#### MOALLAKA DE ANTARA.

Han dejado nuestros poetas algún asunto por cantar. ¿Mas no he recorrido yo los lugares que habitó mi hurí? ¿Mis dudas no se han disipado?

¡Salud, mansión de Abla en el Valle de Djiwa! Residencia querida, háblame del sér que amo.

He detenido mi camella, parecida á una torre por la elevación de su estatura, para consolar á mi corazón, entregándome libremente al capricho de mis llantos.

Sí, aquí es donde Abla residía cuando ocupábamos Hanz, Samman y Motethallan.

¡Salud, restos de una habitación hace mucho tiempo abandonados, y que la marcha de Oumm-el-Haytham (Abla) ha cambiado en una afrentosa soledad!

Oh hija de Makhrim (Malik), mientras tanto resides en una tierra enemiga, ¡cuán difícil me es llegar hasta tí!

¡La casualidad de un instante dió nacimiento al amor que yo revivo siempre por ella; yo que hago la guerra á su familia; alimento una engañosa esperanza!

¡No, Abla, por los días de tu padre! La esperanza no ha nacido para mí.

El lugar que tú ocuparás siempre en mi corazón, guárdate de dudarlo, será el de un objeto respetado y adorable.

¿Cómo podría yo gozar de tu presencia, cuando tu familia se ha establecido entre los Oneyza y la mía en Ghaylam?

Abla había resuelto alejarse; se prepararon las monturas á la sombra de la noche.

Cuál fué mi sorpresa, mi dolor, cuando á la mañana noté en medio de las habitaciones, brotando los granos del khim-khim, las camellas destinadas á llevar el bagaje.

Entre las cuales contaba cuarenta y dos madres, que daban una leche abundante, y se distinguían por un color parecido á las más negras plumas del ala del cuervo.

¡Cuál fué mi dolor, en mí, á quien Abla tiene prisionero por la brillantez de su blancura, de sus dientes ligeramente almenados, por la belleza de sus labios, sobre los que el beso es tan dulce y tan suave!

Antes que la boca haya florecido estos labios ardorosos, se respira un hálito embalsamado, cuyo perfume es como el que exhala el musgo en el vaso donde está conservado.

Tal es todavía el olor de las flores, que los rosales del cielo han hecho crecer en un prado donde jamás los rebaños se

aproximan, y que tampoco es parcelado por el paso de los animales.

Una pradera, á menudo rociada por nubes cargadas de una onda pura, que hacen pequeñas cavidades en las cuales el agua reposa y son como otras tantas urnas de plata.

Donde cada tarde, regularmente, es la tierra humedecida por una lluvia bienhechora.

Donde la mosca, viviendo en paz, hace oír un murmullo de placer como el gozoso bebedor que gargantea.

Y frota al mismo tiempo sus patas entre sí, imitando el movimiento de un hombre, cuyas manos están mutiladas, y se esfuerza por retorcer entre las puntas, una rama seca en la muesca de otro pedazo de madera para inflamar el fuego.

La tarde y la mañana, Abla, están muellemente extendidas sobre cojines de suave pluma; y yo paso la noche sobre mi caballo negro, siempre embridado.

Mi lecho es la silla de mi corcel, que tiene las piernas sólidas, los flancos llenos, la parte del cuerpo que rodea las cinchas larga y profunda.

¿Quién me conducirá á la mansión de Abla? Será esta robusta camella de Chardam, condenada á no dar leche, herida de esterilidad?

Ha marchado toda la noche, y entretanto agita alegremente la cola; su andadura es fiera; ella hace temblar el suelo que bate con un solo pie igualmente firme y ágil.

Prosigue su ruta durante toda la jornada, y por la tarde hiere la tierra con el mismo vigor. Tal es la carrera del buitre macho, que no tiene orejas, y cuyas piernas están poco divididas.

Al rededor de él, se presentan sus pequeñuelos, así como jóvenes camellos del Yaman al derredor de un pastor etiope, cuya lengua no articula sino sonidos confusos.

Siguen los pequeñuelos como á una enseña, la cabeza de su padre, caminan bajo sus extendidas alas, parecidas á las de los angarilleros fúnebres, sobre los cuales fluctúan los paños mortuorios.

Al fin de un cuello delgado se eleva la pequeña cabeza del guía. Cada tarde va á visitar los huevos de su hembra, depo-

sitados en Dhonusl-Ochayra. Él es como el esclavo negro de orejas cortadas y está vestido con una pluma larga.

Mi camella se ha asustado en el estanque de Dohroudhani, y á la mañana estaba ya lejos de las aguas de su país enemigo.

Cuando se la toca con el látigo, hace sus movimientos á la izquierda, como si quisiera evitar un terrible castigo que no tarde hace resonar el aire con sus grifos.

Él parece que cada vez que se halla con fiereza contra el terrible animal que está á su lado, éste se defiende arrancándole la piel con sus dientes y sus grifos.

Cuando se acuesta para reposar cerca de Rida, se oye estallar sus miembros fatigados: creeríase que ella se extiende sobre ramas secas, que se parten con ruido bajo su peso.

Tal como el zumo de dátiles ó el de la brea, esparcido, chisporroteando sobre el fuego, se reparte por las paredes del vaso,

Así se deslíe el sudor de la cabeza de mi camella á los ojos feroces, que es también robusta, tan gallarda como el caballo vigoroso.

¡Oh Abla! Bajas tu velo para ocultar tu cara á mi vista. ¿Por qué desdeñarme? ¿No soy yo aquél que sabe triunfar de los guerreros cubiertos de armaduras?

Tú puedes alabar en mí las cualidades que no ignoras. Mi carácter es dulce y fácil, con cualquiera es justo é igual á mí.

Mas si se me quiere oprimir, entonces soy un duro opresor; yo embebo mi odio de humillaciones más amargas que los jugos de la coloquintida.

A menudo, luego que el frescor de la tarde viene á calmar los ardores del día, bebo un vino delicioso, comprado á precio de un brillante metal, marcado con una enseña.

Llevo á mis labios una copa de cristal de un amarillo resplandeciente, artísticamente tallada, mientras que mi mano izquierda tiene un vaso de plata, cuyo cuello está rodeado de una tela muy fina para no verter en la copa sino un límpido licor.

Cuando estoy animado por los perfumes del vino, me arrui-

no en prodigalidades; pero mi gloria permanece completa, no me dejo arrastrar á ninguna acción que pueda destruirla.

Luego que la razón vuelve en mí á su legítimo imperio, mi liberalidad no se disminuye. Mis sentimientos, tú los conoces, Abla, son nobles y generosos.

¡Cuántas veces he obligado á morder el polvo al esposo de una joven doncella, después de haberle abierto en la espalda una herida, parecida á una boca en la que el labio superior está hundido!

Mi mano, hiriéndole pronto y de un golpe mortal, ha hecho rielar su sangre en flujos de púrpura.

Hija de Malik, interroga á los guerreros si mis hazañas te son desconocidas.

Estoy siempre sobre la silla de mi poderoso caballo, rápido en la carrera, llevando las cicatrices de mil heridas y combates.

Tanto le impulso fuera de línea para combatir con un enemigo esclarecido; bien revuelto sobre la numerosa tropa de mis compañeros, los temibles arqueros.

Ellos te dirán, los que me han visto en la guerra, con cuánto ardor afronté el peligro, con cuánta generosidad me he mostrado cuando se trató de repartir el botín.

Frecuentemente atacaba á algún caballero armado de todas piezas, contra el cual, los más valerosos no trataban de medir sus armas, que no fuera hombre fugitivo ó se rindiese.

Pronto le daba un golpe terrible con una lanza recta, hecha de una rama nudosa y dura.

El hierro indomable ha traspasado su armadura y su cuerpo; el hierro no respeta al bravo.

Le dejé tendido sobre la tierra para servir de pasto á las bestias feroces, que lo han devorado, y han destrozado sus bellas manos y sus hermosos brazos.

Mi gumia se ha mellado al pasar por la cota de malla, larga y cerrada de un guerrero que sabía defender á su familia y sus amigos, que se adornaba para la guerra con señales distintas, y era valiente.

Cuya mano era pronto á las flechas del peligro, durante la fría estación; que vaciaba los toneles de los comerciantes, y

hacía caer sus enseñas; que no se atraía injurias, sino por el exceso de su liberalidad.

Cuando me vió descender de mi corcel, y avanzar hacia él para acabar de matarlo, un movimiento de labios, que no eran una sonrisa, puso sus dientes en descubierto.

Entonces le herí con mi lanza, y le descargué un golpe final con mi tajante espada, cuyo temple es excelente.

A medio día, yacen en la tierra su cabeza y sus manos, sobre los cuales habíase cargado la sangre; parecían ennegrecidas con la tintura extraída del izhlam.

Éste era un guerrero de alta estatura; sus vestidos parecían envolver un gran árbol más bien que á un hombre; no usaba por sandalias sino el cuero mejor preparado; y no había tenido hermano mellizo.

¡Oh belleza dócil como la oveja, feliz el que pueda poseerte! ¡Esta ventura me está prohibida! Plegue al cielo que allí pueda pretenderla.

He enviado cerca de Abla á una esclava, á la cual he dicho: vé, espía las nuevas, infórmate de lo que hace mi dueño.

Á su vuelta la esclava me dijo: «los enemigos no están en sus guardias; el cazador puede aprovecharse de la oveja.»

Luego que mi amada vuelve la cabeza, su cuello tiene la gracia y la flexibilidad de la joven gacela blanca.

Sé que Amr es ingrato conmigo; la ingratitud repugna de la benevolencia.

He cumplido las órdenes de mi abuelo. En estos momentos de encarnizada lucha en que rechinan los dientes, yo he combatido.

En lo más fuerte de la batalla y de los peligros que afrontan los más bravos sin proferir lamentos, exclamando gritos belicosos.

Luego que mis compañeros me dejan solo avanzar, y se han hecho de mí un fuerte contra las lanzas, yo no he desfallecido; permanecí inquebrantable; pero tenía ante mí demasiados adversarios para poder ganar terreno.

Cuando por fin ví nuestras gentes excitándose unos á otros avanzar en masa para sostenerme, entonces me precipité sobre el enemigo con ardor.

De todas partes se gritaba: «Antara,» y las lanzas, parecidas á largas cuerdas de pozo, se embutían en el cuerpo de mi corcel negro.

Él derribaba con su empuje todo lo que se le presentaba, y bien pronto vióse cubierto con una mantilla de sangre.

Herido de mil golpes, volvió á mí un ojo humedecido de lágrimas, y exhaló un débil relincho.

Si hubiera podido espresar sus sufrimientos por palabras, se habría quejado dolorosamente.

Mientras tanto los jumentos, los caballos de formas alargadas y pelo fino, se agitan con furor en la batalla y clavan sus pies en la movediza arena.

Olvido todas mis penas, recobro nueva fuerza, cuando oigo estas palabras en boca de los guerreros: «¡Valor! Antara avanza siempre!»

En algún lugar que he deseado transportarme, mis dóciles camellos me conducen allí. Para cumplir los designios que he formado, no necesito otra ayuda que de mi espíritu fecundo en recursos.

Mi único temor es cesar de vivir antes que los cambios de la guerra me hayan dado ocasión de castigar á los hijos de Dhamadham.

Que atacan mi honor, mientras que yo no los ultrajo; que lejos de mi presencia juran verter mi sangre.

Su odio, por lo demás, no debe extrañarme, puesto que he arrancado la vida á su padre, y le he hecho presa de las bestias y de los buitres.

## VIII.

### GRANDE ENTRE LOS MORTALES.

#### I.

ZOHAYR.—SUS ASCENDIENTES.—SU NOMBRE SÓLO RECUERDA Á SU TRIBU.—ESCASOS DETALLES DE SU VIDA.—SU PROFESIÓN.  
SU CARÁCTER.—SU RELACIÓN CON BECHAMA, SU TÍO.

*Zohayr, hijo de Abou-Solma.* Se consideran generalmente á los tres poetas Imroulcays, Nabigha, Dhobyani y Zohayr.

como los tres poetas árabes más notables del tiempo del paganismo. Zohayr era *Mozani*, esto es, de la tribu de Mozayna, colateral de la tribu Benou Temim. Los Mozayna hijos de Amr, hijo de Odd, de Tabikha, de Elyas y de Modhar, son llamados así por su abuela Mozayna, hija de Kelb, Walza, mujer de Odd y madre de Amr. Esta tribu, domiciliada en el Hidjaz, no formó parte de aquellas otras tribus de que se ha hecho mérito, y como tampoco se haya distinguido en los fastos árabes, sólo quédale alguna nombradía por Zohayr, quien tenía algunos lazos de sangre por los Mourra de Dhobyan, como porque vivió en el Nadjd entre la raza de Ghatafan, y porque sus relaciones con muchos personajes ilustres de la rama de Mourra, cuyas virtudes ha celebrado en los moallakas, son casi los únicos detalles que se conocen de su vida.

Abou-Solma, padre de Zohayr, era hijo de Rabia, descendiente de Mozayna por Harith, Mazín, Thálaba, etc., y de una mujer nacida entre los hijos de Mourra, hijo de Anf, Sad, de Dhobyan. Teniendo algún motivo de discordia con las gentes de su tribu, los Mozayna, Abou-Solma se retiró y vino con su familia á establecerse en casa de sus abuelos maternos los Mourra: fijándose entre los Benou-Abdallah-ibn-Ghatafan, vecinos y parientes de Mourra, en el sitio llamado El-Hadjz, donde su posteridad ha continuado residiendo mucho tiempo después del islamismo.

Aficionado Zohayr á la poesía, entregóse con toda animosidad al cultivo de tan bella arte, y su abuelo Bechama, hijo de Ghadir. Mourra, hermano de la madre de su padre, Abou-Solma, estimábale sobremanera, lo retenía siempre en su compañía y le agradaba sobre todo oír sus versos. Bechama era también poeta, rico y muy considerado entre los Benou Ghatafan, que nada emprendían sin consultarle, y sin hijos. Sintiéndose próximo á la muerte, hizo distribución de cuanto le pertenecía entre las gentes de su casa y los hijos de sus hermanos. Zohayr le dijo: «¿no me daréis alguna cosa? Yo te dejo, le respondió Bechama, la más bella porción de mi herencia; mi talento para la poesía; pero Zohayr replicó: el talento poético es un bien que yo poseo ya en propiedad.

¿Crees tú, díjole Bechama, que lo tienes de los Mozaynas? No; esto no puede ser. Toda Arabia sabe que el genio poético es una herencia de mi familia, y particularmente mío, y así de mí pasa á tí;» esto no obstante, Bechama dejó un legado á su nieto Zohayr.

## II.

OCASIÓN DE SU MOALLAKA Y HONORES TRIBUTADOS EN ÉL.—  
SU ESTRO POÉTICO.—SU PROSPERIDAD.—SALUDO DE MAHOMA.  
SU MUERTE.

Como de los poetas que venimos examinando, conocemos de Zohayr una creación magistral, que es su célebre moallaka; compuesto con ocasión de la paz que terminó la guerra de Dahis y de los Abs, y en honor de los mediadores que trabajaron para concluir esa negociación bienhechora entre la citadas tribus; los personajes á quienes dirige especialmente su elogio, según opinión de varios arabistas, el autor del Aghani (1) y de Zauceni, son Harith, hijo de Anf, y Harim, hijo de Sinan.

Hizo Zohayr, además de su conocido moallaka, otras muchas poesías, gran número de cacidas en alabanza de Harim, de su padre Sinan de sus hermanos y de toda su familia, que atrajéronle el aprecio de todos los que así honraba, y multitud de obsequios y consideraciones dedicáronle, dignos de una leyenda embellecida por el aura popular. Los beneficios que bajo este punto de vista recibió Zohayr de Harim, y los versos que el agradecimiento del poeta hicieron conocer la generosidad del potentado árabe, hicieron proverbial en aquellas regiones la liberalidad de Harim.

Recuérdase que Harim, llevado así del mayor deseo para Zohayr, dióle palabra de acceder á todas sus pretensiones, que había jurado no negarle ninguna, cualquiera que pudiese ser la naturaleza de su demanda, y hacerle todos los regalos

---

(1) Aghani II,—350.

y finezas, siempre que de él se ocupara en sus versos, y más aún de darle un esclavo ó esclava ó un caballo cada vez que Zohayr le saludara; sólo así compréndese que Zohayr estuviera confuso ante las liberalidades que recibía de Harim; para sustraerse á este exceso de generosidad, acostumbraba decir, cuando se presentaba en algún círculo en que también se hallaba Harim: «Os ofrezco á todos salud, excepto á Hari, y al que exceptúo, es el mejor de todos vosotros.»

Como en lid de gratulaciones, un hijo de Harim, recitando una cacida de Zohayr, en honor de su familia, delante de Omar, entonces califa, exclamó éste: «Ha dicho de vosotros muchas y bien bonitas cosas; pero también—repuso el hijo de Harim—le hacemos grandes y bellos presentes; lo que vosotros le dais—añadió Omar—ha sido destruído por el tiempo; lo que él os ha dado, es imperecedero.»

Hombre de tanta suerte no podía permanecer ineficaz en el seno de la sociedad más culta de los árabes; apreciado y en gran consideración tuvo también la suerte de poseer varias mujeres, de las que Oumm-Aufa fué la primera, repetidas veces nombrada y aludida en su Moallaka, en los más interesantes pasajes de su concepción literaria. Dióle muchos hijos, pero todos morían muy pequeños; otra esposa tomó, llamada Kebehé, hija de Ammar, descendiente de Addi, hijo de Səuhaym, de la tribu de Hanifa; que fué madre de sus hijos Cáb y Bodjayr; mas arrastrada Oumm-Aufa por los celos, dióle querellas extremosas, que le impulsaron al repudio, sintiendo los más duros sufrimientos por haberse separado de ella.

Lleno de prosperidad, al concluir la guerra de Dahis, cuando también había terminado Zohayr su moallaka, llegaba á los ochenta años, como indica el verso cuarenta y siete de su célebre poesía; y lleno de la estimación de su pueblo, se cree que, en el año 627 de J. C., á la edad casi de cien años, encontró á Mahoma, que al verle exclamó: «Dios mío, preservadme del demonio que inspira á este hombre.» Zohayr, que gozaba de la confianza general, sorprendido de tan extraña salutación, murió poco después, sin haber pronunciado un solo verso desde la referida oración del sacerdote musulmán.

Sus dos hijos, Cab y Bodjair, y su nieto Moudharrib hijo de Cab, fueron también poetas distinguidos; los dos primeros se convirtieron al islamismo el año 630.

### III.

#### MOALLAKA DE ZOHAYR.

¿Son estas las huellas de la mansión de Oumm-Aufa, los mudos restos de un campamento sobre el suelo pedroso de Darraj y de Motethallem?

¿Oumm-Aufa ha habitado, entre los dos Racma, esta morada, cuyos vestigios parecen como los estigmas nuevamente renacidos sobre las yemas de las ramas?

Allí vienen á su vez errantes piaras de gacelas blancas, y vacas salvajes, de grandes ojos; los pequeñuelos, saliendo de sus guaridas, se lanzan á fuera, brincando hacia las madres.

Me hallo en este lugar, que no he visto hace veinte años; apenas puedo reconocerle. En fin, mis dudas se disipan; estas piedras, ennegrecidas por el fuego, servían de sostén á los candelabros; esta *vegata* circular, no degradada todavía, que parecé á la forma de una fuente, rodeaba la tienda de Oumm-Aufa.

Sí, yo reconozco esta plaza, y exclamo: «¡Morada de mi preferida, pueda esta aurora anunciarte un buen día! ¡Pueda el cielo conservarte!»

Mira, amiga mía, ¿no ves las mujeres en sus literas pasar sobre esta colina que domina el estanque de Djorthom?

Están al abrigo de ricas tiendas, bajo los tapices guarnecidos de bordados rojos, color de sangre.

Vedlas, que han dejado tras de sí el valle de Souban, y que franquean las alturas que las terminan. Tienen el aire de fiereza que da la opulencia.

Se han puesto en camino desde la aurora, y se dirigen hacia el valle de Rass, que van á tocar con tanta certidumbre con que toca la mano la boca.

Ellas permiten al hombre amable jugar con ellas; el

ojo curioso que las examina descubre en ellas mil encantos seductores.

En todas partes donde ellas han hecho alto, pequeños flecos de lana roja, destacados de sus literas, cubren el suelo, y parecen las baías de *Jama*, todavía en su mejor estado.

Cuando hallan una fuente de agua límpida, se espacían á placer sobre sus bordes, con la misma regularidad que el viajero de vuelta á su domicilio.

Ellas han dejado á su derecha la cadena del Kennau. Si tenemos amigos en estas montañas, ¿cuántos enemigos no tendremos también?

Luego que han traspasado el valle sinuoso de Souban, ascienden en uno de sus escarceos, llevadas sobre sillas ligeras nuevas y artísticamente trabajadas.

Juro por el templo sagrado, restaurado y asistido sucesivamente por los hijos de Djothom y por los de Coraych.

Sí (Harim y Harith), vosotros habéis desarrollado el carácter de nobles y generosos jefes, en las pequeñas como en las grandes cosas.

Dignos descendientes de Ghayzh, hijo de Mourra, habéis hecho útiles esfuerzos para reunir dos tribus del mismo origen, divididas por la efusión de la sangre.

Habéis reconciliado Abs y Dhobyan, cuyo furor era preciso destruir, y sus guerreros parecían haberse perfumado las manos con los aromas del Menchem, haciendo juramento de combatir hasta la muerte.

Vosotros habéis dicho: «Si podemos obtener una paz duradera, prodigándonos riquezas y diciéndonos palabras de amistad, nos apresuraremos á tomarla á este precio.»

Vosotros habéis resistido en concluir esta paz; vosotros, que erais extraños á las hostilidades, á los furores de las dos tribus,

Habéis sido ilustres entre los más ilustres vástagos de Moadd. ¡Pueda el cielo dirigir todas vuestras acciones! Aquél que como vosotros adquiere un tesoro de gloria, viene á ser grande entre los mortales.

Para sanar las crueles heridas del hierro, se han otorgado

centenares de camellos, á términos fijos por los hombres, cuyas manos eran inocentes y puras.

Los que pagaban así el precio de su sangre no habían derramado una gota.

Habéis entregado á las familias las víctimas de la guerra, los bienes que teníais de vuestros padres, numerosas piaras de camellos jóvenes, marcados con las señales de la nobleza.

Amiga, trasmite estos consejos á los Dhobyan y á sus aliados; diles: «¿No estáis obligados, por los juramentos más fuertes, á observar la paz?»

No intentéis sustraer á los ojos de Dios nuestros secretos sentimientos: Dios conoce todo lo que está oculto.

Si alguna vez difiere su venganza, la inscribe en el libro de sus decretos y la reserva para el día en que pena á veces el crimen por un súbito castigo.

Vosotros conocéis los males de la discordia; vosotros habéis sostenido la dura experiencia, y no habéis formado vuestra idea sobre relaciones dudosas.

Si reanimáis la guerra, echaréis sobre vosotros la ignominia; la guerra, como un animal feroz, se encarnizará sobre vosotros, si la excitáis; como el fuego, ella os abrasará.

Como la muela que deshace el grano, ella os destrozará; como la camella que concibe cada año y produce cada vez dos gemelos, ella os será fecunda en desgracias.

Los hijos que nazcan mientras dure, recibirán el día bajo auspicios tan funestos, que el hombre bermejo de Thamond (1); por ellos serán alentados y destetados.

La guerra será para vosotros un campo en el que recogeréis más desventuras que medidas de granos recogen los cultivadores del Irak en sus fértiles llanuras.»

¡Por vida mía! Es grande y noble esta tribu comprometida por el atentado de Hoçaysa, hijo de Dhamdham, quien no

---

(1) Es decir, Codar-el-Amar: según Perceval en el tít. 1.º de su obra citada. El texto dice *El hombre rojo de Ad*. Error que ha parecido á muchos comentaristas ha cometido el poeta; mas otros justifican á Zohayr, diciendo que los pueblos de Ad y de Thamond, eran llamados colectivamente los *dos Ad*, y que así comprende el nombre de Ad á los Thamonditas.

se penetra de los sentimientos pacíficos de sus hermanos.

Había envuelto en los pliegues de su corazón sus culpables designios; no dejó nada aparecer, tampoco precipitó la ejecución.

Él se decía á sí mismo: «Yo satisfaré mi resentimiento; en seguida haré cara al enemigo á la cabeza de mil caballeros.»

En fin, sin alarmar á nadie, él se ha arrojado sobre una víctima, en el tiempo en que la guerra reposaba como adormecida.

Él ha provocado á un león de terribles armas, de miembros vigorosos, tiene espesa la crín, largas y temibles uñas.

Un león intrépido, pronto á rechazar el insulto, y que frecuentemente ataca antes que se le ofenda.

Los guerreros habían interrumpido los combates, pero cuando la paz ha sido violada, se han lanzado de nuevo hacia los abismos de la discordia, que vomitan las armas y la sangre.

¡Así, después de tantas muertes, la tranquilidad que comenzaban á gustar las dos tribus, no era más que un fruto pérfido y envenenado!

No, vuestras lanzas (Harith y Harim) no se habían templado en la sangre del hijo de Nahik, ni del guerrero asesinado por Mothallam.

Ellos no eran cómplices de la muerte de Naufal de Wahb y del hijo de Mohazzam.

Y por tanto, vosotros habéis enviado al través de las montañas para satisfacer el precio de los muertos, camellos exentos de toda mancha.

Á esta tribu (de Abs), que sabe defender sus aliados, cuando la desgracia fondea sobre ellos en la sombra de las noches.

Tribu valiente que destruye los proyectos de sus enemigos y que luego que está comprometida por alguno de sus miembros no entrega el culpable á la venganza de los ofendidos.

Por mí, estoy fatigado del peso de la vida. Sí, ciertamente, se debe estar muy allá de la existencia cuando se cuentan ochenta años.

Yo sé lo que era ayer, conozco lo que existe hoy; pero ignoro lo que me espera mañana.

La muerte es una ciega que hiere al azar; al que han tocado sus golpes sucumbe, el que ella olvida llega á la ancianidad.

En mil circunstancias, el hombre que no trata de conciliarse la benevolencia de los demás, es destrozado por sus dientes ó rueda bajo sus pies.

Repartir beneficios para sostener su consideración, es el medio de vivir honrado. Se llega á la pugna con los discursos injuriosos cuando no se les prepara con la nobleza de conducta.

El rico, cuya mano avara no hace partícipe á los suyos de sus riquezas, es abandonado por ellos y entregado al desprecio.

Satisfacer sus obligaciones, es ponerse al abrigo del reproche. El que lleva en su corazón la calma de la virtud no se altera ni balbucea nunca.

El cobarde que teme la muerte, no puede evitarla aun cuando se subiera por una escala hasta los cielos.

Hacer bien á gentes indignas, es atraer la censura en vez de merecer elogios, es exponerse al arrepentimiento.

El presuntuoso que se opone á la paz cuando se le presenta el regatón de la lanza, se ve obligado bien pronto á humillarse ante las puntas del hierro (1).

Cualquiera que no defienda con las armas en la mano la cerca de la cisterna que le pertenece, concluye por verla destruída. A menos de ser alguna vez opresor, se es frecuentemente oprimido.

El imprudente que se va á vivir lejos de los suyos, cree hallar un amigo en un extranjero, quien puede ser para él un enemigo peligroso. El que no se respeta, tampoco es respetado por los demás.

El hombre débil que sin cesar se doblega á los ultrajes y

---

(1) Alusión á una costumbre de los árabes de entonces. Luego que dos ejércitos ó huestes de caballeros se encontraban al azar, se acercaban presentándose el talón de sus lanzas en señal de intenciones pacíficas; si alguno se apartaba y no resultaba de la conferencia acuerdo, entonces se separaban y con las puntas de las lanzas á la vista arremetíanse en feroz combate.

no trata de justificarse de las humillaciones, se arrepentirá un día cruelmente de ser envilecido.

En vano se esperará ocultar su carácter; cualquiera que sea, se descubre siempre.

¿Cuántas veces viendo una persona que guarda silencio, no se siente prevenido en su favor? Luego que habla, su mérito decae, ó su nulidad se descubre.

La lengua y el corazón son las dos mitades del hombre; el resto no es más que una vana forma de sangre y de carne.

Si la vejez es loca, no puede ser sabia; en la juventud solamente la razón puede reemplazar la demencia.

Yo os hago mi primera petición, vosotros me la concedéis; os hago una segunda demanda, también me la concedéis; mas el que se hace inoportuno concluye por recibir un desaire.

VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ.

*(Se continuará.)*





## EL DESPERTAR DE UN ANGEL

COMPOSICIÓN ESCRITA EN VASCUENCE POR DON ANTONIO ARZÁC Y ALBERDI.

TRADUCCIÓN LIBRE

A la orilla del mar, entre peñascos,  
me encontraba una tarde. Como el viento  
impele á la hoja seca, así, á empellones,  
á mí las amarguras de la tierra  
hasta aquel borde de ésta me llevaron.  
Todo en torno era paz, todo silencio;  
todo tomaba un tinte de tristeza;  
mas mi tristeza era mayor. Las olas  
poco á poco avanzaban, sin fracaso,  
y en la orilla morían dulcemente.  
Ni se oía el chirriar desapacible  
de las gaviotas. ¡Ah, qué paz, Dios mío!  
Mas ¡qué tristeza! En su quietud, la hermosa  
pradera de agua que á mis pies tenía  
me parecía un vasto camposanto.  
¡Cuántos duermen en él el sueño eterno!

Me descubrí, y mi alma, conmovida,  
se puso á hablar con su Hacedor. Estando  
así ocupado, apercibí á una pobre

mujer, en cuyo rostro el sufrimiento dejado había su indeleble huella. Hacia mí caminaba la infelice, en los brazos trayendo un tierno niño, más hermoso que el sol. Pronto estuvieron junto á mí, y me fué dado contemplarlos á mi sabor. Ellos no me veían. ¿Cómo podían verme, si la madre solo miraba al cielo y á las aguas y solo á ella miraba el angelito; á ella, su madre, porque tan hermosa, tan celestial mirada como aquella solamente á una madre se dirige? Yo veía á los dos, y me parece que aun estoy contemplando aquel divino cuadro que contemplé con embeleso.

—  
De pronto apareció junto á un peñasco, temblorosa barquilla. ¿Qué recuerdo surgió al verla en la mente de la madre? Ello es que la infeliz un angustioso grito lanzó, y la pobre criatura, asustada, rompió á llorar. La madre, por apagar su lloro, aunque sin ganas, entonó una canción. ¡Oh Dios, qué triste es el cantar con lágrimas mezclado! Huyendo vine á este rincón, y encuentro también aquí las mismas amarguras que dó quier me asediaron. ¡Oh, qué mundo! ¡No hay en él un rincón tan escondido que no llegue el dolor!

Al amoroso arrullo de su madre, dulcemente el niño se durmió. La madre entonces puso sobre una roca al angelito, mas no apartó de él la protectora mano, y llevando al corazón la otra, de rodillas se hincó, mirando al cielo.

¿Qué pasó entonces? ¿Qué es lo que decía el corazón de aquella desgraciada?

¿Qué le pedía á Dios para aquel niño, que entre el cielo y la tierra colocado, de piedra en dura cuna reposaba?

¡No sé! ¡No sé! Mas ¿cómo el alto cielo no había de ablandarse, y condolerse, y enloquecer, enloquecer de gozo, viendo aquel cuadro encantador?

El tiempo

volaba, avecinábase la noche, iba cubriendo el mar espesa bruma, y apareció en el cielo una estrellita. De pronto el niño despertó, riendo; los brazos extendió, cual si quisiera la estrellita coger, y alegremente —¡Padre!—exclamó; ¡Padre! gritó de nuevo. Se alzó entonces la madre, y amorosa á su hijito estrechó, y él, los bracitos al cuello de su madre echó gozoso. Así permanecieron largo rato.

Yo, que inmóvil allí, con la cabeza entre las manos, les miraba atento, sentí por mis mejillas, gota á gota, las lágrimas rodar, lágrimas dulces, las más dulces que hasta ahora he derramado. ¡Oh Dios, qué despertar el de aquel ángel!

VICENTE DE ARANA.

*Bilbao 11 de abril de 1883.*



## LOS SOFISTAS MODERNOS

---

**N**ACIÓ la escuela de los sofistas, según el testimonio de los historiadores, en la antigua Grecia, cuna del colosal genio especulativo de Platón, patria del gran Pericles, donde á tan inmensa altura elevaron la elocuencia Demóstenes, el primero de los oradores, y Esquines, su famoso émulo y terrible rival. En la decadencia de la oratoria, que arrancando desde la muerte de aquellos dos ilustres atenienses, vino á caer en la mayor postración después de Demetrio Phalereo, que sin arrastrar á las masas con su palabra, hacíase oír de ellas consiguiendo deleitarlas, surgió una serie de charlatanes que desnaturalizaron el más preciado de los dones que al hombre otorgó la Providencia para realizar su doble fin individual y social, el don de la palabra, medio adecuado y perfecto para dar á conocer sus ideas, sus pensamientos; para expresar con más ó menos viveza y fidelidad sus sentimientos, sus emociones, sus afectos, é hicieron servir el lenguaje de vil juguete para satisfacer la más necia de todas las extravagancias y el más ridículo de todos los caprichos: el capricho y la extravagancia de sostener el pro y el contra en todas las cuestiones, en todos los asuntos, así en los más insignificantes como en los de la más alta transcendencia.

Sin otro fin, sin más objeto que halagar su vanidad, in-

tentaban sobreponerse al auditorio que acudía á escucharles, deslumbrándole con sus artificios retóricos, arrancándole la certidumbre acerca de los primeros principios del derecho natural, y haciendo germinar en sus entendimientos la planta parásita del escepticismo, que aniquila toda actividad intelectual; escepticismo que tan funesto fué á aquella tierra, mansión predilecta de las musas, morada de la filosofía, de las bellas artes y de una de las más brillantes civilizaciones de la edad antigua. Las causas que dieron origen á semejante escuela, de que tantas ruinas y desastres vinieron á su patria, fueron realmente la soberbia y el inmoderado afán de hacerse admirar y aplaudir de las gentes que acudían á la plaza pública, atraídas por la difícil facilidad de hacer decir á las palabras lo contrario de lo que significaban, de presentar la verdad con los caracteres del error ó de revestir el absurdo con los atavíos de la verdad.

Cuando la civilización griega se eclipsó, viniendo aquella nación á formar entre los pueblos que seguían el carro triunfal de Roma, más prácticos que especulativos, más guerreros que filósofos y artistas, los romanos no dieron cabida en su seno con el carácter de escuela á los sofistas que tanta y tan perniciosa influencia habían ejercido en la tierra clásica de la poesía, donde se escribieron los grandiosos versos de la *Iliada*, que hizo inmortal el nombre de Homero. Pueblo frío y razonador, ávido de conquistas, tendiendo á la dominación universal que para servir á destinos providenciales llegó á obtener, el pueblo romano dió escasa importancia á la oratoria, procurando hacer de sus ciudadanos soldados prontos á entrar en campaña, diplomáticos que á los vencidos convirtieran en eficaces auxiliares de sus vastos proyectos, legisladores que consolidasen su poderío por medio de la absorción, que hiciera imposibles é irrealizables los sueños y los propósitos de separación y de independencia alimentados por los países convertidos en provincias romanas.

Sucedióle al vasto Imperio romano lo que ocurre á todas las grandezas humanas: después de su desarrollo y de su apogeo, llegó el periodo de su rápida decadencia, y á su di-

visión en Imperio de Oriente y de Occidente, tras la destrucción de éste por las hordas salidas de las regiones del Norte, ofrece aquél una prolongada era de languidez, de debilidad y de postración, en que la historia sólo puede hablar de aquellas disputas teológicas, de aquellas discusiones logomáquicas que enardecían los ánimos y galvanizaban aquel cadáver de nación, que miraba con estúpida indiferencia cómo los bárbaros trasponían sus fronteras, se internaban en el Imperio y llegaban hasta las puertas mismas de la capital. Desde entonces el apasionamiento por debates estériles ó secundarios, cuando más altas cuestiones interesan al bienestar, al honor ó independencia de una nación, excita siempre el triste recuerdo de las míseras postrimerías del Bajo Imperio.

Aquí como en Grecia, el predominio de los sofistas es uno de los caracteres, uno de los fenómenos que para el observador coincide con la decadencia y la desaparición del Imperio bizantino. ¡Diríase que es como una ley constante que la historia revela como enseñanza á la meditación de los Gobiernos y de las naciones!

Sin detenernos á hablar de los sofistas que aparecieron en los siglos medios, cuando el escolasticismo acaloraba los ánimos con las polémicas entre *realistas* y *nominalistas*, y más tarde en los ardientes debates entablados acerca de la *gracia* por *tomistas* y *congruistas*, y por último, sin parar mientes en los filósofos del siglo XVIII, muchas de cuyas atrevidas negaciones y audaces teorías corrompieron á la sociedad francesa, haciendo necesaria la revolución del 93, conjunto de grandezas y de horrores, de luces y de sombras, de heroísmos y de cobardías; sin pasar de estas indicaciones generales, en que á grandes rasgos se bosquejan las líneas capitales de la historia de los sofistas, hemos de indicar que todos éstos distinguieronse de los sofistas griegos en que ya no era solamente la vanidad personal la que les impelía á emplear las sutilezas con que asombraban á sus oyentes y lectores, sino el fanatismo de escuela, de sistema ó de secta, á que todo lo sacrificaban, así la verdad teológica como la filosófica é histórica.

Descuellan como caracteres culminantes en el actual período histórico la poderosa influencia que en el orden intelectual ejerce el principio del libre examen y el innegable predominio del principio de la soberanía nacional, que alienta y da vida á las formas de Gobierno que rigen en casi todas las naciones de la culta Europa. Natural es, por lo tanto, que la elocuencia haya renacido vigorosa, ejerciendo un poderosísimo influjo en la opinión pública, sometiéndolo todo á discusión y llevando á todas partes el conocimiento de las grandes cuestiones que agitan el pensamiento humano en todas las esferas en que se manifiesta y se despliega su actividad.

Más rica y más variada que en Grecia, la elocuencia moderna va á buscar sus bien templadas armas al arsenal vastísimo é inagotable que le proporcionan la revelación, la filosofía, la historia y los admirables progresos que hasta la fecha han realizado todas las ciencias y las artes todas. Tan importante ha sido su renacimiento, que hoy es el medio más poderoso de que pueden servirse los individuos y las colectividades para acometer, para continuar y conducir á feliz remate los trabajos más titánicos, las obras más colosales. Semejante á la palanca que para mover la tierra pedía el matemático de Siracusa, es el elemento incontrastable que arrolla y vence los más grandes obstáculos; el agente que más contribuye á empujar á la especie humana por las anchas vías del progreso moral, intelectual y material; el auxiliar más eficaz para hacer triunfar el bien, la verdad, la justicia y el derecho.

Poniéndose al servicio de la verdad religiosa, ora hace llegar hasta los últimos confines del planeta en que habitamos el conocimiento de los grandes principios del cristianismo, base y fundamento de nuestra civilización, por medio de esos héroes desconocidos que, llenos de unción, con el Crucifijo en una mano y el libro de oraciones en otra, se lanzan al fondo de selvas vírgenes, de ignoradas playas ó de áridos desiertos á combatir cuerpo á cuerpo la crasísima ignorancia, las preocupaciones inconcebibles, la cruel superstición y el fanatismo sanguinario de tribus nómadas en completo estado de barbarie, de hordas salvajes en que son moneda

corriente la antropofagia y el canibalismo; ora haciendo resonar los magníficos acentos de esa pléyade brillantísima de oradores sagrados, que empezando con Bossuet y Feneión, llega hasta nuestros días con el P. Félix y el R. Monsabré, atrae á las más esclarecidas inteligencias del libre pensamiento en torno del púlpito de Nuestra Señora de París, tan conocida por la admirable descripción en una de sus más lindas obras trazada por Víctor Hugo, el primero de los poetas en la Francia del siglo XIX.

Proclamando la fuerza del derecho enfrente del derecho de la fuerza en las asambleas políticas, arranca el cetro del poder de las manos de afortunados capitanes, y consolidando el principio de la igualdad civil ante las leyes, tiende con incansable afán, sin perder de vista la realidad histórica y las circunstancias del momento, á realizar en lo posible el *desideratum* de la ciencia de Gobierno, la igualdad política de todos los ciudadanos.

Informándose en los altos principios de justicia y de equidad, hace brillar ante los tribunales civiles el derecho de los débiles en sus litigios con los fuertes; señala ante el Jurado la pena merecida á todo criminal, sea quien fuere, ó demuestra la inocencia de las víctimas que á sus caprichos ó á sus venganzas quieren sacrificar los poderosos, á quienes va desalojando paso á paso, pero con firmeza, de la posición excepcional en que les colocan fueros y privilegios, sobre los que va extendiéndose de día en día la acción del procedimiento y de la penalidad común.

Dominando como reina y señora en las academias, en los ateneos, en las sociedades científicas y en los círculos literarios; difundiendo siempre la ilustración, ya defiende los fueros de la razón humana contra las afirmaciones del tradicionalismo filosófico, ya combate las exageraciones de los que quieren hacerla oráculo infalible en todo género de conocimientos y fuente exclusiva de toda verdad, ya demostrando la necesidad, la conveniencia ó la utilidad de determinados proyectos, convence, persuade y arrastra á comenzar y á concluir obras que han de causar maravilloso asombro en las generaciones venideras.

No es posible reducir á términos más breves el panegírico de la elocuencia moderna, cuya historia y cuyas glorias necesitarían, para ser bien expuestas, no artículos de revista, sino muchos y gruesos volúmenes.

Honra señaladísima hacen á nuestra época grandes oradores, publicistas brillantes y profundos pensadores. Pero de la misma manera que la yedra elévase ocultando el tronco de los robustos árboles á que se adhiere, y las malas hierbas viven y crecen junto á las plantas, cuyos frutos son necesarios ó útiles al hombre, así también en derredor de aquellos esplendorosos astros bullen y pululan una turba de sofistas que á las veces, como las malas hierbas, ahogan las buenas semillas, eclipsan con una hojarasca estéril, con un follaje que da una sombra sólo parecida á la del manzanillo, la luz vivísima y el sólido mérito de notabilidades y de eminencias á quienes la posteridad, con sereno juicio y crítica imparcial, hace después merecida justicia rindiéndoles los tardíos honores de la gloria póstuma.

Interesante y curiosa por demás sería la historia de los sofistas contemporáneos. Interesante, porque purificaría la república de las ciencias y de las letras, al modo que los agricultores por medio de la escarda arrancan las hierbas inútiles, que roban á las plantas los jugos necesarios para crecer y llegar en las mejores condiciones al período de madurez. Curiosa, porque haría caer las caretas que dan apariencia de grandes hombres á medianías y vulgaridades que viven á costa de las privaciones y los sufrimientos de personas de valer oscurecidas, postergadas ó desconocidas. Remitiendo trabajo de tanta importancia á inteligencias superiores, á plumas mejor cortadas que la nuestra, hemos de contentarnos con trazar á la ligera los rasgos más salientes de algunas de las principales clases de los sofistas que tanto abundan, haciéndonos temer si habremos llegado á uno de esos momentos de decadencia á que acompañan siempre, según las lecciones que hallamos en la experiencia y en la historia.

Llaman en primer término nuestra atención los sofistas teólogos que, blasonando de muy ortodoxos y de muy católicos, ora defienden y sustentan, contra las afirmaciones del

Papa y de los Obispos, que el catolicismo *íntegro* está forzosamente vinculado é indisolublemente unido á determinadas formas políticas, á determinados sistemas de gobierno; ora abogan calurosamente por la separación absoluta entre la sociedad eclesiástica y la civil, enfrente de lo que demuestran de un modo evidente la revelación, la historia y la razón, haciendo ver que debe existir entre ambas potestades, no una confusión de atribuciones, ni la absorción de una de ellas por la otra, ni el más riguroso aislamiento, sino una necesaria y conveniente armonía, como entre círculos concéntricos que tienden á facilitar en mayor ó menor grado la realización del fin último del hombre y de sus destinos como persona individual y como sér por naturaleza social.

Nada importa á los primeros que la Sagrada Escritura y la Tradición, que los Padres y los Doctores de la Iglesia, los Papas y los Obispos enseñen con elocuencia y expongan con toda claridad la eficacia y la virtualidad de las doctrinas y de los preceptos del catolicismo en todos los tiempos y en todos los lugares, bajo todas las formas de gobierno y con todos los sistemas políticos. *Si á sus miras particulares cuadra* resucitar tiempos, instituciones y procedimientos que pasaron para no volver, restaurando el poder teocrático, propio de la infancia de los pueblos, y deteniendo la marcha majestuosa de las sociedades, impelidas por la ley divina del progreso, para conseguir sus propósitos, no perdonarán medios ni recursos, formulando definiciones *ex cathedra*, lanzando excomuniones á los Obispos, y aún al mismo Papa, si es preciso. Y gracias que no pueden emplear argumentos tan decisivos como la *la hoguera, la horca y el cuchillo*, que si pudieran, dejarían muy atrás á Nerón, Diocleciano, Juliano el Apóstata y otros tiranos semejantes tristemente famosos, sobre cuyo recuerdo caerán siempre toda la execración y las maldiciones todas de la historia.

Nada importa á los últimos que se imponga á la regular inteligencia de todo buen católico la necesidad de una buena concordia entre ambos Poderes, conservando cada uno la propia independendencia en su respectiva esfera. *Si conviene á sus intereses peculiares*, halagando las pasiones de las masas

descreídas, socavando los cimientos del orden moral y minando la base del orden social, procurarán hacer desaparecer la religión de la esfera pública, relegándola á los museos de antigüedades, sin preocuparse de lo que haya de venir á reemplazar su acción eminentemente civilizadora.

Honda perturbación y aflicciones sin cuento producen unos y otros en el ánimo de los fieles apocados, tímidos y pusilánimes; pero deben los buenos creyentes consolarse con la convicción profunda de que ni la intransigencia de los primeros, ni el platonismo de los segundos han de triunfar de los designios providenciales ni de la verdadera fe, que no debe ser ciega, sino razonable, según expresión del Apostol de las gentes.

Giran los sofistas filósofos en círculo más estrecho, porque el siglo actual, más concupiscente que pensador, no da á las especulaciones filosóficas la importancia que les reconocieron pasadas edades. Sin embargo, aparte de lo que podría decirse sobre muchos de los errores que conscientemente se defienden, no faltan oradores y publicistas que, explotando ese carácter de la sociedad en nuestros tiempos, acallan la voz de la propia conciencia, cierran los ojos á la luz de la razón y los oídos á las enseñanzas de la historia, para defender y propagar los dogmas del positivismo y del determinismo, cómodos por excelencia cuando se trata de vencer escrúpulos y santificar todos los medios, sean los que fueren, siempre que lleven al logro de preconcebidos y determinados fines.

Los que siguiendo con atención los rumbos que hombres funestos se empeñan en señalar á los estudios filosóficos, sienten decaimiento de espíritu al contemplar cómo se escuchan con fruición y cómo se leen con entusiasmo teorías absurdas expuestas en un estilo enigmático é ininteligible aun para los mismos oradores que en sus discursos las desarrollan y para los autores que sobre ellas escriben tomos cuyas ediciones se agotan con una rapidez mayor de la que para imprimirlas despliegan las poderosas máquinas de vapor aplicadas al descubrimiento debido á Guttemberg, no desmayen, que al fin y al cabo todos esos sistemas, todas esas opiniones

basadas sobre cimientos de arena, caerán por sí mismas ante el sentido común, piedra de toque á que debe someterse toda verdadera y sana filosofía.

En los países que como el nuestro se rigen por instituciones parlamentarias, si bien comprendidas, no siempre con lealtad respetadas, es donde especialmente ofrece mayor variedad de tipos la numerosísima clase de los sofistas políticos.

Si en otros tiempos la política se movía en la órbita reducidísima que le ofrecían los misteriosos Gabinetes de los Monarcas absolutos y las antecámaras de los regios alcázares, donde se urdian, tramaban y se desenvolvían mezquinas intrigas, cuyos protagonistas venían á ser algunas seductoras favoritas, unos cuantos consejeros áulicos de empolvada peluca y los orgullosos validos de los reyes, hoy es patrimonio universal, sirve de tema frecuente á las conversaciones, y sobre los opuestos principios, las várias doctrinas, los diferentes sistemas y los diversos procedimientos se discute en todas partes, lo mismo en los grandes centros de población que en las modestas aldeas, así en los Congresos, Academias y Ateneos de las populosas capitales, como en la humilde choza de solitaria campiña entre rústicos pastores y gañanes.

Por otra parte, la política, bajo el punto de vista material, es hoy abundantísimo filón que alimenta el presupuesto y atrae hácia sí como imán poderosísimo las corrientes que en lo antiguo se dirigían á buscar nombre, valimiento y fortuna, ya á la carrera de las armas, ya á la de la Iglesia; que ambas á la vez constituían como castas privilegiadas, cuyo predominio sobre el resto de la sociedad formaba el carácter más notable de aquellos tiempos.

Nada de particular tiene en vista de esto que afluyan á las lides políticas, ya en la prensa periódica, ya en el Parlamento, ya en los círculos políticos, cuantos teniendo desahogada posición aspiran á brillar en el mundo y cuantos sin bienes de fortuna, no conformándose con la aplicación de su actividad y de sus facultades á profesiones, oficios ú ocupaciones que, aunque lícitas y honrosas, no dan *lustre* ni proporcionan tanto lucro como se quiere, y tan pronto como se desea, consideran este camino como el más fácil para comer sin traba-

jar, para vivir más libremente y aun para improvisar escandalosos capitales. Esta y no otra es la razón por que la vida pública de los hombres políticos es por lo general una serie de evoluciones, de equilibrios y de saltos mortales, para cuya justificación aparente necesitan apelar á todo género de sofismas, siendo muy raros los personajes políticamente probos que, rindiendo fervoroso culto á los principios, sacrifican su popularidad y renuncian á volver á los altos puestos que tanto halagan y tanta influencia proporcionan, para conservar lo que es necesario que sostengan el *caciquismo*, á cambio de cuyo apoyo se menosprecian muchas veces y en muchas cuestiones las razones de conveniencia ó se violan las leyes de justicia.

Echando una rápida ojeada sobre lo que en España ocurre bajo el punto de vista político y administrativo, no podemos resistir á la tentación de repetir aquí lo que acerca de tales asuntos hemos escrito en otra parte: «En el orden político apenas pasa día sin que aparezcan nuevos partidos, agrupaciones nuevas, fracciones disgregadas de las antiguas parcialidades, con nuevos programas, aspirando todos por mil variados rumbos á labrar la pública ventura, enriqueciendo de tal manera nuestro tecnicismo político, que sería tarea, si no imposible, de difícil realización formar un Diccionario completo de todas las voces y de todos los términos de uso corriente entre los políticos, y trabajo más árduo aun demostrar si con esa considerable porción de nuevas locuciones, de giros extraños y de desconocidos epítetos, ha ganado ó ha perdido la armonía y elegancia de la rica habla castellana, de esta hermosa lengua que á tanta altura elevaron Alfonso el Sabio, el de *Las Partidas*, y el Manco inmortal autor del *Quijote* (1).»

Respecto á la administración, poco tiempo há presentá-bamos un bosquejo trazado en los términos siguientes: «Hace muchísimo tiempo que en España sucede lo que no sucede en ninguna otra nación de Europa, ni en el pueblo ruso, á pesar del despotismo que le agobia, ni en el caduco y

---

(1) *La Unión Católica y el Carlismo*, folleto inédito. — Diciembre de 1881.

semibárbaro Imperio turco; y es que la política da patentes para ocupar toda clase de puestos, sea cual fuere su importancia, en vez de que los merecimientos contraídos en la administración del Estado y en el servicio de la Nación sean la base para aspirar al desempeño de los destinos administrativos y políticos. De ahí el hecho de que á todo cambio de Ministerio, total ó parcial, surjan como un problema pavoroso, como una cuestión erizada de conflictos, el problema y la cuestión de personas, de nombramientos, de empleos. Todo Ministro al tomar posesión de una cartera, por entereza de carácter que tenga, se ve asediado de compromisos y siempre se acarrea sinsabores y disgustos, porque caen sobre él justas y merecidas censuras si despide ó posterga á personas inteligentes, probas y laboriosas, ó si desatiende las pretensiones de los que ningún mérito tienen para ocupar destinos públicos, viene á ser víctima de enconados ataques, sin respeto á su historia por gloriosa que sea, ni á su honor por limpio que aparezca.»

«En diversas épocas se ha hablado de la necesidad de hacer una buena ley de empleados, una buena ley de incompatibilidades; hasta se ha llegado á nombrar una comisión de *notables* para proponer las reformas necesarias y urgentes en la Administración pública de nuestra Patria; pero nada de esto se ha hecho por causas de todos conocidas (1).»

La participación mayor y la más principal responsabilidad en el desconcierto político y en el caos administrativo que hacen de nuestra Patria objeto de ludibrio ante la opinión ilustrada y sensata de la culta Europa, toca á los sofistas políticos, que para escalar altos destinos y para improvisar fortunas insultantes, tienen siempre recursos con que justificar sus inconsecuencias, tienen siempre sofismas con que deslumbrar al vulgo de los tontos, cuyo número es infinito, *cuando les conviene adorar lo que quemaron y quemar lo que adoraron.*

No se vislumbra todavía en el horizonsnte un rayo de luz

---

(1) «Reforma urgente.» Artículo publicado en *El Centinela Administrativo*, 7 febrero 1883.

que venga á disipar las densas tinieblas en que viene hace muchísimo tiempo envuelta nuestra situación política y administrativa. ¿Pero quiere esto decir que no debemos esperar remedio eficaz á tantos males, que hayamos de cruzarnos de brazos en la más completa inacción, sin ofrecer un fortísimo dique á tanto desbordamiento, sin procurar desterrar de nuestra querida Patria semejantes procedimientos *liliputienses*, que tanto nos rebajan y que tan considerables daños causan en nuestro estado material, moral é intelectual? De ninguna manera; hay un refrán que dice: *más hace el que quiere que el que puede*; quiera la nación española emprender derroteros más acertados, más nobles y más decorosos, y mejorando la instrucción y la moralidad de sus hijos, éstos prescindirán de los Verres y de los Catilinas, yendo á buscar en sus humildes y pacíficos retiros á los Cincinatos que han de salvarle del abismo, á cuyos bordes se encuentra, en opinión de los hombres que se dejan dominar por el pesimismo.

Los estudios económicos han tomado en nuestros días grandísimo vuelo, llamando hacia sí la atención de talentos superiores que consagran su privilegiada inteligencia al examen de los interesantísimos problemas cuya solución tanto ha de influir en la vida de las sociedades modernas. Pero así como los grandes pensadores en el retiro y en el silencio de sus bufetes, acumulando datos estadísticos, procuran descubrir las leyes que rigen en el mundo de la materia, los fenómenos de la producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza, para que una vez formuladas presidan é informen bajo este punto de vista los actos todos individuales y sociales; así también no faltan oradores y publicistas, que buscando el medro personal, ya defienden con excesivo calor el inmediato planteamiento de todas las soluciones librecambistas, sin respeto á intereses legítimos, que no pueden ser menospreciados y preteridos, ó ya con calculado entusiasmo abogan por las doctrinas proteccionistas para consolidar monopolios que no deben existir por estar en lucha abierta con los derechos legítimos de la sociedad.

¿A qué censuras no se hacen acreedores los que convencidos

de la justicia y del fundamento del derecho de propiedad vienen combatiéndole un día y otro día, excitando la codicia de aquella parte de proletariado que, enemigo de la observancia de la natural obligación de trabajar, aspira á la igualdad en los derechos, á la igualdad en los goces, á subir de un salto hasta el nivel de los más elevados en la escala social? Para proclamar errores tan notorios como los que proclama el socialismo contemporáneo, aunque distinto en la forma, igual en el fondo al socialismo de todas las épocas, es necesario abusar hasta la saciedad del sofisma, desfigurando la naturaleza y destino del hombre, la naturaleza y destino del mundo, así como las relaciones que deben unir á ambos entre sí y á cada uno de ellos con el Sér superior que es su causa, su origen, á quien deben su existencia y respecto del que son y deben considerarse como subordinados, como inferiores, como dependientes.

Podrán triunfar en determinados momentos, causando males de mayor ó menor consideración, planes descabellados, delirios de la fantasía, extravíos de la mente, pero su triunfo será efímero, porque necesariamente han de sucumbir á una saludable reacción, iniciada, desarrollada y á término feliz conducida por el instinto de conservación, tan poderoso en los individuos y en las colectividades.

En literatura y en bellas artes hay tanta novedad de géneros, son tantos los matices, que sería imposible señalar las líneas divisorias entre las grandes escuelas clásica y romántica, idealista y naturalista, estando al arbitrio de cada cual determinar las fronteras que separan la libertad de la licencia, lo feo y repugnante de lo admirable y lo sublime. En medio de tanta exuberancia y de tanta plétora de producciones literarias y artísticas, descúbrese con dolor en muchas de ellas que los autores, huyendo de la espontaneidad y de la inspiración que eleva hasta las cimas de lo ideal y de lo sublime, se dejan arrastrar por un bajo sentimiento de *mercantilismo*, inclinándose, no á corregir, sino á investigar los á veces extraviados gustos del vulgo, buscando *aplausos con dinero*, aunque sus obras, luego que se emita el verdadero juicio crítico, sin atenciones personales que guardar á los autores, sin temores que abrigar por el enojo de interesados

admiradores, de obligadas simpatías, de compromisos de partido ó de escuela, estén condenadas por el fondo y por la forma á caer en la profunda sima del olvido.

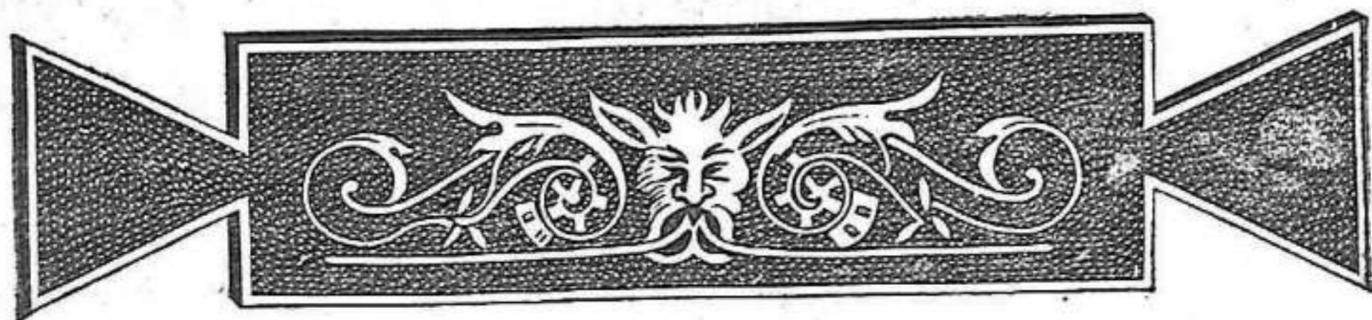
Existen, por desgracia, en literatura sofistas que escriben y expresan lo contrario de lo que piensan y sienten, descendiendo hasta la más repugnante é inmoral de todas las prostituciones, la prostitución de las nobilísimas facultades del alma humana. Semejante perversión del buen gusto sólo puede considerarse como un mal pasajero, que no podrá resistir á la acción constante de la sensibilidad humana, que tiende por sí misma á buscar la verdadera y sólida belleza.

Rápida é imperfectamente delineadas las siluetas de los sofistas modernos que más se agitan y mayor influencia tienen en la manera de ser de nuestra sociedad, aunque deficiente en el fondo y desprovisto de las brillantísimas formas literarias de que, á contar con otros elementos que con los pobres y escasísimos recursos con que contamos, hubiéramos deseado revestir este modestísimo trabajo, para realizar el propósito noble y honrado que le inspiró, cual es el de contrarrestar en lo posible la perniciosa influencia de tales seres, que con sus habilísimos recursos de dicción ó de expresión á todas partes acuden, hemos de consignar lealmente el carácter que á juicio nuestro les separa y distingue de sus predecesores de épocas pasadas.

Aparte de excepciones contadísimas, en que domina la adhesión ciega é inquebrantable, sin miras egoistas ó interesadas á determinadas ideas y determinados principios, no hallamos, no podemos hallar en los sofistas modernos otro móvil ni otra idea que el móvil de un interés mezquino y bastardo, la idea *utilitaria*, aquella que en sus teorías expuso y desarrolló el eminente jurisconsulto inglés Jeremías Benthan, cuya aplicación práctica se apodera de todos los ánimos, adquiriendo más número de adeptos que ninguna otra escuela en la decadente sociedad actual.

TELESFORO MAROTO CANORA.

*Madrid 16 de febrero de 1883.*



# LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

*Continuación (1)*

XV.



o fué admitida la proposición del joven sin ponerle antes ciertas condiciones.

En primer término, era la de que dejara la Universidad. ¿Quién se casa con un estudiante? Y además, ¿no era ridículo seguir las clases á los veintiseis años, como un muchacho, siendo rico y propietario?

En segundo lugar, se encargó Bárbara del trabajo de comprarse el equipo y los regalos de boda. Tenía un gran sentido práctico, mucho gusto, un vivo amor á la comodidad, una perfecta habilidad para cuidarse.

Lavretzky se maravilló sobre todo de esa costumbre cuando, dos ó tres días después de su boda, partió para Lavriky con su mujer, en un coche de viaje elegante y cómodo que ella había adquirido.

(1) Véase la pág. 303 de este tomo.

Todo estaba previsto. Las bolsas del coche llenas de *necessaires*, cafeteras y otros mil muebles bonitos.

¡Y con cuánta gracia preparaba el almuerzo por las mañanas! Lavretzky no estaba entonces para observaciones; nada-ba en su dicha y se sumergía en ella como un niño. ¿No era, en efecto, inocente como un niño aquel joven Alcides?... No en vano toda la persona de la joven esparcía en torno suyo aquel encanto indescriptible; no en vano parecía encerrar tantos tesoros de ternura; hizo más de lo que él se prometía.

A su llegada á Lavriky, en la fuerza del verano, halló la casa muy triste y sucia, los criados viejos y ridículos; pero se guardó muy bien de decir esto á su marido. Si hubiese tenido intención de establecerse allí, lo habría arreglado, comenzando naturalmente por la casa; pero la idea de irse á encerrar en aquel rincón oscuro de tierra no pasó siquiera por su imaginación. Habitaba allí como se habita una tienda de campaña, resignándose á todos los inconvenientes de su pasajera morada y hallando el medio de reirse de ellos.

Marpha Timofewna fué á visitar á su antiguo discípulo; agradó mucho á Bárbara, pero ésta no la gustó nada á la señora anciana. No tuvo mejor éxito para con Glafyra, á quien hubiese querido dejar allí quieta; pero su padre el General deseaba poner la mano en los negocios de su yerno. No tenía nada de mal visto, ni aun para un General retirado, administrar la fortuna de un pariente tan próximo. Séanos permitido el creer que no hubiese desdeñado tampoco el ocuparse en propiedades de otro hombre, aunque fuese completamente extraño á él, si hubiese hallado ocasión de hacerlo. Bárbara combinó su plan de ataque de una manera muy hábil; sin querer adelantar mucho y entregada en apariencia á las dulzuras de la luna de miel y á las delicias de la vida; ocupada en la música, en la lectura, llevó las cosas hasta el punto que Glafyra se precipitó una mañana como una loca en el cuarto de su sobrino, arrojó sobre la mesa el manojó de llaves y le anunció que ya no tenía fuerzas para ocuparse del manejo de la casa y que se marchaba; y Lavretzky, debidamente preparado por su mujer á esta escena, consintió en seguida en la marcha de su tía; Glafyra no esperaba aquella respuesta.

—Está bien—le dijo.—Y su mirada se oscureció.

—Ya veo que estoy aquí demás; sé que me arrojas de mi nido paterno, pero acuérdate de mis palabras, sobrino: tú tampoco harás tu nido en ninguna parte; andarás de un lado á otro toda tu vida; esta es mi bendición.

Aquel mismo día fué á retirarse á una pequeña propiedad suya, y al cabo de una semana se vió llegar al General Kobyne, que tomó en seguida las riendas del gobierno, dándose un aire melancólico en la mirada y en sus maneras.

En el mes de septiembre llevó Bárbara á su marido á San Petersburgo, en donde pasaron dos inviernos. En verano habitaban Zarskoé Selo, en una deliciosa habitación amueblada con elegancia y esmero. El nuevo matrimonio adquirió muchos conocimientos en la buena sociedad de San Petersburgo, y hasta en la clase más elevada. Salían mucho, recibían con gusto y daban lindas recepciones musicales y bailes pequeños. Bárbara atraía á la gente, como el fuego atrae á la mariposa. Esta vida de continua diversión no era completamente del gusto de Lavretzky.

Su mujer le animaba á que tomase el servicio; pero él, bien fuese por respeto á los sentimientos paternos ó por convicciones suyas, no quiso nunca servir, y se quedó en San Petersburgo por complacer á su esposa.

Sin embargo, muy pronto notó que nada le impedía el que se alistase, y que no en vano le habían preparado el gabinete más confortable de San Petersburgo; notó que su mujer, siempre llena de atenciones para con él, estaba dispuesta á facilitarle sus horas de retiro y de estudio, y desde entonces todo fué á las mil maravillas. Se puso de nuevo con grande afán á acabar su educación, que no creía aún haber terminado; comenzó sus lecturas y comenzó á estudiar el inglés. ¡Extraño espectáculo era el de aquel hombre robusto, ancho de espaldas, siempre encorvado en su mesa de despacho, con su rostro redondo y colorado, cubierto de barba espesa enterrado entre papeles y libros! Pasaba todas las mañanas trabajando, y comía bien.

Su mujer era un ama de casa completa, y por la noche entraba en el mundo encantado, perfumado, brillante, todo po-

blado de rostros jóvenes y sonrientes; ese mundo de que era su mujer el centro, el polo.

Bárbara dió un hijo á su marido, que no vivió más que unos meses; murió en la primavera, y, durante el estío, Lavretzky, por consejo de los médicos, llevó á su mujer al extranjero á tomar aguas. Le eran muy necesarias las distracciones después del disgusto que había experimentado, y el estado de su salud reclamaba además un clima más dulce.

Pasaron, pues, el verano y el otoño en Alemania y en Suiza, el invierno en París, y, como era de esperar, Bárbara no tardó en reponerse enteramente y en embellecer mucho.

En París hizo muy pronto su nido, tan hábilmente como en San Petersburgo; tenía un interior muy coquetón, en una de las calles más tranquilas y de mejor tono de la capital. Mandó hacer á su marido una bata como nunca la había tenido; entonces tomó á su servicio una doncella elegante, una excelente cocinera, un lacayo de los más despabilados, y se permitió un bonito coche y un piano magnífico. Apenas había pasado una semana, cuando ya atravesaba las calles, llevaba su chal, abría la sombrilla y se ponía los guantes como una verdadera parisiense. No tardó tampoco mucho en formar un círculo de conocimientos; primero se componía solamente de rusos; después se vieron aparecer algunos franceses amables y cumplidos, celebridades, personas de buenos modales y que llevaban nombres sonoros.

Todos hablaban con animación y volubilidad, saludaban con gracia y ponían los ojos dulces, mostrando sus blancos dientes entre sus labios rojos. ¡Cómo sabían sonreír! Cada uno de ellos llevaba á sus amigos, y muy pronto *la linda señora de Lavretzky* fué nombrada, desde la Chaussé-D'Antín á la calle de Lille.

En esta época (estos acontecimientos pasaban en 1836) no se había visto aún extenderse esa raza de periodistas y de cronistas que hormiguean por todas partes ahora; sin embargo, en los salones de Bárbara se notaba un cierto Eduardo, de un exterior poco simpático, de una reputación detestable, servil é insolente á la vez, como todos los duelistas y los hombres abofeteados.

A ese Mr. Eduardo, aunque desagradaba mucho á Bárbara, le recibía porque escribía en varios periódicos, y hablaba de ella continuamente, nombrándola unas veces la señora de L...tzky, otras la señora de... *gran señora rusa muy distinguida*, que vive calle de P.; y contaba al universo entero, es decir, á algunos cientos de suscritores que no se interesaban absolutamente por la señora de L...tzky, que era una verdadera francesa, por el talento, y los franceses no conocen mayor elogio que éste, era amable y encantadora, que poseía en música un talento fuera de línea y valsaba á la perfección. En efecto, Bárbara valsaba de una manera que arrastraba todas las almas en las ondulaciones de su vaporosa falda. En una palabra, extendía su renombre por toda la sociedad, lo que le era bastante agradable. Ya había abandonado la escena la señorita Mars, y no había aparecido aún la Rackel; pero á pesar de eso, Bárbara iba mucho á los teatros. La música italiana la encantaba; las *Ruinas de Ordy* la hacían reír; bostezaba de la manera más inconveniente en el Teatro Francés, y lloraba al ver á la Desval en los dramas ultrarrománticos. Pero lo que tenía mayor precio á sus ojos, era Liszt, que había representado dos veces en su casa, y tenía una amabilidad y sencillez encantadoras.

Al fin de aquel invierno, que había pasado tan agradablemente Bárbara, fué presentada en la corte.

Fédor Ivanowicht, por su lado, no se fastidiaba tampoco; sin embargo, su vida le parecía algunas veces pesada, y pesada su misma frivolidad. Leía los periódicos, seguía las clases de la Sorbona y del colegio de Francia, escuchaba las discusiones de las Cámaras y había emprendido la traducción de una obra científica muy conocida, sobre las imitaciones.

—Yo no pierdo el tiempo—decía para sí,—todo esto es útil; pero es absolutamente necesario que yo vuelva á Rusia para el invierno próximo, y que me ponga á la obra.

¿Sabía precisar él mismo siquiera en qué consistía esta obra, y si podría pronto volver á Rusia?

Mientras tanto, debía partir con su mujer para Baden Baden. Un acontecimiento inesperado vino á destruir todos sus planes.

## XVI.

Un día entró Lavretzky en el gabinete de Bárbara, en su ausencia, y halló en el suelo un papelito cuidadosamente doblado, le cogió, y desdoblándole maquinalmente, leyó las líneas siguientes, escritas en francés:

«Betty, ángel querido (no puedo decidirme á llamarte Bárbara), te he esperado en vano en la esquina del Boulevard. Ven mañana á la una y media á nuestra casita. A esa hora el bueno de tu marido estará, como de ordinario, absorto entre sus libros. Cantaremos otra vez aquella romanza de tu poeta Ponschkine, que me has enseñado, *Vieux mari, mari farouche*.

Beso mil veces tus lindas manos, tus preciosos pies.

Te espera—ERNESTO.»

Lavretzky no comprendió al principio lo que había leído; lo leyó por segunda vez, y se le iba la cabeza; sintió que el piso se movía bajo sus pies, como el puente de un navío combatido por las olas.

De repente lanzó un grito; se ahogaba; brotaron las lágrimas de sus ojos; perdía la razón. ¡Tenía en su mujer una confianza ciega! Nunca se abrigó en su espíritu la idea de que pudiera engañarle. Aquel Ernesto, amante de su esposa, era un lindo rubito de treinta y tres años, con bigotito y nariz remangada, el sér más malo de todos cuantos conocía. Pasó así unos minutos, tal vez media hora, y continuaba en el mismo sitio, arrugando en sus manos el fatal billete y fija en el suelo la vaga mirada; le parecía ver en medio de oscuro turbión dar vueltas pálidas figuras; se sentía desfallecer; el piso vacilaba bajo sus plantas, cual si fuese á caer en un abismo.

El ruido para él bien conocido de una falda de seda le sacó de su letargo. Volvía Bárbara precipitadamente del paseo, con el sombrero puesto y un chal sobre los hombros. Su marido se estremeció y salió de allí; sentía que en aquel mo-

mento era capaz de deshacerla, de golpearla, ó con la rabia propia de un *movjikc*, estrangularla con sus propias manos. Bárbara, sorprendida, trató de detenerle; pero él apenas pudo murmurar: «Betty,» y se precipitó fuera de la casa.

Subió á un coche y se hizo llevar fuera de la ciudad. Erró á la ventura el resto del día y la noche hasta la mañana, deteniéndose sin cesar y retorciéndose las manos; unas veces estaba como loco; otras experimentaba absurdos accesos de alegría. Cerca de amanecer se sintió penetrado de frío, y entró en una mala posada de un barrio apartado, pidió un cuarto y se sentó al lado de la ventana; una excitación nerviosa se apoderó de él; apenas podía tenerse, pero no sentía el cansancio, aunque su cuerpo estaba agobiado. Quedó sentado mirando delante de sí, y sin comprender nada; no sabía lo que le pasaba, por qué se hallaba solo, con los miembros entumecidos, la boca amarga, oprimido el pecho, en un cuarto vacío y desacomodado; no comprendía lo que podía haber llevado á su Bárbara á entregarse á aquel fatuo, y cómo había podido, sintiéndose culpable, afectar aquella calma, prodigarle las mismas caricias y manifestarle la misma confianza.

—No comprendo nada—murmuraban sus labios secos.— ¿Quién sabe si ya en San Petersburgo?... —Y se interrumpía y comenzaba otra vez á bostezar tiritando y alargando sus miembros. Los recuerdos tristes y los alegres le torturaban igualmente; de repente recordaba que pocos días antes se había puesto ella al piano en presencia de Ernesto, bajo sus propios ojos, y que había cantado: *Vieux mari, mari farouche*. Recordaba la expresión de su rostro, el extraño brillo de sus ojos, y se levantaba de la silla; quería correr á ellos y decirles: «Habéis hecho mal en jugar conmigo. Mi abuelo era implacable con sus colonos, y mi bisabuelo fué aldeano.»

Después inmolaría á los dos. En seguida creyó que todo lo que le pasaba era un sueño, una loca alucinación, que no tenía más que moverse y mirar en torno suyo para que se desvaneciese. Pero el dolor iba penetrando más y más en su corazón, como las garras de un cuervo en la carne de su presa.

Para colmo de desgracias, esperaba ser padre dentro de algunos meses.

El pasado, el porvenir, toda su vida estaba ya envenenada.

Volvió al fin á París, entró en un hotel y envió á Bárbara Pavlowna el billete de Ernesto con la carta siguiente:

«El papel que va adjunto os lo explicará todo. En esto me permitiréis que os diga que no reconozco vuestra prudencia habitual. ¿Es posible dejar tirado un papel de tanta importancia? (Esta frase la había estudiado y preparado el pobre Lavretzky mucho tiempo.) Ya no puedo volveros á ver; pienso que lo deseáis más que yo. Os fijaré 15.000 francos de pensión, no puedo daros más. Enviad vuestras señas á mi banquero. Haced lo que queráis, vivid donde os parezca y sed feliz. Es inútil que me respondáis.»

A pesar de que decía á su mujer que no le escribiera, Lavretzky esperaba con ansiedad una respuesta que le explicara aquella extraña aventura; pero Bárbara le remitió el mismo día una carta en francés que le dió el último golpe; las dudas que le quedaban se desvanecieron, y tuvo vergüenza de haberlas conservado. Bárbara no trataba de justificarse, deseaba solamente verle, y le suplicaba que no la condenase de una manera irrevocable. La carta era muy fría y llena de reticencias, aunque en muchos sitios se veían señales de lágrimas.

Lavretzky se sonrió amargamente y respondió al mensaje-ro que estaba bien. Tres días después había salido ya de París, pero en vez de tomar el camino de Rusia, tomó el de Italia.

Él mismo no sabía la razón de preferir esta península mejor que otra parte; no le importaba el sitio con tal de no tener que volver á su casa. Envió á su administrador órdenes concernientes á la pensión de su mujer, encargándole al mismo tiempo que recibiese del General Korobyne la dirección de todos los negocios, sin esperar que entregase éste las cuentas, y que tomase sus medidas para la partida de su excelencia.

Se le representaba la turbación, la dignidad del General herida, al verse despedido, y sentía, á pesar de su desgracia, una especie de gozo lleno de odio. Escribió en seguida á Gla-

fyra pidiéndole que volviese á Lavriky, mandándole un poder; pero ésta no quiso volver é hizo publicar en los periódicos que su poder era nulo y de ningún valor, lo que debió ser completamente inútil.

Retirado en una pequeña villa de Italia, no pudo evitar Lavretzky seguir los pasos de su mujer. Los periódicos le enteraron de que, según su antiguo proyecto, había abandonado París por Baden.

Su nombre apareció muy pronto en un artículo firmado por aquel mismo Ernesto, y á través del alegre estilo habitual, se veía traslucir cierta conmiseración afectuosa que hizo experimentar á Fédor Ivanowitch un profundo sentimiento de desagrado. Supo después que era padre de una hija, y al cabo de dos meses su intendente le anunció que Bárbara había reclamado el primer trimestre de la pensión. Rumores cada vez más desagradables comenzaron á circular, y por último, todos los periódicos se hicieron eco de una historia tragicómica, en la que su mujer había representado un papel poco honroso. ¿Era esto cierto? ¿Bárbara se había vuelto una celebridad?

Cesó Lavretzky de ocuparse de ella, pero le costó mucho. Algunas veces sentía un ardiente deseo de verla, y le hubiera dado todo, y le hubiera, tal vez, perdonado por oír aún su voz cariñosa y estrechar su mano.

Sin embargo, el tiempo reclamaba sus derechos. No había él nacido para sufrir, su naturaleza vigorosa se sobrepuso. Entonces se explicó muchas cosas; el mismo golpe que había experimentado no le pareció tan imprevisto; comprendió á su mujer. No suele conocerse bien á aquellos con quienes se vive habitualmente hasta que se está lejos de ellos. Pudo volver á sus estudios, aunque no fuera ya con el mismo ardor; el escepticismo de su vida, efecto de la educación que había recibido, se apoderó definitivamente de su alma. Se volvió indiferente á todo. Pasaron así cuatro años, y se sintió entonces con fuerza para regresar á su patria y volver á ver su familia. No se detuvo ni en San Petersburgo ni en Moscou, y á la villa de V..., en donde le hemos dejado y donde rogamos al lector amable que vuelva ahora con nosotros.

## XVII.

Al día siguiente de aquel de que ya hemos hablado, Lavretzky estaba á eso de las diez en la casa de Kalitine; halló á Lise con el sombrero puesto y los guantes.

—¿Dónde vais?—le preguntó.

—Voy á misa, porque hoy es domingo.

—¿Tenéis costumbre de ir á misa?

Lise le miró admirada sin responder.

—Perdonadme, no es eso lo que yo quería decir. Venía á despedirme. Salgo dentro de una hora para el campo.

—¿Pero es muy lejos de aquí?—preguntó Lise.

—A veinticinco yardas.

En aquel momento apareció por el dintel de la puerta Lenotchka acompañada de una doncella.

—¿No nos olvidaréis, no es cierto?—dijo Lise bajando los escalones del pórtico.

—No me olvidéis tampoco, y además, oíd—añadió,—vos que vais á misa, orad por mí.

Lise se detuvo y se volvió hacia él.

—Con mucho gusto—le contestó mirándole frente á frente.—Oraré también por vos. Vamos, Lenotchka.

En el salón halló sola á María Duntrievna, perfumada con agua de Colonia y menta, quejándose de haber tenido dolor de cabeza y pasado una noche muy agitada. Le recibió con su amabilidad lánguida y su lengua se desligó poco á poco.

—¿No es verdad que Vladimiro Nikolaewitch es un joven muy agradable?

—¿Quién es ese Vladimiro?

—Pauchine, ese que estaba aquí ayer. Le gustasteis mucho; os diré en secreto, *querido primo*, que está loco enamorado de mi Lise. Pues bien; es de muy buena familia, tiene una buena colocación, talento, y además es gentilhomme de cámara, y si tal es la voluntad de Dios, yo como madre estaré contenta. Nuestra responsabilidad es ciertamente muy

grande; la felicidad de los hijos depende de los padres, y es preciso confesar que hasta ahora, bien ó mal, yo sola he sido, tal como me veis, la que ha educado mis hijos y se ha ocupado en su instrucción. Ultimamente he hecho venir un aya de casa de madame Bulons.

María se lanzó entonces á enumerar sus cuidados y los esfuerzos de sus sentimientos maternales. Lavretzky la escuchaba en silencio, dando vueltas al sombrero, que tenía en la mano; su mirada fría é incitante turbó á aquella señora en medio de su relación.

—¿Y cómo encontráis á Lise?—le preguntó.

—Es una muchacha preciosa—respondió Lavretzky.

Después se levantó, saludó y se fué al cuarto de Marpha Timofewna; María le siguió con una mirada de descontento.

—¡Qué tiburón! ¡Qué rústico! Ahora ya me explico el que su mujer no le haya sido fiel.

Marpha Timofewna se hallaba en su habitación rodeada de su estado mayor, que se componía de cinco seres igualmente queridos á su corazón: un mirlo sabio, á quien había tomado cariño desde que, afligido de una enfermedad de garganta, no podía silbar ni sacar agua con un cubito; Roska, perrita tímida y dulce; Matros, gato de la especie más mala; después una chica muy morena é inquieta, de cerca de nueve años, con grandes ojos y nariz afilada, á quien llamaban Schourotschka (1), y, por último, Nastasia Karpovna Ogarhoff, persona de edad de cincuenta y cinco años, engalanada con una gorra blanca, una chaqueta castaña y un vestido oscuro. La chica era de una huérfana de la clase baja que había recogido por lástima, así como á Roska, á quien halló en la calle; las dos estaban delgadas y muertas de hambre, y caladas por la lluvia del otoño; nadie reclamó á la perrita; en cuanto á la chica, un tío zapatero, muy borracho, que no tenía para comer él, que pegaba á su sobrina en vez de mantenerla, la cedió con mucho gusto á la señora anciana. En fin, á Anastasia la había conocido en un convento, á donde había ido en peregrinación.

---

(1) Shourotschka en ruso quiere decir gestera.

Gustó á Marpha porque rezaba con *buena gana*, según la gráfica expresión de la buena señora. Esta la había abordado en plena iglesia é invitado á que fuese á tomar una taza de té.

Desde aquel día habían sido inseparables. Nastasia Karpevna era de familia noble, viuda y sin hijos; tenía un carácter muy alegre y de lo más acomodaticio, cabeza redonda y gris, manos blancas y suaves, rostro simpático, á pesar de que sus facciones eran algo gruesas, y una nariz aplastada de forma algo grotesca.

Profesaba un culto por Marpha, la que por su parte la amaba infinitamente, lo que no le impedía burlarse de ella de vez en cuando por la sensibilidad de su corazón, pues tenía una debilidad por los jóvenes, y la broma más inocente la hacía sonrojarse como á una niña.

Toda su renta se componía de mil doscientos rublos en papel, y vivía á expensas de Marpha, pero bajo cierto pie de igualdad, pues Marpha no hubiese tolerado que hiciera ningún servicio al lado de su persona.

—¡Ah, Fedia!—dijo al ver entrar á Teodoro.—¿No viste ayer á mi pequeña familia? Admírala ahora, que estamos todos reunidos para el té; es el segundo, el de los días de fiesta. Puedes acariciar á todo el mundo; solamente la chica no te dejará que lo hagas, y el gato te arañará. ¿Te vas hoy?

—Hoy mismo.—Lavretzky se sentó en una silla.—Ya me he despedido de María y he visto á Lisaveta Michailovna.

—Puedes llamarla Lise sencillamente, hijo mío; para tí no es Michailovna. Estate quieto, que vas á romper la silla de la chica.

—La he visto ir á misa. ¿Es muy devota?

—Sí, más que nosotras dos.

—¿No sois vos también piadosa?—dijo Nastasia con voz chillona.—Si no habéis ido á la primera misa, iréis á la última.

—No, tú irás sola, amiga mía; estoy muy perezosa; el tomar el té con tanta frecuencia me estropea.

Tuteaba á su amiga, aunque la trataba de igual á igual; pero para algo era una Pertoff, y se cuentan tres de este

nombre inscriptos en el libro conmemorativo de Juan el Terrible y Marpha la Sabia.

—Decidme, ahora acaba de hablarme María de un señor... ¿Cómo se llama? Pauchine, creo. ¿Qué clase de hombre es ése?

—¡Dios mío, que habladora!—murmuró Marpha.—Estoy segura de que te ha dicho bajo el sello del secreto que ronda ser pretendiente de su hija. Eso es bastante para ella, según parece, cuchichear como una bruja; eso poco le basta. Aún no hay nada, y sin embargo, gracias á Dios, pero es preciso que lo charle.

—¿Y por qué gracias á Dios?—preguntó Lavretzky.

—Porque no me gusta ese joven, y no espero haya ocasión de alegrarse.

—¿No os gusta?

—No puede seducir á todo el mundo. ¿No es ya bastante el que esté enamorada de él Nastasia?

—¿Cómo podéis decir eso?—exclamó la pobre viuda, toda apurada.—¿No tenéis temor de Dios?

Un carmín repentino se esparció por todo su rostro y hasta el cuello.

—Bien lo sabe el tunante—continuó la anciana;—ya sabe cómo cautivarla; le ha regalado una caja de tabaco, y sobre la tapa tiene pintado un húsar á caballo. Harías mejor, querida, en no buscar medio de justificarte.

Nastasia no se defendió más que haciendo un signo negativo.

—¿Pero le gusta también á Lise?—preguntó Lavretzky.

—Parece que sí; por lo demás, Dios sólo lo sabe. El alma de las damas es un bosque oscuro, y sobre todo la de una muchacha. ¡Mira quién va á profundizar el alma de la niña Schourotschka! ¿Por qué se esconde y no se va desde que tú has entrado?

—La chiquilla dejó escapar una carcajada que contenía desde hacía mucho tiempo, y se escapó. Lavretzky se levantó.

—Sí—dijo lentamente.—¿Quién puede averiguar lo que pasa en el corazón de una joven?

Hizo ademán de retirarse.

—Y bien, ¿cuándo te volveremos á ver? — preguntó Marpha.

—Esto será según, tía, pues no me voy muy lejos.

—Sí, te vas á Wassitiewskoé. No quieres fijarte en Lavriky, eso es cuenta tuya; solamente ves á la tumba de tu madre y también á la de tu abuela. Tú has adquirido todo tu saber en el extranjero; pero, quién sabe, á pesar de eso, si podrán sentir en el fondo de sus tumbas que has ido á visitarles. No olvides, querido mío, el mandar decir una misa por el alma de Glafyra Petrovna. Toma un rublo de plata. Tómame, yo soy la que quiero que digan esa misa. No la he querido en mi vida, pero es preciso hacerle justicia, era una muchacha de carácter y mucho talento, y además no te ha olvidado. Ahora Dios te guíe; ¡acabaré por fastidiarte!

Y Marpha abrazó á su sobrino.

—En cuanto á Lise, no te inquietes por eso, no se casará con Pauchine. No es un marido de esa especie el que ella necesita.

—Pero si yo no me inquieto de ningún modo—respondió Lavretzky, alejándose.

## XVIII.

Cuatro horas después estaba ya en marcha, y su *tarantán* rodaba rápidamente por un camino vecinal.

Reinaba una gran sequedad desde hacía quince días; una ligera niebla extendía en la atmósfera un tinte blanquecino y envolvía los lejanos bosques; se sentía exhalar como el perfume de la vida; pequeñas nubes oscuras dibujaban sus contornos inciertos sobre el cielo de un azul claro; un viento bastante fuerte soplaba á bocanadas secas que no refrescaban el aire.

La cabeza apoyada contra los almohadones del carruaje, con los brazos cruzados sobre el pecho, Lavretzky dejaba vagar sus miradas por los campos labrados que se desplegaban ante él, formando abanico; sobre los cipreses, que parecían

huir; sobre los cuervos y las maricas, que seguían con mirada recelosa el tren que pasaba, y sobre las largas sábanas de artemisa, de ajeno y de otras hierbas del campo.

Miraba al horizonte, y aquella soledad, tan desnuda, tan fresca y tan fértil; aquel verdor de aquellas colinas, aquellos barrancos cubiertos de arbustos y de encinas enanas, aquellos pueblos grises y los delgados abedules; en fin, todo ese espectáculo de la naturaleza rusa, que no había visto desde hacía tanto tiempo, despertaba en su corazón sentimientos dulces y tristes á la vez, y ponía su pecho bajo la opresión de un peso que no dejaba de tener encanto.

Sucedíanse sus pensamientos lentamente; pero sus contornos eran tan vagos como los de las nubes que cruzaban sobre su cabeza. Trocaba el recuerdo de su infancia, de su madre, del momento en que le habían llevado al lado suyo en el lecho de muerte, y en el cual estrechó su cabeza contra su corazón, al lamentarse con voz débil sobre el hijo querido, cesando en su llanto al aparecer Glafyra. Recordó á su padre, primero sano, robusto, siempre descontento, y cuya voz cascada resonaba en su oído; más tarde, viejo y ciego, con la barba gris y descuidada, y siempre quejándose. Se acordó un día que en la mesa, excitado con los vapores del vino, se puso el anciano á reír de repente y á hablar de sus conquistas, tomando un aire modesto y guiñando sus ojos, privados de luz; recordó á Bárbara, y sus facciones se crisparon como las de un hombre que siente un dolor repentino. Sacudió la cabeza, y después su pensamiento se detuvo en Lise.

—Ved ahí un sér nuevo que entra en la vida—pensó.— ¿Cuál será la suerte de esa muchacha tan honrada? Es bonita, su rostro es pálido, pero lleno de frescura; sus ojos muy dulces, su boca seria y su mirada inocente. ¡Qué lástima que sea algún tanto exaltada! Lindo talle, aire gracioso, una voz tan dulce; me agrada el verla cuando de repente se detiene escuchando atentamente sin sonreír; después se absorbe en sus pensamientos y se echa el cabello hacia atrás.

Yo también creo que Pauchine no es digno de ella. Y sin embargo, ¿qué le falta? ¿Qué voy á soñar? Irá por el camino que siguen las otras... Más vale dormir.

Y Lavretzky cerró los ojos, pero no pudo conciliar el sueño, y quedó absorto en esa especie de pezadez mortal que es tan frecuente en los viajes. Las imágenes del pasado continuaban alzándose lentamente en su alma, mezclándose y confundiéndose con otros cuadros.

Se puso, Dios sabe por qué, á pensar en Roberto Peel, en la historia de Francia... en las victorias que hubiese ganado si hubiese sido General; creía oír el cañón y los gritos de guerra; su cabeza se caía hacia un lado y abrió los ojos... Los mismos campos, el mismo paisaje, las herraduras de los caballos brillaban de vez en cuando á través de los turbiones de polvo; la camisa amarilla con vueltas encarnadas del *iamstchik* se inflamaba con el viento.

—Vuelvo á mi casa hecho un buen mozo—decía para sí Teodoro.—Aquella reflexión le volvió el juicio y gritó:

—¡Adelante!

Después se envolvió en la capa y se recostó aún más en los almohadones. El carruaje hizo un brusco movimiento y Lavretzky se levantó y abrió los ojos. Ante él, y en la colina, se extendía un pueblecillo; á la derecha, se veía una casa antigua y señorial, cuyas ventanas estaban cerradas, y cuyo pórtico se inclinaba hacia un lado. Desde la puerta á la casa, había un vasto patio lleno de ortigas tan verdes y tan espesas como cáñamo. Allí también se elevaba un granero de encina bien conservado. Este era Wassitiewskoé.

El *iamstchik* describió una curva hacia la puerta cochera y detuvo los caballos; el criado de Lavretzky se levantó del pescante y se aprestó para saltar á tierra; llamó gente y se oyó un ladrido sordo y ronco, pero no se vió al perro.

El criado volvió á llamar; se repitió el ladrido, y al cabo de algunos momentos acudió, sin que se viese de dónde salía, un hombre, un *oafetan* de Nankín y la cabeza blanca como la nieve. Se cubría los ojos para quitarse los rayos del sol y miró un momento á la *tarantane*; después, dejando caer las dos manos sobre los almohadones, piafó algunos momentos sobre el mismo sitio, y se precipitó, por último, á abrir la puerta cochera.

El carruaje entró en el patio, aplastando con ruido las or-

tigas bajo sus ruedas, y se detuvo á la entrada. El hombre del pelo blanco, viejo, pero aún listo, estaba ya en el último escalón con las piernas en arco; desenganchó el tapapiés del coche, haciendo un movimiento de sorpresa, y al ayudar á bajar á su amo le besó la mano.

—Buenos días, buenos días, amigo mío—dijo Teodoro.—Tú te llamas Antonio, ¿no es cierto? ¿Aún vives?

El viejo se inclinó en silencio, y corrió en busca de las llaves. Mientras tanto, el *iamstchik* permanecía inmóvil, inclinandose á un lado, mientras el lacayo de Lavretzky guardaba la pintoresca pintura que había tomado al saltar al suelo, con una mano apoyada en el pescante. El viejo trajo las llaves; se retorció como una serpiente, y se tomaba un trabajo inútil, levantando mucho los codos para abrir la puerta; después se colocó al lado de su amo, y le hizo un profundo saludo.

—Ya estoy en mi casa de vuelta—pensó Lavretzky, al entrar en un pequeño vestíbulo, mientras abrían con gran ruido las ventanas unas después de otras, y penetraba la claridad del día en las desiertas habitaciones.

## XIX.

La casa pequeña que iba á habitar Lavretzky era en la que dos años antes había muerto Glafyra.

Construída en el siglo último, de buena madera de pino, parecía antigua, pero podía conservarse aún cincuenta años ó más. Su dueño recorrió todos los cuartos, y con gran sentimiento de las moscas viejas é indolentes, inmóviles y blancuecinas debajo del polvo, que quedaron unidas al techo, hizo abrir en todas partes las ventanas, cerradas desde la muerte de su tía.

Todo había quedado allí en el mismo estado; los pequeños divanes del salón, forrados de damasco gris, usado y sin brillo, recordaban los tiempos de la Emperatriz Catalina. En el salón se veía el sillón favorito del ama de la casa, con su

respaldo alto y derecho, contra el que tenía costumbre de apoyarse en su ancianidad. En las paredes principales estaban colgados varios retratos antiguos, entre ellos el del abuelo de Fédor André Lavretzky; su rostro oscuro y bilioso apenas se destacaba del fondo ennegrecido y desconchado; sus ojos, pequeños y picarescos, lanzaban miradas lánguidas bajo sus pupilas caídas é hinchadas; sus cabellos negros, sin polvos, se alzaban como un cepillo por encima de su frente surcada de arrugas. De uno de los clavos del retrato pendía una corona de siemprevivas, cubierta de polvo.

—Esta—dijo Antonio—se dignó tejerla Glafyra con sus propias manos.

En la alcoba había una cama estrecha, bajo una colgadura de tela rayada, antigua, pero fuerte; una pila de almohadones medio arrugados, y encima una cubierta delgada de entretela.

En la cabecera pendía un cuadro representando la Presentación de la Virgen, que la señorita anciana, al espirar sola y olvidada de todos, estrechó en sus últimos momentos, besándola con sus labios ya helados.

Al lado de la ventana se hallaba un tocador de maderas finas, adornado con bronces y un espejo dorado, ya ennegrecido.

Una puerta daba al oratorio, cuyos muros estaban desnudos, y en donde se veía, en un rincón, un armario lleno de imágenes.

Una alfombrita usada, manchada de cera, cubría el sitio en donde Glafyra se arrodillaba.

Antonio y el lacayo de Lavretzky abrieron la cuadra y la cochera, y apareció una mujer casi tan vieja como el primero; su cabeza vacilante estaba cubierta con un pañuelo que le bajaba hasta las cejas; se pintaba en sus ojos la costumbre de una obediencia pasiva, y á esto se unía una especie de respetuosa compasión.

Se aproximó á Lavretzky para besarle la mano y se detuvo á la puerta como esperando órdenes.

El amo había olvidado completamente su nombre, sin recordar siquiera haberla visto jamás.

Dijo que se llamaba Apraxéia; cuarenta años antes la había despedido de su casa Glafyra, enviándola á guardar los animales del patio; por lo demás, hablaba muy poco y parecía haber vuelto á la infancia; sólo conservaba un aire de ciega obediencia.

Además de esos dos viejos y tres chicos gruesos, con camisas largas, nietos de Antonio, vivía en su casa un aldeano manco é imposibilitado, que chillaba como un gallo salvaje. El perro, viejo también y enfermo, que había saludado la vuelta de su señor, no era ya tampoco útil en la casa; hacía diez años que estaba atado con una cadena por orden de Glafyra, y apenas tenía ya fuerzas para moverse y llevar aquel peso.

Después de haber examinado la casa, bajó Lavretzky al jardín y quedó satisfecho, á pesar de que estaba lleno de malas hierbas, de grosellas y de frambuesas. Halló buenas sombras, hermosos tilos, notables por su gigantesco desarrollo y por la extraña disposición de sus ramas; los habían plantado demasiado cerca los unos de los otros y cortado después; tendrían tal vez cien años. El jardín acababa en un pequeño y claro estanque, rodeado de amarillentos juncos.

Las señales de la vida humana se borran pronto, pero la propiedad de Glafyra no había tenido tiempo de quedar desierta, y ya parecía dormir ese sueño que envuelve todo lo que está al abrigo de las agitacionas humanas.

Fédor Ivanowitch recorrió también el pueblo; los aldeanos le miraban desde la puerta de sus cabañas, con las mejillas apoyadas en las manos; le saludaban de lejos; los chicos huían y los perros ladraban con indiferencia. Pronto tuvo hambre, y no esperaba hasta la noche á su cocinero y á los otros criados; las provisiones no habían llegado aún de Lavriky, y le fué preciso acudir á Antonio.

Este hizo en seguida sus arreglos: cogió una gallina vieja, la mató, y después de desplumada, se la entregó á Apraxéia, que la hizo sufrir una verdadera colada, y la puso en la cerola.

Cuando estuvo ya cocida, puso Antonio la mesa, colocó delante del cubierto un salero de tres pies de metal muy to-

mado, y una botella tallada con cuello estrecho y tapón redondo, y anunció en seguida á Lavretzky que estaba la comida, colocándose él detrás de la silla de su señor, con la mano derecha envuelta en una servilleta. El pobre hombre exhalaba un olor marcado á cipres. Lavretzky probó la sopa y sacó de allí la gallina, cuyos tendones se disimulaban mal debajo de la piel dura ó correosa; la carne tenía el gusto de un pedazo de madera. Después de comer así, manifestó deseos de tomar té, si...

—Voy á servíroslo al momento—interrumpió el viejo.

Y cumplió su palabra.

Hallaron un poco de té muy envuelto en un pedazo de papel encarnado; descubrieron una cafetera á la verdad pequeña, pero que funcionaba de una manera ruidosa; encontraron también un poco de azúcar medio deshecha, y tomó Teodoro su té en una taza muy grande, que le recordó su infancia, en la cual estaban pintados unos naipes de juego; no se servía con ella más que á los forasteros, y ahora era él también forastero y bebía en esa taza.

Al anochecer llegaron los criados, y Lavretzky, no queriendo dormir en la cama de su tía, se hizo poner una en el comedor. Apagó la luz y miró con tristeza en torno suyo, presa del sentimiento de malestar que experimenta todo aquél que pasa la primera noche en un sitio largo tiempo deshabitado. Le parecía que aquella oscuridad que le rodeaba por todas partes no podía acostumbrarse al reciénvenido, que hasta las mismas paredes de la casa se admiraban de su presencia. Lanzó un suspiro, se arropó más y concluyó por dormirse. Antonio se quedó el último en pie; hizo dos veces la señal de la cruz y se puso á hablar con Apraxéia, para comunicarle en voz baja sus sentimientos. Ni uno ni otro podían esperar que viniera su amo á establecerse allí, cuando á dos pasos tenía una posesión tan buena con una casa mucho más confortable; no calculaban que justamente esa casa era la que se había hecho odiosa á Lavretzky porque le hablaba de antiguos recuerdos. Después de cuchichear por largo tiempo, cogió Antonio la varilla, para dar sobre la placa de hierro, muda por tanto tiempo, que estaba al lado

del granero (1). Después se acurrucó en el patio, sin cubrir siquiera su pobre cabeza blanca. La noche de mayo era tranquila y serena, y el anciano durmió un sueño dulce y apacible.

## XX.

Al día siguiente, Lavretzky se levantó bastante temprano, habló con el *starosta*, visitó la granja, hizo quitar la cadena al perro del corral que lanzó algunos gritos y no trató siquiera de aprovecharse de su libertad. Volvió Teodoro á su casa y se abandonó á una especie de somnolencia apacible, que no le abandonó en toda la mañana.

—¡Vedme ya caído en el fondo del río!—decía para sí varias veces.

Estaba sentado inmóvil al lado de la ventana, y parecía prestar el oído á la calma que reinaba en su alrededor y á los ahogados ruidos que venían del pueblo solitario. Una voz aguda y desagradable tarareaba una canción detrás de las ortigas; el cuco que murmuraba parecía hacerle el eco. La voz calla, el cuco continúa murmurado. En medio del ruido importuno y monotonó de las moscas, se oye el de un moscón, que alza su vuelo hasta el techo; el gallo canta en la calle, prolongando su nota final; después el ruido de un carruaje, del cual se oye el sonido ó una puerta cochera que gira sobre sus goznes, una mujer que pasa y pronuncia algunas palabras en voz chillona.

—¡Ay, mi pequeño Lulú!—decía Antonio á una niña de dos años que llevaba en sus brazos.

—Trae el *Kvass*—dijo otra voz de mujer ó la misma de antes.

Y á todo esto sigue un triste silencio. Ya no se oye ni un soplo, ni el menor ruido. El viento no agita siquiera las ho-

---

(1) En Rusia hay la costumbre de que, cuando está el amo en sus posesiones, un servidor vele de noche, y de vez en cuando dé sobre una placa de hierro ó madera para manifestar su vigilancia.—(N. del T.)

jas; las golondrinas vuelan en silencio unas al lado de otras, tocando con el ala la tierra, y el corazón se entristece al verlas así volar.

—Vedme ya caído en el fondo del río—repitió Lavretzky. —Y siempre y en todo tiempo será aquí la vida tan lenta, tan triste; el que penetra en este círculo tiene que resignarse; aquí no hay turbación que nos agite, no es permitido llegar al fin más que á aquel que hace muy despacio su camino, como el labrador que marca un surco con el arado. ¡Y qué vigor, qué salud en esta paz y en esta inacción! Allí, debajo de la ventana, el cardo, especie de hierba espesa; encima la liveihe extiende su tallo grueso, y más alto aún, *las lágrimas de la Virgen*, suspendiendo sus racimos de rocío; después, á lo lejos, en los campos, se ven blanquear ondulantes las pajas de cebada que empiezan á convertirse en espigas, y las hojas se extienden sobre los árboles, como cada hierbecilla sobre su tallo. Al amor de una mujer he inmolido mis años mejores; pues bien, que el fastidio me devuelva la razón y la paz del alma y que me enseñe á obrar en adelante sin precipitación.

Y vedle ahí esforzándose para plegarse á aquella vida monotonía y ahogar todos sus deseos; no tiene ya nada que esperar, por todas partes le rodea la calma. El sol va inclinándose muy despacio sobre el límpido cielo, las nubes flotan lentamente en el azulado espacio y parece tener algún objeto que cumplir y que saben á dónde van.

En aquel momento en otros puntos de la tierra, la vida rueda en el hervor de sus tumultuosas olas de espuma; allí se ensancha silenciosa como agua estancada. Lavretzky no pudo salir hasta la noche de la contemplación de esta vida, que transcurre así; los tristes recuerdos del pasado se derri-ten en su alma como la nieve de primavera, y, cosa extraña, nunca había experimentado tan profundamente el amor de su suelo natal.

## XXI.

Al cabo de quince días había puesto ya Fédor Ivanowitch en orden la casita de Glafyra y limpiado el patio y el jardín. Trajeron de Lavriky muebles cómodos; de la villa, vinos, libros y periódicos; la cuadra se llenó de caballos; en una palabra, montó completamente su casa y se puso á vivir como propietario y como cenobita. Pasaba los días de una manera uniforme, y aunque no veía á nadie, no se fastidiaba. Ocupábase de agricultura seriamente y con ardor, exploraba á caballo los alrededores ó cogía un libro. Pero á pesar de eso hallaba más encanto en oír las historias del viejo Antonio. Generalmente Lavretzky se sentaba á la ventana con la pipa y una taza de té frío, y Antonio se colocaba en la puerta, de pie, con las manos cruzadas en la espalda, y comenzaba sus lentas narraciones sobre los tiempos antiguos y fabulosos, en que la cebada y el centeno no se vendían por medidas, sino por grandes sacos de dos ó tres kopeks el saco. En esa época se veía por todos lados, hasta cerca de la villa, bosques impenetrables y montes sin cortar.

—Pero ahora—decía con acento sentimental el octogenario,—han labrado tan bien los bosques, que no se sabe por dónde pasar.

A Antonio le gustaba contar diversos detalles de su antigua ama Glafyra; cuán juiciosa y económica era; cómo cierto señor joven y vecino había querido conquistar su gracia, comenzando á venir muy á menudo á la casa, hasta el punto que la buena señora se ponía por él su gorra de día de gala con cintas adamascadas y su vestido amarillo de tisú oriental; pero que después se irritó mucho contra el señor vecino, á causa de una pregunta inconveniente que le dirigió. «Señorita, había dicho, vos debéis poseer un buen capital,» y ella le cerró su puerta desde entonces, dando órdenes de que todo, hasta el menor trapo, fuera entregado, después de su muerte, á su sobrino Fédor. Efectivamente, éste halló intac-

tas todas las prendas de vestir de su tía, incluso la gorra con cintas adamascadas y el vestido de tisú oriental.

En cuanto á los papeles antiguos, documentos curiosos que contaba hallar Lavretzky, no encontró nada más que un libro viejo, en el cual su abuelo Pedro Andrevitch inscribía notas en el género siguiente:

«Solemnidad en la ciudad de San Petersburgo en ocasión de la paz concluída con el Imperio turco por su excelencia el Príncipe Alejandro Alexandrovitch Prozoroffiks.»

Ó bien:

«Receta de un *cocimiento* para el pecho,» con observaciones: «Esta receta se la comunicó á la Generala Prascovia Fedorovna Soltykoff, Feodor Avksentievitch, Arcipreste de la iglesia de la Santísima Trinidad, manantial de la vida eterna.»

También se hallaban notas políticas de este género:

«Ya no se trata de los tigres de los franceses.»

Y al lado de esto:

«Se anuncia en la *Gaceta de Moscou* la muerte del Mayor Michael Petrovitch Kolütschff. ¿Será éste el hijo de Pedro Wassilievitch?»

También halló Lavretzky algunos calendarios viejos y libros de explicación de sueños, así como la obra mística de Mr. Ambodin. Los símbolos, los emblemas, despertaron su recuerdo dormido por muchos años. En la mesa de tocador de Glafyra, en el fondo de un cajón, descubrió un paquetito atado con una cinta negra y sellado con lacre del mismo color; en aquel paquete se hallaban, cara con cara, dos retratos, uno de ellos al pastel de su padre cuando era joven; su sedosa cabellera ondeaba sobre la frente, su profunda y pensativa mirada, la boca entreabierta. Otro casi borrado de una mujer pálida, con vestido blanco y una rosa blanca en la mano. Era su madre, pues Glafyra no había consentido nunca en que le hicieran su propio retrato.

—Mirad, Fédor Ivanowitch—decía Antonio á Lavretzky, —aun cuando en aquella época no vivía yo aun en estas habitaciones pertenecientes al señor, me acuerdo bien de vuestro abuelo, Andrés Apanassiewitch. Cuando acabó sus días

era yo un chiquillo de diez y siete años. Le encontré un día en el jardín, y tuve escalofríos de espanto. Sin embargo, no me hizo nada, solamente me preguntó mi nombre y me envió á buscarle un pañuelo para el bolsillo. Este era todo un señor, no había nada que decir de él. No conocía á nadie por encima de su persona. Como ya tuve el honor de deciros, tenía un talismán maravilloso, que le había dado un monje del monte Atos, diciéndole:

—Te lo doy para tu tranquilidad; llévalo y no temas el juicio de nadie. Verdad es, señor, que esos eran otros tiempos, y lo que se le metía en la cabeza á mi señor, aquello se hacía sin remedio. Cuando un gentilhombre trataba de contrariar á vuestro abuelo, éste le miraba y le decía: «Tú nadas á flor de agua» (1). Este era su dicho favorito. Y vivía vuestro abuelo, de feliz memoria, en unos cuartos pequeños y en una casa de madera. ¡Y lo que él ha dejado de capital, de plata y de efectos! Todas las cuevas estaban llenas. ¡Qué buen administrador era! La botellita que habéis elogiado le perteneció. En ella tenía su aguardiente. Y mirad, vuestro abuelo Pedro, que ha construído una casa de piedra, no ha reunido bienes de fortuna. Todo con él voló, y no vivía con tanta grandeza como su padre; no se buscaba ningún entretenimiento, y sin embargo, todo el dinero se le fué y no ha dejado para que se le recuerde ni siquiera un collar de plata. Y es preciso aún el dar gracias á Glafyra porque haya cuidado...

—¿Es verdad que la llamaban la vieja bruja?—preguntó Lavretzky.

—Pero sería preciso conocer á los que así la llamaban—contestó Antonio.

—A propósito, señor—se atrevió á preguntar un día el anciano,—¿en dónde está la señora? ¿En dónde tiene su domicilio?

—Me he separado de mi mujer—dijo Lavretzky haciendo un esfuerzo.—Te ruego que no me hables de ella jamás.

---

(1) Dicho ruso, que significa: «Tú no eres más que una pescadilla, eres muy poca cosa á mi lado.»

—Ya comprendo—contestó el viejo.

Al cabo de tres semanas fué Lavretzky á caballo á O...  
Pasó la tarde en casa de los Kalitine.

Allí se encontrado Lemm, que agradó mucho á Fédor; éste, gracias á su padre, no tocaba ningún instrumento; pero á pesar de eso, le gustaba la música clásica con pasión. Pauchine estaba ausente por mandato del Gobernador de la villa, que le había enviado fuera. Lise tocó sola y con gran precisión; Lemm se animó quedando electrizado, cogió unos papeles y se puso á llevar el compás; María se echó primero á reir al mirarle; después fué á acostarse, pretextando que Beethoven agitaba sus nervios.

(Se continuará.)





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.

UANDO comenzamos á trazar estos renglones resuenan aún en nuestro oído los severos cargos lanzados desde la tribuna del Congreso contra el hombre público que dirige los destinos de la magistratura española. Pocas veces se ha arrojado á la frente de un Ministro acusación tan ruda y despiadada como la que ha conturbado el ánimo y ha dificultado la palabra del Sr. Romero Girón, al contestar perplejo y vacilante las impugnaciones de que le hiciera objeto el Sr. González Fiori.

Se trataba del dictamen denegando la autorización solicitada por un juzgado de Madrid para procesar á aquel diputado, autor confeso de ciertos artículos insertos en *La Izquierda Dinástica*, periódico del que es propietario y director. Con razón ó sin ella (es de creer lo primero porque la opinión pública raras veces se equivoca), háse dado en decir que en un proceso criminal de grande notoriedad y resonancia la justicia ha abdicado de sus fueros, trocándose en complaciente servidora de bastardos intereses. A ese asunto y en este sentido aludían dichos escritos sometidos á la acción judicial.

El día 12 de junio del año último se cometió un homicidio en el centro de la población, de cuyas resultas falleció una

persona honrada que tranquilamente se dirigía á su casa en compañía de algunos amigos. Se instruyó causa, y de ella no tuvo conocimiento nadie hasta las treinta y seis horas, incluso la misma familia del muerto y el coronel del batallón á que aquél pertenecía, oficial distinguido del ejército.

Á las treinta y seis horas se hizo la autopsia al cadáver, y resultó que la herida afectaba una forma rectangular. El criterio público encontró irregularidad en la diligencia de autopsia, tanto más fundada cuanto que entre los médicos existían diferencias esenciales en la manera y forma de apreciar la lesión. Uno de aquéllos se sintió indispuerto gravemente, y ya no salió de su casa hasta dos meses después que se le condujo al cementerio.

Hubo un teniente de orden público que presenció los hechos, y en cuyas declaraciones se observa grande contradicción. Siendo de notar que por servicios prestados, según se dice en un incendio, ese teniente ha ascendido á capitán de orden público.

Otro hecho: Dió la coincidencia de que un director de un periódico liberal, y además diputado á Cortes, presencié ó se halló próximo al sitio donde ocurrió la muerte, y el acusador privado, en el momento en que la causa estaba en el período de prueba, pidió al juez interino de primera instancia que llamase á declarar al referido director del periódico para que ilustrase el asunto y manifestase qué motivos había tenido para decir al día siguiente en su diario que el autor del homicidio había sido un tal M.

Aquel juez, amigo íntimo de amigos entrañables de la familia del procesado, negó la petición, fundándose en que no había necesidad de tal prueba; se apresuró á celebrar la vista de la causa, contra lo pedido por el acusador privado, que se hallaba enfermo, y dictó, por último, sentencia absolviendo del homicidio al indicado como reo, condenándole meramente á un ligero arresto por heridas causadas á un compañero del que resultó principal víctima del crimen, y mandando ponerle desde luego en libertad. Su defensor era el actual Ministro de Gracia y Justicia, en cuyo coche se dice que salió de la cárcel el acusado.

Merece también consignarse que siendo el Sr. Romero Girón esforzado paladín del juicio oral, no quiso optar por este procedimiento y sí por el antiguo, que tantas veces ha condenado denodadamente.

Además, á la entrada del actual Ministro de Gracia y Justicia se dictó una real orden trasladando al juez de primera instancia propietario del juzgado de Buenavista, que era el que había de fallar el proceso, al del Congreso.

¿Por qué no se nombró otro juez, y por qué se trasladó á aquél?

¿Por qué no hubo juez propietario hasta quince días después de haber dictado sentencia el juez interino? ¿Por qué éste prescindió en la sentencia de la petición formulada por el fiscal para que se extrajese el tanto de culpa contra el teniente de orden público, como reo de falso testimonio, por razón de sus contradicciones?

Tales son los hechos. Un periódico tan ministerial como *El Correo* no ha podido desconocer que en frente de ellos el Ministro de Gracia y Justicia, cohibido y premioso, no ha acertado á oponer una defensa tan sólida y gallarda como su prestigio personal y político requería.

El Sr. Silvela (D. Francisco), interviniendo oportunamente en el debate, lo dijo con su proverbial precisión y exactitud de frase: el Sr. Romero Girón ha perdido autoridad para el puesto que desempeña; las veleidades de la vida política se expían al fin y al cabo. Bien lo revelaba la actitud hostil de la mayoría, tan fácil para asentir á la acusación como poco propicia para aceptar el descargo. ¿Dimitirá, no obstante, el maltrecho y mortificado Ministro? Su dimisión á raíz de este incidente equivaldría á justificar de plano la solidaridad que en el entuerto se le achaca. Es seguro que procurará seguir en su puesto á toda costa; pero el proceso de la opinión está fallado: su permanencia en el Gabinete ha de ser indefectiblemente pasajera.

¡Triste momento para todo hombre político aquel en que á los esplendores del mando suceden los desengaños y las amarguras de la caída; pero nunca más triste que cuando ésta es ocasionada por el clamor unánime de ese juez inape-

lable que se llama espíritu público, y que látigo en mano fustiga á un mismo tiempo la posición y la honra del que provocara su condena!

\*  
\*\*

Otro Ministro ha estado también á punto de ver escapar de entre sus manos la codiciada cartera; no por causas iguales ni parecidas á las anteriores, apresurémonos á decirlo en honor de su prestigio. La comisión general de presupuestos ha creído excesivos los gastos consignados en el correspondiente al departamento de la Guerra.

Es ya sabido que el presupuesto de gastos, tal como lo presenta el Sr. Ministro de Hacienda, resulta aumentado en la abrumadora cifra de 95 millones de pesetas.

A ello contribuyen nuevas atenciones del Tesoro de imprescindible cumplimiento. Tal es, entre otras, la relativa al pago de la Deuda.

Pero al lado de compromisos tan solemnes como este, figuran también, por desgracia, obligaciones que sin necesidad se crean en varios departamentos ministeriales, obedeciendo á un criterio reformista, cuyas exigencias no se avienen con las cargas impuestas al esquilmado contribuyente, ni con las penurias con que, á pesar de aquéllas, lucha el fisco.

En Guerra, donde tan cuantiosas sumas se derrochan, el General Martínez Campos, sordo á las recomendaciones de su colega el Sr. Pelayo Cuesta, ha introducido nuevas partidas de gastos tan injustificadas como onerosas. Cítase al efecto un caso, entre muchos. La plantilla del cuerpo jurídico-militar en la isla de Cuba consta hasta la fecha de siete funcionarios; con ellos ha bastado para atender á las necesidades de la administración de justicia en el ejército durante el largo período de la última campaña.

Pues bien; ahora que la grande Antilla disfruta de los beneficios de la paz; ahora que no puebla sus campiñas un ejército de ciento cincuenta mil hombres; ahora que necesariamente ha descendido el número de negocios sometidos á

la resolución de los tribunales militares, ahora se cae en la cuenta de que es preciso reorganizar el cuerpo jurídico que sirve en la isla de Cuba, dotándolo de unos cuantos individuos más. ¿Para qué? ¿Por el prurito de agrandar el abismo donde se sepultan tantas cantidades malbaratadas en supuestos servicios del Estado?

La Comisión de presupuestos cumple, pues, plausiblemente el estrecho deber de fijarse en este y otros aumentos proyectados por el General Martínez Campos y reducir á convenientes límites el presupuesto del Ministerio de la Guerra, lo mismo en la Península que en Ultramar. Grande sería su responsabilidad si así no lo hiciera.

Sin embargo, el acuerdo que tomó de cercenar las consignaciones hechas en favor de servicios de dudosa utilidad estuvo á punto de ocasionar un grave conflicto al Presidente del Consejo, á quien anunció el caudillo de Sagunto, garantía y sostén del Gabinete, su decidido propósito de abandonar el Ministerio, si sus soluciones económicas no obtenían la aprobación parlamentaria.

Aplacado el enojo del General, la Comisión de presupuestos se ha limitado á recomendarle que introduzca cuantas economías sean compatibles con los intereses de la Patria y del ejército. De desear es que así lo haga.

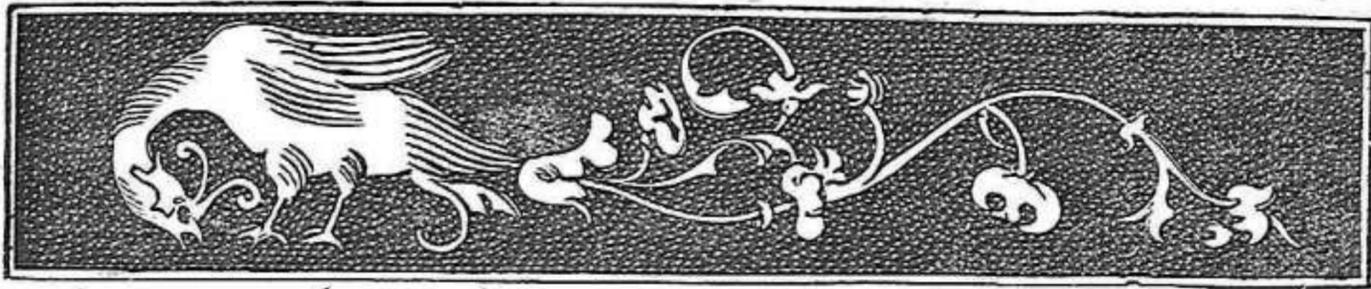
\*  
\* \*

Y nada más; las opuestas tendencias que se disputan el predominio en las esferas del poder continúan en lucha cada vez más acentuada y más enérgica.

A todo esto, el Sr. Sagasta, viviendo siempre al día, ni se preocupa ante la inminencia de la tempestad que le amenaza, ni tiene formado el plan que pudiera salvarle del peligro. Como el reo á quien por especialísima gracia permitió cierto Monarca elegir la muerte que menos le intimidase, el jefe del Gabinete pretende que éste muera... de viejo.

Olvida que la vejez es privilegio concedido á pocos; jamás lo disfrutaron en España los Gobiernos progresistas.

R.



## REVISTA EXTRANJERA

---



ELEGRAMAS contradictorios primero, apasionados artículos de la prensa europea más tarde, y finalmente dos discursos de los Ministros de Negocios Extranjeros de Italia y de Austria, no permiten dudar que existen notas diplomáticas por medio de las cuales Berlín, Viena y Roma se garantizan la integridad de sus territorios, comprometiéndose á defenderse mutuamente.

No caben ya reticencias ni dudas. La triple alianza austro-italo-alemana, después de haber sido durante cierto tiempo un dudoso problema, en medio de las afirmaciones de unos y de las negaciones de otros, resulta definitivamente un hecho de grandísima importancia.

La táctica practicada por el gran político, el Príncipe de Bismarck, para poner el Imperio alemán al abrigo de todo peligro en las contingencias del porvenir, aislando á Francia y paralizando los guerreros arranques del panslavismo, acaba de recibir una sanción solemne con el concurso de sus nuevas aliadas, Austria é Italia.

Tiempo hace que se indicaban los propósitos de llevar á cabo ese plan eficacísimo, y al fin el gran Canciller ha conseguido dividir la Europa en dos partes, constituyendo una liga con las grandes potencias centrales íntimamente unidas á sus planes políticos.

Esta alianza de Italia, Austria y Alemania pudo ya presentirse. La anunciaron seriamente las declaraciones de Kalnoky en octubre del año pasado, de la misma manera que acaban de confirmarla las frases de los recientes discursos de Mancini y de Tisza, por más encubiertas y tranquilizadoras que á primera vista parezcan.

El Imperio alemán, el austro-húngaro y el italiano están unidos por un tratado, convenio ó lo que fuere, poco importa el nombre, para prestarse mutuo apoyo y seguir una política común en todas las grandes cuestiones internacionales.

Están rotos los pactos de la raza latina: Italia divorcia sus intereses de Francia, dando la razón á Mr. Thiers, que siempre consideró amenazadora para su país la unidad italiana, siempre creyó peligroso el que se constituyese en potencia de primer orden la gran Península, atravesada por los Apeninos.

La alianza que hoy preocupa á Europa principió á tratarse hace seis años. Dícese que su principal objeto es mantener la paz. *Si vis pacem, para bellum*. Paz necesita en efecto Italia, y paz durante muchos años, para llevar á cabo las reformas indispensables para el desarrollo del comercio y de su industria, para sacar á sus pueblos de la ignorancia y de la miseria, fertilizar tantas tierras incultas, consolidar su Hacienda, dar impulso á las riquezas de su suelo y organizar su ejército y su marina.

No romperá airadamente con Francia, pero no es su amiga. La acusan de ingrata hacia los que le dieron su unidad nacional, y no creemos tampoco que haya motivo para tanto. Las circunstancias han cambiado mucho, y la Monarquía italiana nada tiene que agradecer á la República francesa.

Los republicanos franceses no han ocultado nunca su afán de ver la forma republicana establecida en Italia. No han cesado de alentar á los republicanos italianos en todos sus trabajos. Con motivo de la muerte de Garibaldi, enviaron sus representantes y predicaron desde el Capitolio la unión de Italia y Francia bajo la forma republicana, y para nadie es un misterio que Gambetta mantenía relaciones secretas con los jefes del republicanismo italiano, y que éstos en más

de una ocasión recibieron también fondos para hacer propaganda.

¿Puede un Gobierno monárquico ser tachado de ingrato por haber tratado de consolidar sus instituciones liberales, oponiendo un dique á los empujes del inquieto republicanismo? Italia puede muy bien haber entrado en la alianza austro-alemana con el deseo de tener algunos años de paz y resistir seriamente á la propaganda de los irredentistas y trastornadores, sólo alentados por algunos franceses.

De todos modos, Francia al Occidente y Rusia al Oriente, están aisladas, separadas y en absoluto incapacitadas para prestarse mutuo auxilio en el caso de querer tratar de una alianza ofensiva y defensiva en día dado. Contra Rusia aparecerían las fuerzas coligadas de Alemania, Austria, Turquía, la Rumanía y Suecia, naciones que se hallan en la órbita de la política alemana; y contra Francia se hallarían agrupadas Alemania, Austria é Italia.

No hay que perder de vista que la inteligencia austro-italo-alemana tiene por doble objeto mantener en jaque la política de revancha en las orillas del Sena y Neva.

Aparece claro que el hecho tan previsoramente llevado á cabo por Bismark reduce á la impotencia á cuantos pudieran tener interés en combatir á Alemania. El consejero de Guillermo III triunfa en toda la línea, obligándonos á recordar que hemos estado en lo cierto previendo y anunciando tiempo hace este triunfo tan positivo como innegable.

Francia ha perdido, pues, fatalmente su influencia en Europa, y en vano trata de buscar una compensación, que es también imposible, en lo que sus actuales gobernantes han dado en llamar política colonial. Francia ha encontrado y encontrará siempre más allá de los mares tantas contrariedades como en el continente. En el Mediterráneo está la preponderancia de Inglaterra y las ambiciones de Italia; en todos los océanos sigue el antagonismo de su enemiga eterna, y los ingleses se encargarán de cerrarle el paso suscitando dificultades en todas partes, sublevando en Madagascar á los howas, favoreciendo en Tonkín á los chinos, sosteniendo las pretensiones de Portugal en el Congo, anulando

la intervención francesa en Egipto y oponiéndose á la antigua influencia ejercida por nuestros vecinos en el Líbano. En el continente tienen los franceses en contra suya á la omnipotente Alemania, y en las colonias le es hostil Inglaterra.

Y sin embargo, á los hombres de la república no les queda, en el aislamiento que con tantos desaciertos se han creado, no les queda otro recurso que volver la vista á esta misma Inglaterra, que aborrecen, y apoyar su política antifrancesa en el valle del Nilo. Es la única esperanza de salvación, esperanza quizás ilusoria, á que hoy apelan.

\* \* \*

Llegado el conflicto, ¿cuál sería la actitud de España? ¿Habría de ser fiel á sus más recientes tradiciones colocándose al lado de Francia? ¿Tendría, por el contrario, que servir á la causa de Alemania, rompiendo como Italia el pacto neo-latino y recordando que sus alianzas con Alemania fueron siempre leales y constantes, al paso que las que tuvimos con Francia han resultado de ordinario fatales? ¿Recordaría acaso que nada puede temer de Alemania, cuyo interés, único móvil de la diplomacia, ha de consistir necesariamente en nuestra prosperidad y grandeza?

Quizás lo más cuerdo sería que España, separada de Europa por el Pirineo, guardase su independencia, permaneciese neutral en esas grandes luchas y se limitase á resolver los problemas interiores de su prosperidad propia; pero los grandes acontecimientos arrastran, y no es siempre posible permanecer sin grave daño en una indiferencia absoluta.

\* \* \*

Hora es ya de que Francia se recoja y piense seriamente en una organización patriótica y definitiva en el interior que le permita dedicarse á los asuntos exteriores que ve comprometidos; pero las corrientes siguen otros caminos y la cues-

ción financiera, las reivindicaciones sociales y el hombre no dan punto de tregua.

Hoy discuten los franceses la conversión de su Deuda, proyecto ministerial que la prensa rechaza casi por unanimidad, considerando la medida como inoportuna bajo el punto de vista económico y muy poco hábil bajo el punto de vista político.

La renta de 5 por 100 representa en Francia la colocación del pequeño ahorro, y afecta al obrero, al empleado, y en una palabra, á la clase más numerosa é interesante de los acreedores del Estado. Disminuyendo esta renta se perjudica á muchos ciudadanos, y la República crea una nueva clase de descontentos. No le bastaban los elementos sociales que tiene en contra; no le bastaba haberse indisputado con la familia por medio de la influencia coercitiva que quiere ejercer en la educación de los niños, con el clero por medio de la guerra que hace á las creencias religiosas, y con el ejército por medio de actos considerados como venganza política. Ahora se quiere perjudicar á una gran parte del pueblo honrado en lo que más respetable existe, el ahorro, el fruto del trabajo.

Y si á esto se añade la declaración del Ministro de que no hay que esperar economías en el presupuesto, pues los ingresos disminuyen y los gastos aumentan, no puede dudarse que la situación es verdaderamente crítica.

La conversión en las actuales circunstancias no pasa de ser una componenda y una medida *in extremis*, último recurso de una Hacienda perdida que no sabe á qué medida recurrir para alejar un desastre.

Triste papel harán, en efecto, esos 35 millones que el Ministro cree economizar por medio de la reducción del interés de la renta, al lado de un terrible déficit, que con los créditos suplementarios pasa este año de 100 millones de francos.

Los gobernantes franceses parecen empeñados en unir los desaciertos políticos á los males de la situación financiera, poniéndose en pugna con los honrados sentimientos de la mayoría conservadora. Á la propaganda socialista que no cesa, á la crisis industrial y mercantil que de día en día se

agrava, á las huelgas que en Marsella obligan á las compañías marítimas á suspender sus operaciones, y á las empresas de los Doks á parar sus trabajos, responde el Ministerio Ferry persiguiendo á los Obispos y al clero, como reos del delito de abuso de autoridad, por haber publicado los decretos de la Sagrada Congregación del Índice, contra los famosos manuales de educación cívica de Paul Bert y colegas.

Una Memoria dirigida por el Ministro de Cultos al Consejo de Estado no reclama sólo la declaración de abuso, excita al Consejo de Estado á examinar si el expediente debe terminarse en forma administrativa ó si debe ser enviado al tribunal correccional, como si se tratara de un delito común.

Si el Consejo de Estado acepta esta última proposición, los Obispos perseguidos podrán ser condenados á cárcel ó á destierro, y como hacen notar algunos periódicos de París, una decisión que entregue los Obispos á un tribunal correccional señalará la inauguración de una política de abierta persecución contra la Iglesia.

Y á los repetidos retos del Ministro Ferry contra el catolicismo, contesta la Academia francesa recibiendo en su seno á Mons. Perraud, ilustrado Obispo de Autún, y el digno prelado pronuncia palabras de perdón y olvido.

«Por una parte—dijo á los académicos y al brillantísimo concurso que le escuchaba,—vuestro Instituto hace profesión de permanecer extraño á las agitaciones políticas, y esto es lo que constituye su fuerza, sobre todo en nuestros tiempos de divisiones. Habita esferas más altas, *templa serena*, y cuando introduce en ellas á nuevos elegidos, basta que á su juicio hayan merecido bien de la Francia inteligente y letrada, y no les pregunta jamás por el color de su bandera.

Por otra parte, nosotros, ministros del Evangelio eterno, embajadores de Jesucristo y de su palabra de paz, enviados por Él y por su Iglesia en medio de las disputas de los hombres y obligados á tener libre acceso en todas las conciencias, debemos mantenernos aparte de estas disensiones, siempre que los intereses de la moral y de la religión no estén necesariamente comprometidos. Sí; cuanto mayor sea la falta de inteligencia y mayores sean las divisiones en la sociedad

contemporánea, más importa que coloquemos la libertad sagrada de nuestro ministerio en una región inaccesible á las tempestades de las contiendas humanas.»

La brillante recepción de un Obispo, defensor entusiasta del catolicismo, en la Academia Francesa, es la más evidente prueba de que hay aún entre nuestros vecinos despreocupación, almas arrogantes y serenas, y muchos pensadores con gran elevación de miras. Es la protesta más elocuente contra la política del Gobierno.

\*  
\*\*

En Portugal hay crisis latente, y los portugueses están seriamente agitados á consecuencia de los discursos recientemente pronunciados en el Parlamento inglés.

El lenguaje enérgico de la prensa portuguesa ha demostrado que entre nuestros vecinos está vivo y latente el sentimiento del pundonor nacional que caracteriza á los pueblos dignos de su independencia.

Hubo, en efecto, un incidente en la Cámara de los Comunes provocado por Mr. Jacobo Bright con su moción relativa á los asuntos del Congo, combatiendo la ocupación del país por los portugueses, á pretexto de que oprimirían á los indígenas y perjudicarían al comercio inglés.

Al decir del orador, los funcionarios portugueses son poco instruídos y de dudosa moralidad, y como están mal pagados, tratan de robar á los mercaderes, y han llegado á exigir en Angola, por ejemplo, tan exorbitantes derechos, que han hecho todo tráfico imposible, resultado que también es de temer en el Congo. «Asegúrase,—exclamaba Mr. Bright,—que será prohibida por un tratado la trata de negros; pero no es posible tener confianza alguna en los funcionarios de Portugal.» Terminó sus consideraciones proponiendo una resolución en virtud de la cual la Cámara de los Comunes declarase que, en interés de la civilización y del comercio del África del Noroeste, el Gobierno inglés no debe consentir que ninguna potencia se anexe los territorios situados

cerca del Congo, y no debe concluir ningún tratado que ponga trabas á la libertad de comercio.

Lord Gladstone aceptó una enmienda por la cual declara la Cámara de los Comunes que el Gobierno no concluirá ningún tratado relativo á las comarcas situadas sobre el Congo ó á los territorios vecinos que desvirtúe los compromisos aceptados anteriormente por el mismo Gobierno inglés, ó que no ofrezca garantías suficientes á todas las agencias civilizadoras ó comerciales. La enmienda fué aprobada.

La prensa de Lisboa se muestra con razón muy lastimada de que á Portugal le ponga trabas el Gabinete inglés, desconociendo sus derechos porque es un pueblo débil. En los últimos días gran número de centros y corporaciones, lo mismo científicas que de recreo, institutos del ejército, estudiantes y personas distinguidas de distintos puntos de Portugal, han dirigido calurosas felicitaciones al agregado á la legación de Portugal en Londres, Luis Quillinan, quien en una enérgica carta protestó de los ataques dirigidos á la nación portuguesa por Bright. Es tanta la simpatía con que se ha visto la actitud del Sr. Quillinan, que se proyectan manifestaciones en honor suyo, regalarle una espada de honor, fundar un periódico de intereses africanos dedicado al mismo señor, é instituir un premio de enseñanza que se llamará *Premio Quillinan*. Las felicitaciones telegráficas han sido muy numerosas y las que han salido por el correo pasan de mil.

Pero ¿qué había pasado para provocar el exabrupto de Inglaterra y el conflicto en que se ve envuelto Portugal? Las noticias oficiales son escasas. Parece que á la mala situación financiera de nuestros vecinos, se unió la noticia de haber puesto el Gobernador de Angola en conocimiento del Gobierno portugués que se ha opuesto y protestado á que Brazza tomara posesión de Zaire, en el Congo, sin que haya conseguido su objeto. Un telegrama leído en la Cámara portuguesa dice que los franceses han ocupado á Loango y á Punta Negra, esperándose un conflicto entre Stanley y los franceses.

A consecuencia de desavenencias con los naturales, varios

comerciantes portugueses establecidos en Punta Negra pidieron auxilio al Gobernador de Angola, y éste envió allí un buque de estación, cuyo comandante arregló las diferencias, fijó las indemnizaciones que procedían y se llevó presos para Loanda á los dos principales autores de unos robos que motivaron las diferencias.

¿Qué pasa realmente en el Congo? Hasta que Stanley demostró que el Congo, con sus numerosos afluentes, está llamado á hacer asequible una vasta extensión del territorio africano, este río llamaba poco la atención.

Pero ahora Stanley, como agente de una sociedad internacional, se ha abierto camino hasta más allá de las cataratas, y el teniente Brazza, á nombre de Francia, alega su derecho á un gran territorio que parece le ha cedido el Rey Makoko, figurando esta cuestión entre las más ruidosas.

El actual estado de estos territorios es poco satisfactorio, y todos opinan que los comerciantes y misioneros necesitan allí ir en gran número y contar con una autoridad reconocida que asegure la propiedad y la existencia, y acabe con la anarquía y el derecho del más fuerte.

Los territorios del Congo están divididos entre muchos jefes, algunos de los cuales se han declarado vasallos de Portugal; pero ninguno de esos pequeños Estados, si tal nombre merecen, disfruta de los rudimentos de una organización civilizada.

Se juzga indispensable colocar aquella región bajo la autoridad de algún Gobierno europeo. ¿De qué Gobierno? Ninguno tiene derechos más fundados que Portugal. Tienen por base el hecho de que Diego Cam, en 1584, tomó posesión del río, levantando una columna conmemorativa en la embocadura. Portugal descubrió aquellas comarcas; ha hecho valer estos derechos soberanos en las declaraciones diplomáticas y en los actos legislativos, sosteniéndolos con la fuerza de las armas de 1648 á 1660, en que expulsó de allí á los filibusteros holandeses.

Hoy quiere Inglaterra poner allí su veto, como en todas las colonizaciones que no son suyas, y Portugal tendrá tal vez que ceder á la fuerza. ¿Sería esto justo?

Seguiremos con interés las fases de esta nueva cuestión, en que hoy tienen fijas las miradas los hombres políticos de Europa.

Bien dice un periódico extranjero que la famosa máxima atribuída á Bismarck en 1870, «la fuerza vence al derecho,» será eternamente cierta, no siendo más que una reminiscencia del célebre *Quia ego nominor leo* de los antiguos.

Hoy Mr. Bright y la escuela de Mánchester quieren disputar á Portugal la posesión del Congo. Los hombres políticos de la Gran Bretaña no se contentan con negar sus derechos á los portugueses; lanzan además invectivas contra la ilustre patria de Cáoens y de Vasco de Gama, nación la menos mercedora entre todas de las injurias de Inglaterra, que debe á los descubrimientos de nuestros vecinos su magnífico Imperio de las Indias. Antes de que Inglaterra tuviese la pretensión de ser la primera potencia marítima del mundo, los portugueses eran ya grandes y atrevidos navegantes, y ellos dieron el Asia, el África y el Brasil á la vieja Europa.

No sería de más y parecería natural que tuviesen hoy los hijos de la Gran Bretaña más consideraciones con el pueblo de la antigua Iberia, que tiene incontestables derechos en el Congo.

Pero la Gran Bretaña, mucho más que el Canciller de Hierro de Berlín, rinde culto á la fuerza y al egoísmo. Recientemente lo ha probado en Egipto, y antes en China y en todas partes. No conoce más que su interés propio, y á él sacrifica su oro, su influencia y sus cañones. En la actualidad, el interés de Mánchester, Birmingham y Lívverpool está precisamente el *statu quo* en Africa, encubriendo con grandes palabras y grandes frases la política inmoral que sostiene. Vende á los negros cargamentos, que confisca luego para vender á otras partes; de la misma manera que no titubea en envenenar en China poblaciones enteras para sostener en grande escala el comercio de opio. Tiene la fuerza y está dicho todo, mientras que Portugal no tiene en favor suyo más que su derecho y unos títulos de incontestable valor.

Pero Inglaterra y también Francia se equivocaron, creyendo hallar en Africa sus grandes mercados, lo que sólo

puede ser obra de larguísimo tiempo, si se atiende al triste atraso de las comarcas que se disputan. Portugal ha hecho en sus posesiones africanas lo que realmente podía hacerse. Estableció estaciones bajo la jurisdicción de sus leyes coloniales, y el Gobernador portugués de Angola es una garantía para todos los intereses extranjeros, con imparcialidad y benevolencia.

Lo cierto es que el Congo, en cuyo país hasta ahora nadie había pensado, ha despertado de repente extraña codicia y singulares ilusiones. Pero todo ello no es motivo bastante para que olvidemos que Portugal ocupa allí una autoridad antigua y reconocida, que no bastan para destruir frases de mal efecto en boca de los ingleses.

\*  
\* \*

Tal es el estado de Europa.

El hecho de la triple alianza, cuyo alcance no se niega, aclara las combinaciones del porvenir y deslinda los campos, invalidando la influencia francesa en los pueblos neolatinos y la aspiración panslavista de numerosas comarcas de Oriente.

Inglaterra, como separada del continente, aparece algo olvidada en los conciertos ideados por Bismarck, y se afana con persistencia en su antigua obra de arrojar poderosas colonias á los cuatro vientos. Para procurarse tiempo y holgura en su tarea, quiere sofocar con severidad la rebelión que estalló también en las Islas Británicas.

Alentada por la prensa, quiere ser implacable y anuncia que no respetará los tradicionales derechos individuales del ciudadano sospechoso, tendiendo todos los esfuerzos del Gabinete Gladstone á castigar á los amigos de la nitroglicerina y panclastita, á inutilizar los manejos del agitador americano O'Donován Rossa, los acuerdos de la Convención feniana de Filadelfia y los propósitos de cuantos pretenden dar á Irlanda una Constitución republicana.

Al Norte del continente siguen entretanto los preparati-

vos para las solemnidades espléndidas que se anunciaron en la corte de Rusia. Moscou se dispone á presenciar la coronación del autócrata con fiestas de suntuosidad oriental, arrojando las amenazas del nihilismo, que, sin embargo, dista ya mucho de presentarse con sus briosos ímpetus y antiguos furoros.

Las proclamas revolucionarias de hoy en Rusia parecen un reto, sí, pero reto vergonzoso, y á media voz formulado por el despecho impotente contra los grandes alardes de la tradición, del poder y de la riqueza.

Y si nuestra rápida ojeada se extendiese igualmente más allá de los mares, podríamos ver hoy en América, y en dos importantes comarcas pobladas por descendientes de españoles, en Chile y en el Perú, vagos indicios de próxima bonanza. Parece, en efecto, que se destacan allá ciertos reflejos precursores del iris de paz que desconfiábamos ver lucir en la ensangrentada y empobrecida tierra de los antiguos Incas.

S.



# ÍNDICE DEL TOMO XLIV

15 DE MARZO DE 1883

	Páginas.
Un buen ciudadano, por D. Rafael González Janer.....	5
El suceso, ó novela, de D. Juan de Peralta (continuación), por don Marcos Jiménez de la Espada.....	16
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero Martínez.....	39
Una montería en Sierra Morena, por D. Pedro Manuel de Acuña...	58
Importancia, generalización y carácter propio que en España tuvo el género arquitectónico, por D. E. Martín Contreras, Conde de la Oliva de Gaitán.....	69
María de los Angeles (novela del Sr. Navarrete), por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	90
Boletín bibliográfico.....	99
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	102
Crónica política, por R.....	109
Revista extranjera, por S.....	177

30 DE MARZO

La política y la oratoria en general, y con aplicación á España, por D. Antonio Cánovas del Castillo.....	129
El suceso, ó novela, de D. Juan de Peralta (conclusión), por don Marcos Jiménez de la Espada.....	151
Apuntes sobre la estatuaria cristiana, por D. L. Cabello y Aso.....	170
Estudios sobre Longfellow (conclusión), por D. Víctor Suárez Cappelaja.....	179
Necrología.—D. Gonzalo de Murga y Mugartegui, por D. Cesáreo Fernández Duro.....	187
Fortaleza (balada), por D. Manuel del Palacio.....	204
Lord Macaulay, por D. Lorenzo Benito.....	207
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	213
Crónica política, por R.....	235
Revista extranjera, por S.....	240

## 15 DE ABRIL

Páginas.

La justicia en el impuesto, Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid por D. Raimundo G. Villaverde.....	257
El arte en Andalucía, por D. Francisco M. Tubino.....	274
Necrología.—D. Gonzalo de Murga y Mugaitegui (conclusión), por D. Cesáreo Fernández Duro.....	298
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry....	314
Los verdaderos soldados (poesía), por D. Fernando de Gabriel y Ruíz de Apodaca.....	331
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero Martínez. ....	134
Boletín bibliográfico.....	349
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	360
Crónica política, por R.....	368
Revista extranjera, por S.....	378

## 30 DE ABRIL

La Grecia clásica y el Cristianismo, por D. Saturnino Jiménez. ....	385
La pintura y la escultura en los Estados Unidos, por D. José Jordana y Morera. ....	402
Reformas agrícolas en Castilla, por D. Francisco A. de Echánove..	414
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero Martínez.....	431
El despertar de un ángel (poesía), por D. Vicente de Arana.....	451
Los sofistas modernos, por D. Telesforo Maroto Canora. ....	454
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	468
Crónica política, por R.....	494
Revista extranjera, por S.....	499

